





# **Sexualidades adolescentes**



Jones, Daniel

Sexualidades adolescentes : amor, placer y control en la Argentina contemporánea . - 1a ed. - Buenos Aires : Fundación Centro de Integración, Comunicación, Cultura y Sociedad - CICCUS; Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - CLACSO, 2010.

168 p. ; 23x16 cm. - (Cuerpos en las márgenes)

ISBN 978-987-1599-25-7

1. Sexualidad. 2. Adolescentes.  
CDD 155.53

Fecha de catalogación: 17/05/2010

EDICIONES  
**ciccus**



Director: Juan Carlos Manoukian  
Diseño de colección: Betiana Melo Urtaşún  
Diseño de tapa: Sol Osorio  
Diseño interior: Coop. Proyecto Cooper

Editor Responsable: Emir Sader -  
Secretario Ejecutivo de CLACSO

Coordinador Académico: Pablo Gentili -  
Secretario Ejecutivo Adjunto de CLACSO

© CICCUS - 2010

 Bartolomé Mitre 4257 PB 3  
(C1201ABC) Buenos Aires - Argentina  
 (54 11) 49 81 63 18  
 [ciccus@ciccus.org.ar](mailto:ciccus@ciccus.org.ar)  
 [www.ciccus.org.ar](http://www.ciccus.org.ar)

Área de Producción Editorial  
y Contenidos Web

Responsable Editorial: Lucas Sablich  
Director de Arte: Marcelo Giardino

Consejo Latinoamericano de Ciencia  
Sociales - Conselho Latino-americano  
de Ciências Sociais

Hecho en depósito que marca la ley 11723  
Prohibida la reproducción total o parcial del  
contenido de este libro con cualquier tipo de  
soporte o formato sin la autorización de los  
editores.

Av. Callao 875 | piso 4° G | C1023AAB Ciudad  
de Buenos Aires | Argentina  
Tel [54 11] 4811 6588 | Fax [54 11] 4812  
8459 | e-mail [clacso@clacso.edu.ar](mailto:clacso@clacso.edu.ar) |  
web [www.clacso.org](http://www.clacso.org)



Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*



CLACSO cuenta con el apoyo de la Agencia  
Sueca de Desarrollo Internacional (ASDI)

# **Sexualidades adolescentes**

Amor, placer y control  
en la Argentina contemporánea

Daniel Jones





## **Sobre la colección**

# **“Cuerpos en las márgenes”**

Esta obra integra la colección sobre cuerpos y sexualidades que CLACSO y CICCUS presentan asumiendo la necesidad de incorporar la temática en el ámbito de la reflexión teórica y del debate público.

Con solo atender el discurso destinado a la problemática en las diferentes esferas de nuestro acontecer, encontramos el tratamiento errático y/o atávico que sobre ella se promueve.

La presencia espasmódica de los sexual/corporal en las políticas públicas, su demonización en buena parte de las expresiones religiosas, los formatos mediáticos que proponen un abordaje de tono jocoso/soez, la ubicación de la bibliografía alusiva en los estantes de las librerías destinados a los títulos de autoayuda o terapéuticos, son algunos ejemplos de la resistencia para poner en presente la complejidad del mundo de la otredad.

Este breve recorrido por las lógicas de abordaje con respecto a la diferenciación, instalan la convicción de que este emprendimiento editorial significará un aporte para el logro, en este aspecto, de acciones emancipatorias tanto en el terreno individual, íntimo, como colectivo.

# Comité Editorial

## DIRECTOR

**Carlos Figari**, CONICET / Universidad Nacional de Catamarca: Grupo de Estudio sobre Sexualidades / Instituto Gino Germani / Universidad de Buenos Aires.

## COMITÉ EDITORIAL

**Benjamín Alberti**, Framingham State College, Massachusetts.

**Eliane Borges Berutti**, Universidade do Estado do Rio de Janeiro.

**Sergio Carrara**, Centro de Latino-americano em Sexualidade e Direitos Humanos / Universidade do Rio de Janeiro.

**Rafael de la Dehesa**, Center for Lesbian and Gay Studies; City University of New York.

**Mario Pecheny**, CONICET / Grupo de estudio sobre Sexualidades / Instituto de Investigaciones Gino Germani / Universidad de Buenos Aires.

**Adrián Scribano**, CONICET / Centro de Estudios Avanzados / Universidad Nacional de Córdoba; Instituto de Investigaciones Gino Germani / Universidad de Buenos Aires.

**Juan Marcos Vaggione**, CONICET; Universidad Nacional de Córdoba.

**Mara Viveros**, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.



## Agradecimientos

Mi tesis doctoral fue el punto de partida de este libro. Luego de defender *Sexualidad y adolescentes: prácticas y significados relativos a la sexualidad de adolescentes residentes en Trelew (Chubut)* en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires en septiembre de 2008, Carlos Figari (jurado de la tesis) me invitó a publicarla en la colección "Cuerpos en las márgenes" del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y ediciones CICCUS.

Transformar varios cientos de páginas destinadas a un tribunal de especialistas en un texto atractivo y útil para un público amplio demandó toda mi disciplina y mi creatividad durante varios meses. Pero siempre supe que el esfuerzo valía la pena si quería romper el cerco que restringe la lectura de trabajos académicos sólo a los pares investigadores. Para eso, estimado lector o lectora, en las páginas que siguen procuré evitar la erudición innecesaria, los rodeos argumentativos, las citas de autoridad y el lenguaje experto propio de una tesis.

En el proceso que va desde el proyecto de investigación hasta la escritura del libro fueron fundamentales diversas instituciones, colegas, amistades y familias. El Instituto Gino Germani y su Área de Salud y Población han sido ámbitos de trabajo plurales y de excelencia para realizar este estudio. El Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) me otorgó una beca doctoral (2003-2008) y una posdoctoral (2009-2010) y el Centro Latinoamericano de Sexualidad y Derechos Humanos (CLAM) me brindó apoyo financiero para completar las tareas de campo. El CLACSO me ha permitido publicar el libro en esta colección, impulsando así la reflexión teórica y el debate público sobre sexualidades.

Ana Lía Kornblit, mi directora de tesis, me orientó de manera generosa y crítica desde mis comienzos en la investigación. Mario Pecheny y Sara Barrón López, con sus incansables lecturas, me ayudaron a ser simultáneamente más riguroso y arriesgado en mis interpretaciones. Participar como docente de la materia Filosofía y Métodos de las Ciencias Sociales ha ordenado mis pensamientos, por la lucidez de mis compañeros de cátedra y alumnos.

El gran motor intelectual en estos años han sido mis compañeros del Grupo de Estudios sobre Sexualidades (GES), a través de su compromiso político con los sujetos oprimidos y con una producción académica crítica. Creo que algo de toda su potencia se plasma en el libro, del que varios capítulos se discutieron en el grupo.

Amén de numerosos colegas de Argentina y el resto de América Latina que leyeron fragmentos de la tesis (agradecidos en ella), los jurados Jaime Barrientos y Mario Margulis ayudaron a mejorar mis argumentos. Otros colegas realizaron críticas muy enriquecedoras a versiones preliminares de capítulos de este libro: Lucía Ariza, Rafael Blanco, Isabella Cosse, Karina Felitti, Florencia Gemetro, Renata Hiller, Inés Ibarlucía, Micaela Libson, Aluminé Moreno, Laura Zambrini y mis compañeros del GES y del proyecto UBACYT S023.

Mi especial gratitud para Gonzalo Hidalgo, que leyó una primera versión del libro completo y, cuando empezaba a navegar por los mares del desánimo, valoró y apuntaló mi trabajo con sus sugerencias, y para Santiago Morcillo, que aportó su creatividad e inteligencia para el diseño de los gráficos.

Sin todos ellos, el libro que usted tiene en sus manos sería intelectualmente más pobre. Tampoco hubiera sido posible escribirlo sin la buena voluntad de las y los adolescentes que contaron sus experiencias sexuales y afectivas, de las autoridades del Ministerio de Educación de la Provincia del Chubut y de las directivas y preceptoras de las escuelas donde hicimos entrevistas (Fabio Prato, Noemí Devincenzi, Graciela Milani, Claudia Ríos y Adriana Bertucci).

Por último, a quienes me sostuvieron afectivamente. La vieja guardia de Trelew, por una adolescencia que aún late en mi memoria; Martín Armelino y Esteban Vergalito, por la intensa Buenos Aires universitaria; y el interminable grupo de hermanos metodistas que me enseñaron a estar siempre del lado de los débiles. Hermanas, tíos, abuelos, cuñados, suegros, sobrinos y primos me escucharon hablar del libro durante su escritura, tanto en días oscuros como en aquellos en que me sentía imparable; se agradece la comprensión infinita.

A mis padres Mónica Minicucci y Luis Jones por el cariño incondicional y la libertad que me dieron en todo momento. A mi hermana Julia y mi prima Lucila por el afecto y la lucidez que me regalan. Y a mi mujer Marion, por la inmensa felicidad que significa vivir con ella día a día y que me sostuvo para concluir este trabajo, y por el promisorio y desafiante futuro cercano que nos espera.

Dedico el libro a la memoria de mi abuelo Oberdan Minicucci, porque lo que soy es, en gran medida, producto de su amor y confianza que tanto extraño.

Daniel Jones

Buenos Aires, marzo de 2010

## Prólogo

Por Mario Pecheny

Este año 2010 terminó de pasar a la inmortalidad Holden Caulfield, el personaje de *The catcher in the rye*, novela de J.D. Salinger, traducida al castellano como *El guardián en el centeno* o *El cazador oculto*. Lector, lectora: si todavía no has leído esa novela, sugiero abandonar ya este prólogo y este libro, interrumpir cualquier otra tarea, leerla, y luego continuar con los respectivos programas. (O no lo hagas todavía, así siempre tendrás la oportunidad de leer la novela por primera vez. Otra "primera vez"...).

Con Holden, te enterarás simpáticamente de que dejar de ser niño no es ni ha sido un proceso simple, en ningún lado. Lo que el libro de Daniel Jones muestra desde una perspectiva de ciencias sociales. Ser un hombre implica ser algo y no ser dos cosas: no ser una mujer y no ser un niño. Ser mujer también implica ser y no ser: ser mujer, no ser un varón ni ser una niña. Niño, niña: en algún momento de la vida, los sujetos dejan de ser eso, y pasan a ser adultos. Jacques Brel, en su hermosa canción sobre los viejos amantes, pretendía llegar a viejo sin haber sido adulto. No es el único, porque sabía que los cambios son duros. Más allá de las pretensiones de saltarse etapas, lo cierto es que hay un período de la vida en que niños y niñas son casi adolescentes, y otro en que adolescentes son casi adultos y adultas, y los adultos, bueno: lo serán para siempre, pero adjetivados: adultos jóvenes, adultos mayores... Hasta que en paz descansen. La adolescencia, sin entrar en la psicología evolutiva ni en otros terrenos teóricos y disciplinares de los que soy ignorante, implica un proceso no aleatorio de subjetivación. Un proceso no aleatorio porque viene pautado sobre todo en dos aspectos: hay papeles esperados de género –que incluyen deberes y trasgresiones autorizadas– y papeles de clase –que también incluyen deberes y trasgresiones autorizadas–. Ambos papeles están imbricados: implican alianzas posibles, círculos sociales accesibles o no, terrenos vedados o problemáticos. Ambos papeles son indisolubles.

El aprendizaje, la subjetivación –que es socialización– y el crecimiento físico sorprenden tanto por su pasmosa repetición como por las innovadoras prácticas que apuntan a recrear o resistir lo heredado. Los adolescentes hacen su historia, pero no en condiciones elegidas por ellos. Otra constante paradójica. Recordaba más arriba la novela de Salinger, porque esa historia y las historias que desmenuza este libro parecen mostrar que el tránsito adolescente, que para las clases medias la creciente extensión de los estudios formales han transformado cada vez más –valga la expresión– en un tránsito lento, sigue siendo experimentado como un desafío, como un momento de rupturas y definiciones: es decir, dejar de ser y hacer, para empezar a ser y hacer, con nuevos límites y nuevos derechos y responsabilidades. Lo cual sorprende primero y principal a las chicas y a los chicos protagonistas. Ahora bien: ruptura, definición, sorpresa: ¿son realmente experiencias tan universales?

Este libro mostraría que sí: ruptura, definición, sorpresa parecen signar la experiencia de la adolescencia, al menos para las clases medias urbanas de muchos lados del planeta. Incluyendo la Patagonia. Experiencias universales, casi un oxímoron. Pero sí, más de un lector o lectora se reconocerá, al leer las páginas del libro, en alguna o varias de las experiencias relatadas y analizadas. O reconocerá a los personajes. Y si se dedica a estos temas desde un punto de vista profesional, encontrará quizá cuestiones que según una primera lectura "ya se saben". Pero se saben de manera superficial. O se saben para otros contextos. Saber que prácticas pasan en un contexto, y en otro, y en otro, aporta al conocimiento.

En efecto, hay cuestiones que, entre comillas, ya se saben. Las muchachas y muchachos aprenden, resistiendo más o resistiendo menos, las reglas de juego de su clase –y cómo ascender socialmente o permanecer en el inestable tejado de la clase media argentina– y aprenden resistiendo las reglas esperadas de su sexo. (Nota: aprenden también que se es, si y sólo si se es *un* sexo, pero ésa es otra cuestión). Muchachos y muchachas aprenden y resisten las reglas de su género y su orientación sexual, empezando por el trasfondo incuestionado de la heterosexualidad reproductiva como destino individual y social esperado. De todo eso habla este libro.

En temas de sexualidad, la heterosexualidad, construida socialmente, como rezan las publicaciones, ha devenido categoría residual de los estudios sobre sexualidades, cuyos focos apuntan mayoritariamente, en los últimos tiempos, a los márgenes, a los límites, a la fluidez e inestabilidad, o por el contrario a las institucionalizaciones novedosas (familias de gays y lesbianas, matrimonios de personas del mismo sexo, adecuación de identidad de género según experiencia subjetiva y no según asignación al nacer, etc.). Como resultado, la heterosexualidad –que es, recuérdese, un término que se refiere a un tipo de sexualidad– queda homogeneizada como categoría esencial y no problemática.

Por supuesto: hay mucho escrito que matiza la visión no problemática de la heterosexualidad. Hay escrito sobre la violencia de las relaciones heterosexuales, las desigualdades de género, los riesgos para la salud y los resultados reproductivos y

no reproductivos del sexo. Conocer a fondo las prácticas y sentidos de la sexualidad heterosexual, con sus matices, tensiones, transformaciones y permanencias, es creo yo una tarea que ha venido estando pendiente, y cuya brecha este libro contribuye a cerrar.

Si hay ciertas experiencias que podemos pensar como constantes –como la socialización binaria por género, la pregnancia de la heteronormatividad, el quid del debut sexual– los modos en que estas experiencias son vividas y significadas son siempre contextuales. El libro interroga y nos muestra ambas caracterizaciones: qué hay de constante, qué hay de específico. Lo hace como hay que hacerlo para evitar la pura abstracción analítica: a partir de historias de vida, describiendo, detallando, contando; e interpretando.

La perspectiva de género de la que parte el autor obliga a mirar siempre especularmente los dos polos del vínculo heterosexual. Muestra, sobre la base de su investigación cualitativa, el doble pasaje a ser hombre, que implica construir un género varonil (heterosexual, aunque no exclusivamente), distinto del femenino, y construir la adultez, y el doble pasaje a ser mujer, que implica construir un género femenino (ligado a la potencialidad no actualizada de ser madre), distinto del masculino. En dichos pasajes, la habilitación a la autonomía pasa en gran parte por el aprendizaje, llamativamente poco negociado, de los guiones de género y sexualidad esperados. Guiones que contemplan hasta sus propias trasgresiones.

El texto insinúa que las adolescentes y los adolescentes, como el personaje de Salinger, son mucho más vivos que lo que los adultos presuponen. También insinúa, como diríamos los émulos de Jacques Brel, que tampoco son tan vivos ni trasgresores. Que juzgue el lector. Aquí tiene material de sobra.

Finalmente, otro aspecto destacable de la construcción social de la sexualidad y de la heteronormatividad, que muestra claramente este trabajo, es que la heterosexualidad-heteronormatividad se construye y practica incluso antes de que se la practique eróticamente, ni hablar coitalmente. No solamente la sexualidad es independiente de la práctica física, sino que la precede. Aquí no hablo post-estructuralmente de la sexualidad como lenguaje, sino de la sexualidad como práctica social estructurante de los sujetos y de sus lazos sociales. La sexualidad se ve aquí en aspectos determinados, pero deberíamos pensarla para cualquier estudio social sobre el tema que fuere. La sexualidad atraviesa todos los procesos de subjetivación y de producción, reproducción y transformación de los lazos sociales. No hay, en nuestro sistema social, relación social que no sea sexuada. O "hetero-sexuada". Nuevamente, la invitación es al lector y a la lectora a que juzgue y piense.

Daniel Jones, con este libro producto de su tesis doctoral, a su vez da pruebas de fin de etapa y comienzo de otra. Y lo hace con pie firme. Saludemos pues los varios panes que trae Daniel este 2010 bajo el brazo.



# Capítulo 1

## Introducción

Adolescentes, la nueva revolución sexual: símbolos sexies más jóvenes y hábitos desprejuiciados. Aumento del embarazo juvenil y sobreinformación traumática.  
(Revista *Noticias*, 28/05/2004)

Cuidados en el sexo: los jóvenes saben muy poco y no lo aplican.  
(Diario *Clarín*, 19/04/2005)

Los contagios de Sida aumentaron un 25%:  
adolescentes y jóvenes los más afectados.  
(Diario *Jornada de Trelew*, 20/02/2005)

Iniciación sexual: la mitad de las chicas debuta presionada.  
(Diario *Clarín*, 03/10/2005)

Prejuicios y pánicos morales rodean a la sexualidad de las mujeres y los varones adolescentes en Argentina. Medios de comunicación, políticas públicas, docentes y padres refuerzan temores y estereotipos que presentan a la sexualidad adolescente como algo trasgresor y potencialmente peligroso. Sin embargo, tal vez el escenario no sea tan apocalíptico y valga la pena explorarlo en su complejidad y riqueza.

### 1. Qué estudiar sobre sexualidades adolescentes: objeto y aportes del libro

Este libro estudia sexualidades de adolescentes, abordando la diversidad de sus prácticas sexuales y las dinámicas sociales que las atraviesan. Masturbarse, mirar pornografía, besarse, acariciarse y tener relaciones sexuales (con alguien de otro o el

mismo sexo), adquieren sus significados a partir de los vínculos socio-afectivos que las enmarcan –como el noviazgo–, los diálogos y silencios con los padres y los pares, los chismes que circulan y las agresiones entre adolescentes.

Cada una de estas prácticas sexuales tiene diferente valor social y prácticas corporales similares poseen distinto valor si las lleva adelante un varón o una mujer, un heterosexual o un homosexual. Estas diferencias se convierten en desigualdades cuando sirven para restringir comportamientos y desvalorizar a ciertos sujetos de manera sistemática, lo que nos conduce al principal interrogante del estudio: ¿cuáles son las jerarquías que operan en las sexualidades de adolescentes, qué dinámicas las producen, y cómo son resistidas o subvertidas?

Adelantemos la respuesta, por si alguien no quiere leer el resto del libro. Estas jerarquías se dan entre actividades sexuales (por ejemplo, se otorga más valor a las relaciones sexuales que a la masturbación), entre sujetos (se desprecia al homosexual) o articulan ambos (se rechaza ciertas actividades sólo en determinados sujetos, por caso, que las mujeres miren pornografía). Para la idea de “jerarquías sexuales” nos inspiramos en la afirmación de la antropóloga Gayle Rubin de que las sociedades occidentales modernas evalúan los actos sexuales según un sistema jerárquico de valor sexual (Rubin, 1989: 136).

Las dinámicas sociales que producen estas jerarquías entre adolescentes van desde el uso de pornografía, el ocultamiento de la masturbación y las presiones de los pares para debutar sexualmente lo antes posible (a los varones) o en un noviazgo (a las mujeres), hasta los consejos sobre sexualidad de padres y los chismes y burlas de compañeros por motivos sexuales. Dichas jerarquías no son formaciones monolíticas sin escapatoria: en ocasiones mujeres y varones adolescentes trasgreden normas sexuales y expectativas de género hegemónicas, resisten las dinámicas que las generan y subvierten las jerarquías sexuales, al cuestionar los valores que las fundamentan.

Explorar esta pluralidad de fenómenos sexuales supone salirse del foco de interés en el embarazo, dominante en la prensa, las políticas públicas y la literatura sobre sexualidad de adolescentes. Sin desconocer ni sobredimensionar la importancia social del embarazo en la adolescencia, este interés ha reducido la complejidad de la sexualidad a un potencial resultado de la actividad coital vaginal entre un varón y una mujer. Así, se ha descuidado el estudio de las prácticas sexuales no relacionales (como la masturbación), no penetrativas (como besarse y acariciarse) o entre personas del mismo sexo, así como de los placeres eróticos y otras interacciones sociales claves a la hora de comprender la sexualidad.

Las investigaciones sobre sexualidad de adolescentes en América Latina se han centrado en la primera relación vaginal, el conocimiento y uso de anticonceptivos y modos de prevención del VIH/Sida, el embarazo y la frecuencia de las relaciones sexuales (Pantelides y Manzelli, 2003). Este patrón temático se explica porque el interés de las ciencias sociales por la sexualidad de adolescentes deriva del interés por su fecundidad y aumenta con la epidemia del VIH/Sida (Gogna, 2005a). Estos trabajos



no priorizan la diversidad y los significados de sus prácticas sexuales, sino los riesgos y las consecuencias negativas de la actividad sexual penetrativa.

Nuestro libro hace un aporte al estudio de las sexualidades de adolescentes por su enfoque, temáticas y población explorada. Primero, porque se basa en una investigación sociológica sobre los significados socioculturales de las prácticas sexuales para sus propios protagonistas adolescentes (a quienes entrevistamos), y no en una especulación desde una mirada adulta. Segundo, porque aborda cuestiones como el autoerotismo, el placer y los chismes sobre asuntos sexuales, no indagadas en Argentina y apenas en otros países latinoamericanos. Finalmente, por estudiar a varones y mujeres de clases medias de una ciudad mediana alejada de las grandes urbes, Trelew, cuando en América Latina gran parte de los trabajos sobre sexualidad de adolescentes han sido sobre varones o mujeres de los estratos más pobres y casi siempre en las áreas urbanas de mayor tamaño o en la capital del país (Pantelides y Manzelli, 2003: 74). Por eso, a lo largo del libro respondemos un interrogante adicional: ¿cuáles son las singularidades de las dinámicas que producen jerarquías sexuales en una ciudad mediana, ubicada en la Patagonia argentina?

## 2. Cómo lo hicimos: perspectiva teórica, estrategia metodológica y contexto de investigación

¿Cómo explorar la sexualidad? Desde los años setenta, el esencialismo y el construccionismo social se han enfrentado como dos grandes posiciones teórico-metodológicas. La primera remite la sexualidad a una esencia inherente a la naturaleza humana, inscrita en los cuerpos bajo la forma de un instinto o impulso sexual que conduce las acciones y existe con anterioridad a la vida social. Este tipo de ideas no sólo aparecen en la medicina, la psicología y la sexología, sino también en las explicaciones de sentido común de los actores sobre sus comportamientos, pues la ideología dominante en la sociedad occidental concibe a la actividad sexual como "natural", innata e instintiva (Caplan, 1987: 3).

Por el contrario, el construccionismo social –que adoptamos para este estudio– parte de la idea de que la sexualidad se constituye históricamente en las sociedades y no está determinada por la biología. Es un fenómeno social porque no existe por fuera de la historia, es cambiante y sólo definible contextualmente: actos corporales físicamente similares tienen importancia social y significado subjetivo variables, dependiendo de cómo son comprendidos en diferentes culturas, períodos y grupos (Vance, 1995: 16). Por eso, antes que dar una definición taxativa de sexualidad preferimos señalar que existen formas culturalmente específicas (estados, prácticas, relaciones, situaciones) a las que la mirada occidental moderna (o sea, la nuestra) llama "sexuales". Se trata de actividades mentales y corporales vinculadas a una dimensión erótica, que pueden implicar contactos físicos entre dos o más personas

o no (como en el autoerotismo) y ligarse o no a sentimientos amorosos y a la procreación (ya sea buscándola o evitándola).

En el libro asumimos este enfoque para analizar las prácticas consideradas sexuales en el entramado sociohistórico en que se insertan las y los adolescentes estudiados. Para hacerlo, utilizamos aportes de la teoría de los guiones sexuales (Gagnon y Simon, 2005). Según dicha teoría, ninguna actividad sexual podría suceder si no existiesen producciones sociales y mentales bajo la forma de guiones (en las que actos, relaciones y significados están organizados en historias), que permiten a los actores atribuir un sentido sexual a diferentes situaciones y estados corporales (Bozon, 2004a: 129). Esta teoría ayuda a conectar aquello que los actores piensan y hacen con las relaciones interpersonales y los escenarios culturales que los enmarcan.

A su vez, para entender cómo la distinción entre varones y mujeres se transforma en desigualdad, seguimos una perspectiva del género entendido como un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias entre los sexos y como una forma primaria de relaciones significantes de poder (Scott, 1996).<sup>1</sup> Esto nos ofrece herramientas para explicar cómo las expectativas y relaciones de género moldean las opiniones y comportamientos sexuales (por ejemplo, las prescripciones para los varones de disponibilidad sexual permanente y para las mujeres de selectividad de su pareja sexual). Aunque la oposición femenino/masculino ha sido mercedamente cuestionada, aún es un punto de partida útil para comprender las asociaciones simbólicas de las categorías "mujer" y "varón", siempre teniendo presente que son resultado de ideologías, y no de características fisiológicas o psicológicas inherentes a las personas (Viveros, 2002: 271).

Además del género, consideramos la etapa de la vida en que se encuentran y la generación a la que pertenecen las y los adolescentes de clases medias que estudiamos.<sup>2</sup> Los identificamos como adolescentes no sólo porque tienen entre 15 y 19 años de edad, sino también porque comparten un conjunto de rasgos, vinculados a esta etapa de la vida, que inciden en su sexualidad. Primero, su ubicación familiar: viven en la casa de sus padres y en ésta ocupan el lugar de hijos, lo que influye en las posibilidades de contar con espacios para sus encuentros sexuales. Segundo, su principal actividad es asistir a la escuela y no trabajan ni buscan empleo; al ser mantenidos económicamente por sus padres, dependen de ellos para todo lo que requiera dinero, desde ir a bailar hasta comprar anticonceptivos. Tercero, en cuanto a su experiencia

---

1. Para una mirada crítica de la distinción entre "sexo" y "género", ver los trabajos de Laqueur (1994) y Butler (2001).

2. Definimos su pertenencia a clases medias, primero, por el hecho de que todos están escolarizados en el nivel medio diurno a la edad esperada para realizar cada curso y que ninguno trabaja ni busca empleo para sostenerse económicamente y, segundo, por el nivel educativo alcanzado y la ocupación del padre y/o la madre con quien viven (de vivir con ambos, tomamos el de mayor nivel educativo y mejor empleo).

vital, aun iniciados sexualmente o de novios, no han experimentado embarazos, no tienen hijos, ni han convivido con una pareja. Por último, de su sociabilidad, pasan la mayor parte del tiempo con sus pares, en la escuela y en ámbitos de esparcimiento.

En términos generacionales, nacieron entre 1985 y 1990 en Argentina y su adolescencia transcurrió en la primera década del siglo XXI. Como grupo de edad socializado en un mismo período histórico, esto significa que: siempre vivieron en un régimen político democrático, con libertad de expresión y una creciente democratización de los vínculos conyugales; comenzaron a tener relaciones sexuales durante la epidemia del VIH/Sida y entre discursos sobre el embarazo en la adolescencia como problema social, con un progresivo conocimiento y disponibilidad de métodos preventivos; se socializaron en medio de debates sobre salud y derechos sexuales y reproductivos; crecieron en el marco de una expansión de imágenes sexuales en la televisión y del uso regular de Internet, entre otras circunstancias que los diferencian de generaciones previas.

Para este estudio desarrollamos una estrategia metodológica cualitativa. Entre 2003 y 2005 entrevistamos a 46 mujeres y varones de entre 15 y 19 años, de manera individual y siguiendo una guía semi-estructurada. Se trata de adolescentes que asisten a escuelas públicas mixtas de nivel medio y se criaron y residen en Trelew. A excepción de dos varones que se identificaron como gays, el resto de los varones y la totalidad de mujeres declararon o dieron a entender que eran heterosexuales. Cada entrevista duró alrededor de una hora y media y fue realizada por una persona del mismo género que la entrevistada, en su escuela o en un café, sin la presencia de terceros. Respetamos la voluntariedad, confidencialidad y anonimato de su participación, esto último a través de los seudónimos que usamos en el libro. Con su consentimiento, las entrevistas fueron grabadas y transcriptas. Estas transcripciones son nuestro objeto de análisis.

Ante una producción académica enfocada casi exclusivamente en la ciudad de Buenos Aires y su conurbano, optamos por hacer una investigación en Trelew, una ciudad de noventa mil habitantes de la provincia patagónica del Chubut. ¿Por qué allí? Porque al haber vivido de adolescente sospechaba que algunas de las opiniones y experiencias sexuales de un joven de Trelew eran diferentes de las de sus pares porteños o de ciudades del Norte o Cuyo argentino. Para mostrar cómo difieren exploramos la influencia en las dinámicas de producción de jerarquías sexuales de ciertos rasgos que distinguen a Trelew de las grandes urbes, las poblaciones cercanas a ellas y ciudades como Catamarca o San Juan.

Antes de abordar esta influencia en los capítulos, vale la pena describir brevemente a Trelew. Su nacimiento está ligado a la colonización galesa y a la instalación del ferrocarril en lo que hoy es la ciudad, a fines del siglo XIX. Las políticas de promoción industrial de 1956 a 1986 marcaron su acelerado ritmo de crecimiento. Según los censos nacionales, mientras que la población total de Argentina se duplicó entre 1950 y 2001, la de Trelew creció seis veces más rápido: de un pequeño pueblo de siete

## Capítulo 1. Introducción

mil habitantes se convirtió en una ciudad de noventa mil en 2001, de los cuales 8.700 tienen entre 15 y 19 años. La definimos como una ciudad mediana por tener más de 50 mil habitantes, pero no ser una gran urbe –como Rosario, Córdoba o el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA), que superan el millón–. Este tamaño condiciona la oferta de lugares de esparcimiento nocturno y la posibilidad de anonimato, por definición, menores que en una ciudad más grande.

A diferencia de otras regiones del país, la gran extensión geográfica y la dispersión entre las localidades en la Patagonia determinan un alto grado de aislamiento periférico (Virkel, 2004: 103), por las distancias y costos para viajar hacia otras ciudades (las mencionadas urbes quedan todas a más de 1500 km de Trelew). Esta situación dificulta el conocer e interactuar con gente de otros lugares (por ejemplo, yendo a bailar a otras ciudades), pues esto supondría viajes y desembolsos de dinero significativos.

Además del tamaño mediano y el aislamiento de la ciudad, también el perfil religioso de su población influye en las opiniones y comportamientos sexuales. Si bien el cristianismo en su conjunto es la religión con mayor presencia en la zona, el peso del catolicismo es menor que en el resto del país y una proporción no desdeñable es agnóstica o atea.<sup>3</sup> Este perfil se explica a partir de la temprana influencia protestante mediante los colonos galeses (arribados en 1865) y la tardía presencia católica. Durante varias décadas los protestantes condujeron gobiernos, periódicos y asociaciones, con una impronta modernizante y secular en sus iniciativas civiles.<sup>4</sup> Hasta 1907 no hubo templo ni sacerdote católico en Trelew (Zampini, 1972: 19) y recién en 1957 se creó la Diócesis de Comodoro Rivadavia, cuyo obispado está a 400 km de Trelew. El menor peso de la Iglesia Católica, en comparación con el Norte o Cuyo argentino, se observa en que fue la primera provincia que eligió un gobernador no católico (Néstor Perl, de origen judío, en 1987). Otro indicador es que, a fines de la década de 1990, la Iglesia Católica no tuvo ningún papel relevante en la discusión de la ley de salud sexual y reproductiva del Chubut, ni en la implementación del programa, como sucedió a nivel nacional y en provincias como Mendoza (Brown, 2006). Este menor peso también se refleja en los va-

---

3. Aunque no existe información focalizada en la ciudad o la provincia (ya que el de 1960 fue el último censo que indagó sobre religión), una encuesta nacional de 2008 con una muestra representativa indica que la región del Sur (donde está Trelew) es la de menor proporción de población católica (un 61,5%, frente al 69,1% del AMBA, el 91,7% del Noroeste y el 76,5% a nivel nacional), mayor porcentaje de evangélicos/protestantes (un 21,6%, frente al 9% nacional) y una considerable proporción indiferente hacia lo religioso (el 11,3%, segundo mayor porcentaje luego del 18% del AMBA) (Mallimaci *et al.*, 2008). En la región son pocos los creyentes e instituciones de otras religiones.

4. Para 1895 el censo registra que el 53% de la población del Chubut era protestante, frente a un 0,7% de promedio nacional (Bianchi, 2004: 302).

lores sexuales de su población, por ejemplo, al no considerarse a la virginidad femenina prematrimonial una norma u horizonte deseable en términos morales.

### 3. Cómo organizamos la presentación

El fin de este libro es analizar cuáles son las jerarquías que operan en las sexualidades de adolescentes, qué dinámicas las producen, y cómo son resistidas o subvertidas. Comenzamos en el siguiente capítulo, al indagar sus prácticas y opiniones sobre el uso de pornografía y la masturbación. Ambas son actividades autoeróticas (definidas por el deseo y/o el placer sexual experimentado por un individuo sin la participación directa de otro), frecuentes entre adolescentes, pero desvalorizadas frente a las relaciones penetrativas. Estas actividades autoeróticas gozan de diferente legitimidad entre varones y mujeres y según las edades. Para explicar dichas diferencias indagamos qué aprenden de la pornografía los varones que les hace valorarla y por qué, en cambio, muchas mujeres la rechazan. También exploramos sus charlas y nociones de masturbación. El contenido de las conversaciones y los silencios ante pares sobre el autoerotismo se entienden por –y simultáneamente refuerzan– su asociación con reputaciones sexuales negativas (como la de ser un “fracasado” por tener que masturbarse al no contar con parejas).

Cuando subestiman al autoerotismo, el punto de comparación son las relaciones sexuales con penetración. En la primera relación sexual se centra el capítulo 3, donde abordamos las expectativas y experiencias de quienes la tuvieron y quienes no. Lejos de pensarla como un evento aislado, explicamos la primera relación coital como un acontecimiento enmarcado en un proceso gradual de aprendizaje erótico y corporal que la antecede y trasciende temporalmente. Explorar con quién, por qué (o por qué no) y cómo debutaron nos permite reconstruir los papeles esperados para varones y mujeres heterosexuales en la primera vez y sus trasgresiones.

El amor, la presión y el placer juegan un papel clave en estas experiencias. A esos sentimientos y sensaciones nos abocamos en el capítulo 4, al analizar por qué el noviazgo es el marco más legítimo y frecuente para las relaciones sexuales entre adolescentes, y qué sucede con quienes se inician en otro tipo de vínculo. También mostramos que tanto mujeres como varones son presionados para tener relaciones, si bien bajo dinámicas diferentes, por sus parejas y amigos. Discutimos un último punto, poco tratado en la literatura sobre adolescentes: qué es lo que más les gusta de tener relaciones sexuales. Mientras que las mujeres y algunos varones resaltan prácticas y rasgos afectivos de sus parejas (como el romanticismo), otros varones valoran probar diferentes posiciones en las relaciones sexuales y que les hagan sexo oral. Estas preferencias se construyen socialmente a través del uso de pornografía, las charlas entre pares y los consejos de padres, sobre los que versa el capítulo siguiente.

En el capítulo 5 exploramos las conversaciones y silencios sobre sexualidad con padres y/o madres, a partir del testimonio de las y los adolescentes. Mediante las

## Capítulo 1. Introducción

categorias *control parental de la sexualidad femenina adolescente* y *omnipresencia material y discursiva del preservativo* explicamos los patrones contrapuestos para mujeres y varones. El *control parental* se da a través de consejos que desalientan la actividad sexual de las chicas, o recriminaciones y vigilancia al enterarse de que ellas ya tienen relaciones sexuales. En cambio, la *omnipresencia material y discursiva del preservativo* entre adultos e hijos parte de reconocer que los varones tienen relaciones y lo aprueba al facilitarles preservativos y aconsejarles su uso. Las diferencias en estas charlas se reflejan en aquello que más les preocupa a los y las adolescentes de tener relaciones: la falla del preservativo a los varones y el quedar embarazada a las mujeres.

Pero no sólo los adultos intentan controlar a los adolescentes: la producción y circulación de chismes entre pares actúa como un dispositivo de control social de su sexualidad. En el capítulo 6 indagamos cómo surgen y se expanden los chismes sobre temáticas sexuales, en un contexto de poca cantidad de adolescentes, escasez de lugares de esparcimiento nocturno juvenil y alto grado de interconexión entre pares, en comparación con una gran urbe. A su vez, nos centramos en cómo mediante chismes se califica de "putas" a las chicas por sus comportamientos sexuales, cuáles son las consecuencias de esta estrategia de control de la sexualidad femenina y en qué formas la resisten o subvierten.

Las mujeres no son las únicas desacreditadas socialmente por motivos sexuales: los varones homosexuales o sospechados de serlo también ocupan una posición desvalorizada en la jerarquía de sujetos sexuales entre estos adolescentes. En el capítulo 7 describimos cómo se da la estigmatización y discriminación a los homosexuales en Trelew, y proponemos un modelo para interpretar sus dinámicas.

El tiempo presente que empleamos en el libro corresponde a las fechas de las entrevistas, hechas en 2003 y 2005. Las comillas son para citas textuales de las entrevistas o la bibliografía, y las bastardillas para nuestras categorías.

## Capítulo 2

### Autoerotismo: pornografía y masturbación

El placer obtenido de la pornografía es infantil y autoerótico;  
es un ejercicio masturbatorio de la imaginación.  
(Irving Kristol, *Pornography, obscenity and the case for censorship*)

El sábado soy como lobo que ronda  
por cines, teatros, boliches de onda  
no pasa naranja y la noche se vuela,  
entonces me voy con mi novia Manuela  
algo es algo, yo me entiendo...  
(Ignacio Copani, *Cuántas minas que tengo*)

En este capítulo abordamos las prácticas y opiniones sobre el uso de pornografía y la masturbación de adolescentes, para empezar a describir las jerarquías que atraviesan su sexualidad, qué dinámicas las producen y cómo son resistidas.

Analizamos ambas actividades como autoeróticas, es decir, definidas por el deseo y/o el placer sexual experimentado por un individuo sin la participación directa de otro. Entendemos por masturbación a la estimulación deliberada de los propios órganos sexuales u otras partes del cuerpo con el fin de obtener placer. En cuanto a la pornografía, exploramos el consumo de productos visuales o audiovisuales de la industria pornográfica en su vertiente hegemónica (de tipo comercial, hecha con actores y orientada al público masculino heterosexual).<sup>5</sup> El carácter autoerótico de mirar pornografía y masturbarse radica en que son actividades sexuales que no requieren la copresencia de otra persona (a diferencia de las relaciones sexuales), a pesar de que pueden darse en una situación grupal.

Si bien son actividades frecuentes entre adolescentes, han sido poco exploradas en América Latina. ¿Por qué? Primero, porque para quienes hacen y financian investi-

---

5. Sólo consideramos a la corriente hegemónica de la pornografía, pues en las entrevistas no mencionan otros subgéneros alternativos que han emergido más recientemente, como el porno amateur o el lésbico (Figari, 2007a).

gaciones sobre sexualidad es más relevante abordar la actividad sexual relacional que la solitaria, ya que las potenciales consecuencias de la primera (embarazos no planificados, transmisión de enfermedades) hoy son consideradas problemas sociales más importantes que los atribuidos a la pornografía y a la masturbación.<sup>6</sup> Segundo, porque los estudios sobre adolescentes parten del supuesto de que la "iniciación sexual" es la primera relación coital vaginal y se centran en las actividades sexuales penetrativas a partir de ese evento. Los pocos trabajos que refieren –escuetamente– al uso de pornografía y la masturbación sostienen que estas prácticas sólo se dan antes de la iniciación coital y luego desaparecen (Cáceres, 2000: 50; Fuller, 2001: 93-98; Valdés, 2005: 332), una afirmación que vale la pena indagar aquí. Por último, pero no menos importante, el autoerotismo resulta difícil de abordar en una entrevista cara a cara, y ha ocasionado no pocos problemas a otras investigaciones.<sup>7</sup> En relación a otras actividades sexuales que exploramos, el uso de pornografía y la masturbación son asuntos especialmente vergonzantes, como sugieren los sobreentendidos y elipsis que inundan los testimonios de las mujeres y los varones al respecto, exigiéndonos un esfuerzo interpretativo adicional.

Esto es así porque son prácticas eróticas desvalorizadas en comparación con las relaciones sexuales, a las que definen en las entrevistas como aquellas que incluyen una penetración pene-vagina. A su vez, dichas prácticas gozan de diferente legitimidad entre varones y mujeres y según sus edades. Para explicar estas diferencias primero abordamos las razones y modos de mirar pornografía. Allí los varones cuentan qué cosas aprenden de la pornografía –que no les ofrecen otras instancias– y las mujeres explican por qué la rechazan. Luego exploramos por qué, para qué y quién "necesitaria" masturbarse.

El tipo de conversaciones y silencios entre adolescentes sobre la masturbación y la pornografía son dinámicas que se entienden por (y refuerzan) la desvalorización del autoerotismo, al asociarlo con reputaciones negativas (como la de ser un "fracasado" por no conseguir parejas sexuales), así como la desigualdad de género, que se manifiesta en la mayor dificultad entre mujeres para realizar y contar estas prácticas autoeróticas.

---

6. No siempre fue así: la masturbación y la pornografía fueron problemas públicos prioritarios para Estados, iglesias, corporaciones profesionales y movimientos sociales, como ilustran la cruzada anti-masturbación en Europa en los siglos XVIII y XIX (Foucault, 2000a: 215-311; Laqueur, 2004: 185-245) y los debates sobre la pornografía en Estados Unidos en la década de 1980 (Osborne, 1993).

7. Entrevistadores que se negaron a preguntar sobre autoerotismo (Laumann *et al.*, 1994: 81), inconsistencias entre las respuestas a preguntas directas sobre masturbación y aquellas a indirectas (Spira y Bajos, 1993: 128-130 y 196-197), disgusto y vergüenza de los entrevistados (Weellings *et al.*, 1994: 134), altas tasas de rechazo de respuesta (Heilborn *et al.*, 2006: 228), entre otros problemas.



## 1. Entre el aprendizaje y el asco: el consumo de pornografía

### Curiosidad y diversión de los varones

¿Sólo a los varones les interesa la pornografía? Así lo cree la mayoría de las y los adolescentes, quienes explican las razones y modos para mirar pornografía.

Todos los varones<sup>8</sup> lo ocultan a sus padres por la vergüenza e incomodidad que les produciría ser descubiertos con materiales que muestran explícitamente actividades sexuales con el fin de excitar. Si bien acceden a la pornografía por diferentes vías (páginas en Internet, revistas, videos), prefieren y suelen hacerlo a través de la televisión codificada,<sup>9</sup> ya sea con un grupo de varones o, eventualmente, en una reunión mixta antes de ir a bailar.

La principal ventaja de la televisión es que reflejaría un grado de interés en la pornografía menor que el que se atribuye a otros modos de consumo. Mirar una película en televisión parece menos premeditado que comprar una revista o alquilar un video, que implican cierto esfuerzo y, por ende, suponen mayor interés en la pornografía. Para verla en televisión, en cambio, sólo se trata de hacer *zapping* y dejar el canal codificado sin prestar demasiada atención a la película, en un encuentro donde simultáneamente escuchan música, charlan y toman cerveza. El interés que demuestren en la pornografía es relevante porque la legitimidad de su consumo varía con la edad: si hasta los 15 años mirar pornografía es frecuente y aceptado entre varones, en adelante es preferible no expresar mucho interés, pues se supone que otras actividades sexuales deberían atraer su curiosidad erótica. La edad, en efecto, es una dimensión central para analizar su relación con la pornografía, como sintetiza el siguiente cuadro.

---

8. A lo largo del capítulo nos referimos exclusivamente a los varones que declaran o dan a entender ser heterosexuales; los únicos dos entrevistados que se identificaron como gays no hablaron sobre mirar pornografía o masturbarse.

9. Mediante *Venus*, una señal de televisión por cable de contenidos pornográficos, que funciona desde la medianoche hasta el fin de la madrugada. En Trelew la transmite el cable local y se accede pagando un plus por el decodificador.

**Cuadro 1: Consumos de pornografía de varones adolescentes**

<b>Características</b>	<b>Primera etapa</b>	<b>Hito demarcatorio</b>	<b>Segunda etapa</b>
<i>Duración</i>	Hasta los 15 años	Primera relación sexual  (Expectativa social de que sea a los 15 años)	Desde los 15 años
<i>Razón</i>	Por curiosidad		Para divertirse
<i>Modo</i>	Grupal. Juntarse especialmente para ver una película.		Grupal. Dejar una película que dan en la televisión codificada.
<i>Frecuencia</i>	Habitual		Esporádica

Para estos varones, entre los 11 y 15 años era habitual juntarse especialmente para ver películas pornográficas, por la curiosidad propia del inicio de la adolescencia. Pero no coinciden sobre si conocieron o aprendieron algo a través de estas películas.

Algunos creen que se aprende poco de la pornografía y cuestionan lo que enseña. Critican el carácter "fantasioso"<sup>10</sup> de las situaciones que muestra, que se alejan de las complicaciones habituales para y por tener relaciones sexuales. Del carácter fantasioso deducen una secuencia de efectos negativos: estas películas incitarían a los adolescentes más jóvenes a tener relaciones al presentarlo como algo "facilísimo" y, como éstos no poseen el conocimiento necesario, pueden producirse embarazos no buscados y enfermedades. Para ellos las relaciones sexuales tienen obstáculos ("en la vida real no es tan fácil") y consecuencias indeseadas, por lo que –advierten– los más jóvenes deberían pensarlo dos veces antes de hacerlo. En suma, para este grupo de varones se aprende poco de la pornografía y sus efectos son potencialmente nocivos.

No obstante, son muchos más los varones que valoran positivamente lo que conocieron mediante películas pornográficas: el cuerpo completamente desnudo de una mujer (en una actitud erótica), el sexo oral y el sexo anal, las diferentes posiciones para tener relaciones y otros asuntos relativos al placer. Al enseñarles sobre diferentes

10. Las expresiones entrecomilladas son textuales de las entrevistas.

actos y técnicas sexuales (Cáceres, 2000: 50; Seidman, 2003: 101; Valdés, 2005: 332), a través de sus imágenes la pornografía les presenta cuestiones ausentes en otras instancias de aprendizaje sexual (como la escuela y la familia).

Así, en una primera etapa buscan conocer "cosas que no te cuentan" padres y profesores, pero a medida que crecen pierden ese interés por la pornografía. A partir de los 15 años ya no se juntan especialmente a mirar estas películas, sino que ocasionalmente dejan alguna que pase el canal codificado y lo hacen "sólo por diversión". Creemos que señalan los 15 años como punto de inflexión porque es la edad esperada por los pares para el debut sexual de los varones. Nuestra hipótesis es que dicha expectativa social ayuda a entender los cambios en el consumo de pornografía, sintetizados en el cuadro 1. La pregunta que parece flotar en sus testimonios es "¿para qué ver relaciones sexuales en una película, si a esta edad ya podríamos tenerlas?". Mirar una película pornográfica pasa a ser una actividad subestimada (más allá de que continúen haciéndolo), considerada una forma de diversión esporádica que no despertaría mayor interés. No es casual que ninguno refiera a la excitación o el placer que les produce. Tanto lo que destacan como lo que omiten sobre la pornografía apunta a dejar en claro que, con 15 o más años de edad, ya no la necesitan ni les atrae (por ejemplo, para satisfacer su curiosidad erótica).

### Desinterés, rechazo y ocultamiento de las mujeres

¿Y qué opinan las mujeres sobre la pornografía? A la mayoría no le interesa o directamente la rechaza. Su contacto fue esporádico, en grupo (de chicas o mixto) y sólo para divertirse. Ninguna dice que fue excitante o placentero y, por el contrario, a algunas les dio "asco" lo que vieron. Este rechazo a la pornografía las diferencia de los varones, pues a ninguno le produjo una reacción negativa similar. Luz ofrece pistas para interpretarlo: "Una vez nos prestaron un video. Era una película, pero ya te daba asco, porque no era amor, no era... ¿Cómo te explico? Era un asco, se veía todo. O sea, por lo general si vemos algo sería una película donde está el sexo, pero tampoco se ve tanto".

¿Por qué a estas adolescentes no les interesa o les desagrada la pornografía? Decir que la pornografía industrial hegemónica<sup>11</sup> está orientada a varones heterosexuales y que sus contenidos responden a una eroticidad masculina tradicional no explica demasiado si no identificamos qué les disgusta específicamente a estas mujeres. Interpretamos que su rechazo se origina en dos rasgos de la pornografía: el carácter excesivamente explícito de sus imágenes sobre ciertas prácticas sexuales, y la separación de la actividad sexual de un correlato afectivo.

---

11. La única a la que accedían estas y estos adolescentes de Trelew al momento de hacer el estudio.

Con el carácter sexualmente explícito nos referimos a un patrón propio de las películas pornográficas: centralización de la escena en la relación sexual; no hay una narrativa que enmarque las prácticas sexuales; la cámara juega entre la escena general y primeros planos de genitales y rostros; se filma un contacto sexual el tiempo que dure, en períodos extensos. Desde sus orígenes, la pornografía ha explorado situaciones sexuales extremas, buscando siempre mantenerse excesiva (Arcan, 1993: 180; Sontag, 2005: 98-102). Luz, nuestra entrevistada, subraya este exceso al comparar la película pornográfica que miró (que "era un asco, se veía todo") con otras que también muestran contactos sexuales ("una película donde está el sexo, pero tampoco se ve tanto"). A su vez, la pornografía se concentra en prácticas sexuales que suelen considerarse degradantes para las mujeres: posiciones que enfatizan su pasividad, penetraciones múltiples simultáneas a una mujer y eyaculaciones masculinas en su cara o boca. Dichas prácticas presentadas de modo excesivamente explícito serían las que causan "asco" a estas adolescentes.

Su rechazo a la pornografía también proviene de que ésta muestra a los contactos sexuales despojados de cualquier tipo de afectividad y, específicamente, de amor. La pornografía se define por la ausencia de un "otro íntimo" frente nuestro, siendo que la intimidad supone algún grado de compromiso, afecto o cooperación (Figari, 2007a: 5). La narración pornográfica retira a las relaciones sexuales del marco sentimental donde se encuentran socialmente aprobadas para estas adolescentes y entra en tensión con el modelo del amor romántico del que ellas están imbuidas. Se trata de un complejo de ideas surgido en Europa a fines del siglo XVIII y muy divulgado en Argentina desde comienzos del siglo XX, donde los afectos y vínculos predominan sobre el ardor sexual (Giddens, 1995: 45-46).

¿Es unánime el rechazo femenino a la pornografía? Nada de eso. Para algunas chicas, no es que a las mujeres no les interese ni les guste la pornografía: la diferencia con los varones se da por su ocultamiento personal y el silencio social sobre el uso de pornografía.

También las mujeres lo hacen, mirar fotos de hombres desnudos o cosas así. Pero es más común que esas cosas se vean en los hombres, que se hable más que nada en los hombres, y en las mujeres no tanto. [...] Siempre es como un tabú. Este tema no se toca. Está como impuesto así.  
(Luna, 17 años).

Ocultarían su interés y uso de pornografía porque contradicen ciertos valores sobre la sexualidad femenina largamente sedimentados en las culturas occidentales. Nos referimos a la concepción de la actividad sexual femenina como una fuerza negativa, por lo que toda conducta erótica de una mujer será moralmente mala a menos que alguna razón la salve. El amor en tanto sentimiento sublime (noción propia del amor romántico) es una de las excusas socialmente más aceptables para que las mu-

jeros justifiquen sus contactos sexuales (Rubin, 1989: 134-135), como vemos en los capítulos 4 y 5 en la preferencia de estas chicas por tener relaciones sexuales "con amor" y la prescripción de los padres de que lo hagan sólo "por amor".

Ver pornografía difícilmente pueda vincularse al amor, en la medida en que ésta se define por presentar actividades sexuales despojadas de sentimientos y con el único fin de excitar al espectador. Al dirigirse exclusivamente a la obtención del propio placer, cualquier práctica autoerótica se aparta de la expectativa hacia las mujeres de que su actividad sexual debe comunicar sentimientos y fortalecer el vínculo afectivo con su pareja (Heilborn *et al.*, 2006: 248). Esto ayuda a comprender por qué la mayoría de las adolescentes dice no mirar pornografía o hacerlo muy ocasionalmente y sólo para divertirse.

Una última idea –muy extendida socialmente y que sugieren los testimonios de varones y mujeres– es que sólo les interesa o necesitan ver pornografía y/o masturbarse quienes no tienen relaciones sexuales, algo que exploramos a continuación.

## 2. Los regulados silencios: ¿quién puede decir "yo me masturbo"?

### De las charlas entre compañeros al riesgo de ser un "boludo"

Hasta los 15 años los varones charlan habitualmente sobre masturbarse: algunos escucharon a un compañero decir que se masturba y eso los incitó a hacerlo, y otros plantearon sus dudas para ver qué le sucedía al resto. No obstante, nadie relata experiencias de masturbación en grupo.

A partir de los 15 años hablan mucho menos del tema, aunque probablemente algunos (¿muchos?, ¿todos?) sigan masturbándose. Una vez más, que ésta sea la edad socialmente esperada para el debut sexual de los varones sirve para explicar los cambios en sus charlas. Como suponen que a los 15 años la mayoría ya ha tenido su "primera vez", desde esa edad se debería reemplazar a la masturbación por las relaciones sexuales. Quien reconoce masturbarse lo explica ante sus pares por no haber tenido aún relaciones o por el tiempo que hace que no las tiene.

**Entrevistador:** En estas charlas, ¿hablan del tema de la masturbación?

**Pablo:** Sí, sale cuando dicen: "Uh, estoy hace como cinco años... todavía no la pongo y tengo que estar con la mano todo el día". Algunos no tienen relaciones todavía y le están dando bastante... [se masturban frecuentemente] y eso les jode siempre.  
(Pablo, 17 años).

¿Por qué quien se masturba debe justificarlo? Porque entre estos adolescentes subyace una norma según la cual como ya tienen la edad esperada para mantener relaciones sexuales deberían dejar de masturbarse. Esta norma se aproxima a la idea

de que "la masturbación es una etapa en el desarrollo y abandonarla en el momento adecuado un signo de madurez y conformidad social" (Laqueur, 2004: 22), una idea muy extendida en la cultura occidental, atribuida a la influencia de la teoría psicoanalítica de Freud (Stengers y Van Neck, 2001: 158). La masturbación resultaría una práctica aceptable y típica en la niñez y la adolescencia, que debería conducir a "prácticas maduras" en la adultez (Arcan, 1993: 235). No sugerimos una relación causal entre las opiniones de los adolescentes y el psicoanálisis, pero sí que en ambos casos se delimita una etapa en la que masturbarse está socialmente aceptado y otra donde es esperable y deseable dejar de hacerlo. Dicha semejanza ilustra cómo estos adolescentes retoman nociones de teorías psicológicas popularizadas en los escenarios culturales sobre sexualidad.

Su concepción de la masturbación implica una comparación opositiva y jerarquizada con las relaciones sexuales, que subestima al autoerotismo. Por eso, de seguir masturbándose luego de los 15 años las opciones serían no contarle a sus amigos o explicar que lo hacen para afrontar la falta de relaciones. Estas dinámicas que venimos describiendo suponen una jerarquía de valor de las prácticas sexuales, donde el poderoso estigma que pesaba sobre la masturbación (como pecado o causa de locura) permanece en formas más débiles, como la idea de que es un sustituto inferior de los encuentros en pareja (Rubin, 1989: 136). Esta desvalorización permite entender que una forma de molestar o insultar a alguien sea tratarlo de "pajero". "Paja" designa a la masturbación y "pajero" a quien se masturba a una edad considerada inadecuada:

Generalmente después de los 15 años, ya la mayoría acá, ya todos tienen relaciones sexuales. Así que ya no da de andar jugando con la mano [masturbarse]. Como dice un amigo: "Hasta los 13, 14 pajeate tranquilo. Después, a los 16 pasás a ser un boludo si andás con la mano", me dice. (Johnny, 17 años).

En este contexto, "boludo" y "pajero" son sinónimos que connotan una reputación sexual negativa por masturbarse después de los 15 años. "Pajero" se usa despectivamente para referirse o interpelar a alguien, como broma o insulto. "Boludo" también sirve para descalificar y aquí alude a una incompetencia sexual: a cierta edad sólo se masturbarían quienes no logran tener relaciones (y por eso se los califica de "boludos"). "Fracasado" y "perdedor" son los otros términos que actúan como sinónimos de "pajero" en los testimonios, cuyo significado es auto-evidente. Estas asociaciones negativas al hecho de masturbarse explican por qué quien lo hace tendería a mantenerlo en secreto y, como reverso de esta lógica, por qué circular el rumor de que alguien es un "pajero" o decirse frente a pares son modos de desacreditarlo socialmente.

Estos varones también opinan sobre la masturbación de las mujeres, pese a que las chicas nunca hablan del tema frente a ellos. Las semejanzas y diferencias que plantean entre varones y mujeres nos permiten profundizar cuáles son sus concepciones de masturbación.

Las semejanzas son que la motivación para masturbarse es una "necesidad" sexual que actúa por igual en varones y mujeres, y que el fin es aliviar la tensión sexual producto de la excitación. Estas ideas remiten a una mirada esencialista de la sexualidad que toma forma en teorías de impulsos sexuales. Si bien dichas teorías fueron desarrolladas por la psicología, la medicina y la sexología para explicar comportamientos, también hay un uso cotidiano no científico de la idea de impulso sexual. Nos referimos a cuando alguien dice que está "caliente" para expresar un estado de deseo o excitación mayor que el habitual, que se le aparece como proveniente de su interior (Laumann y Gagnon, 1995: 187). Se trata de explicaciones de los actores de sus propias actividades sexuales –parte de sus guiones intrapsíquicos<sup>12</sup>–, que adaptan nociones psicológicas y sexológicas popularizadas. Los discursos científicos que afirman que las personas tienen impulsos sexuales intrínsecos, o que definen etapas vitales en que masturbarse es natural y otras en que debe abandonarse, delinean escenarios culturales sobre sexualidad que circulan en una sociedad. Muchas veces, los actores retoman estas ideas para racionalizar y justificar sus comportamientos sexuales.

Para los varones, la única diferencia con las mujeres en cuanto a la masturbación es que, frente a la mencionada "necesidad" sexual, ellas podrían optar por tener relaciones, en lugar de masturbarse. Esta diferencia se basa en la expectativa de que el varón siempre está dispuesto y propondría tener relaciones sexuales, mientras que la mujer es quien decide aceptar o no, expectativa que analizamos en el siguiente capítulo. Nuevamente se piensa a la masturbación como una suerte de válvula de la tensión sexual, a la que las mujeres no precisan apelar porque pueden tener relaciones si lo desean. Una vez más, opera la jerarquía entre actividades sexuales que subestima y opone el autoerotismo a las relaciones sexuales.

---

12. La teoría de los guiones sexuales distingue analíticamente tres niveles vinculados entre sí: los escenarios culturales, los guiones interpersonales y los guiones intrapsíquicos (Gagnon y Simon, 2005). Los escenarios culturales son narrativas intersubjetivas socialmente extendidas, que toman la forma de prohibiciones o recomendaciones culturales acerca de las conductas sexuales (por ejemplo, el imperativo romántico para las mujeres de tener relaciones sexuales sólo por amor). Los guiones interpersonales son patrones estructurados de interacción, compuestos de secuencias ritualizadas de actos, que permiten la coordinación de los encuentros sexuales. Los guiones intrapsíquicos son planes y razonamientos mediante los cuales los individuos orientan o reflexionan sobre su conducta pasada, actual o futura (por ejemplo, las razones que dan para haberse iniciado sexualmente o para no haberlo hecho aún), y que también operan en el reconocimiento de estados corporales y situaciones sexuales. Estos tres niveles son dinámicamente interactivos.

## Las mujeres, ¿no lo "necesitan", no lo hacen o no lo dicen?

Si bien las mujeres comparten esta desvalorización de la masturbación, sus opiniones al respecto sólo coinciden parcialmente con las de los varones. Según estas adolescentes, las mujeres no se masturban porque no lo necesitan, ya sea porque su excitación es menos intensa y frecuente que la masculina, ya sea porque pueden tener relaciones sexuales si así lo desean.

Su primera explicación parte de ver a la excitación de los varones como una "necesidad" física a la que ellos deben responder sí o sí de algún modo: masturbarse es la alternativa cuando no tienen relaciones sexuales. En cambio, para las mujeres la excitación no es una "necesidad" que exija una respuesta, sino que pueden sobreponerse rápidamente, sin recurrir a masturbarse:

Yo, si estamos a punto de 'curtir' [tener relaciones sexuales] y no pasa nada, a los cinco minutos se me pasa, no es que me quedo arañando las paredes. Por lo que yo hablaba con mis amigas, les pasa más o menos lo mismo. No es como los tipos [varones], que te dicen: "No sabés la paja que me eché". [...] La calentura de los tipos es mucho más persistente y mucho más constante. O sea si vos 'estás' y no podés terminar de 'estar', el chabón [varón] se muere, queda duro. La mina [mujer] no.  
(Juana, 19 años).

Al concebir a la masturbación como una válvula para aliviar la tensión causada por la excitación, estas adolescentes también remiten a una noción de impulso sexual. Sin embargo, su argumento de que las mujeres no se masturban porque su excitación es menos intensa y frecuente, va en sentido contrario a la opinión masculina de que la motivación para masturbarse es una "necesidad" que actúa por igual en varones y mujeres.

Su segunda explicación de por qué las mujeres no se masturban es que no lo necesitan porque pueden tener relaciones sexuales si lo desean. Esto también refuerza la idea de que la masturbación es una alternativa exclusiva para los varones, bajo el argumento de que "para la chica es mucho más fácil 'estar' [tener relaciones sexuales] con alguien: a los varones no les importa si sos linda, si sos fea, si sos gorda, si sos flaca. Para los varones es más complicado", dice Jimena. La opinión de Jimena refleja la expectativa de una disponibilidad sexual masculina permanente, que implicaría poca selectividad: con tal de tener relaciones sexuales, al varón "no le importa" cómo es físicamente su pareja. Así las cosas, para una mujer que quiera tener relaciones sólo se trataría de aceptar las –por definición, frecuentes– propuestas masculinas. Esta explicación de por qué las mujeres no se masturban coincide con la idea de los varones de que la mujer siempre puede optar por las relaciones sexuales y, nuevamente, las opone y jerarquiza frente al autoerotismo.



Hay una tercera explicación sobre las diferencias entre varones y mujeres en cuanto a masturbarse, pero no parte de afirmar que ellas no lo hacen. Por el contrario, argumenta que si una mujer se masturba no lo diría, porque la falta de aceptación, los prejuicios y el pudor que rodean a la masturbación femenina –en la sociedad en general y entre las mujeres en particular–, presionan para no hablar de ello. Como ilustra Luciana: "Creo que todavía hay un prejuicio. Yo todavía lo tengo. Trato de no tenerlo, pero es como que da pudor. [...] Porque todos los varones se masturban, pero, sin embargo, el tema en la mujer como que es mucho más raro en esta sociedad, menos aceptado". Al igual que en el ocultamiento de mirar pornografía, no es que la mujer no lo haga sino que no lo dice: "En los hombres es más común la masturbación, en las mujeres no es tan visto porque no se dice, no porque no se hace, porque tienen la misma necesidad que los hombres", opina Gabriela. Las diferencias entre unos y otras se entienden por la percepción y organización social de la masturbación, es decir, por los silencios, charlas y valores alrededor de esta práctica. Los diálogos entre varones, habituales hasta los 15 años, sirven para regularizar, ordenar y motivar la masturbación a través de discusiones y comparaciones,

mientras que entre las mujeres la experiencia de la masturbación aparece desconectada de cualquier otro comportamiento. La principal diferencia parece ser la ausencia de fuentes colectivas que ofrezcan un conjunto más amplio de significados sociales sobre esta práctica (Gagnon y Simon, 2005: 39).

Como un círculo, del que no es posible hallar el punto inicial, el silencio alrededor de la masturbación femenina parte de –y hace– que se perciba como un tema "mucho más raro en esta sociedad". Según sus palabras, evitan hablar de masturbarse "por miedo a lo que digan los demás", ya que sus amigas pueden considerar que no es "normal" que una mujer lo haga, pues "en la mujer cuesta más creerlo y aceptarlo". Sus testimonios –plagados de elipsis– no avanzan sobre este punto, pero podemos arriesgar una interpretación. Creemos que cuesta más aceptar que una mujer se masturbe porque, al igual que mirar pornografía, es una práctica que se aparta de la expectativa hacia y entre las mujeres de que su actividad sexual debería ser un medio de comunicación de sentimientos, al estar orientada al propio placer y despojada de dimensiones afectivas.

### 3. Reflexiones finales

Al indagar cuáles son las jerarquías sexuales que operan entre adolescentes, este capítulo nos mostró cómo mirar pornografía y masturbarse son actividades subestimadas en comparación con las relaciones sexuales. El patrón común de esta desvalo-

rización descansa en la idea de que sólo les interesa o "necesitan" ver pornografía y/o masturbarse quienes no pueden conseguir pareja para tener relaciones sexuales.

Las charlas y los deliberados silencios entre pares son las principales dinámicas que reproducen esta jerarquización entre dichas actividades sexuales. Sin embargo, lejos de ser inventada por estos varones y mujeres adolescentes, la devaluación del autoerotismo echa raíces en dispositivos de larga data: desde aquél que presenta a la pornografía como algo vergonzante, que hiere el pudor de sus espectadores y los lleva a mirarla en secreto (Arcan, 1993: 26; Moletto, 2002: 90-91), hasta los discursos religiosos, médicos y psicológicos que han definido a la masturbación como pecado, fuente de enfermedades, señal de incompetencia social o psicológica, expresión de la falta de fuerza de voluntad, o adecuada sólo para quienes no tienen compañeros sexuales (Foucault, 2000a: 221-226; 2000b: 127-128; Stengers y Van Neck, 2001; Laqueur, 2004). Si bien ya nadie (o poca gente) cree a rajatabla en estos poderosos estigmas sobre ambas actividades autoeróticas, quedan sus sedimentos en los escenarios culturales sobre sexualidad. Por eso, no queríamos dejar de señalar cómo reaparecen hoy en las vivencias y opiniones de adolescentes (al ocultar el uso de pornografía, al circunscribir el masturbarse al inicio de la adolescencia o al asociarlo a ser un "fracasado" sexual), delineando de este modo sus jerarquías sexuales.

Las dinámicas que reproducen dichas jerarquías están atravesadas por experiencias y expectativas de género desiguales. Mientras que a las mujeres adolescentes por lo general no les interesaría la pornografía, la rechazan y la miran muy eventualmente, en los varones es más habitual hacerlo. En este sentido, se da un contraste significativo entre el aprendizaje de la pornografía que declaran los varones (y ninguna mujer) y el "asco" que manifiestan algunas mujeres (y ningún varón). ¿Cómo interpretar este contraste? A partir del modo en que el relato pornográfico presenta ciertos saberes y valores sexuales y de género.

¿Qué aprenden de la pornografía los varones? Ven por primera vez a una mujer completamente desnuda (en una actitud erótica), conocen diferentes modos de penetración y posiciones para tener relaciones y aprenden sobre el placer. Como estas cuestiones están ausentes en otras instancias de aprendizaje sexual, los adolescentes aprecian a la pornografía en tanto fuente de conocimientos (un punto a tener en cuenta al diseñar estrategias de educación sexual). De hecho, como explicamos en el capítulo 4, aquello que más les gusta de tener relaciones coincide con cuestiones que conocieron a través de estas películas: recibir sexo oral y experimentar diversas posiciones en las relaciones sexuales. Estos varones también aprenden valores de género, pues la pornografía hegemónica muestra determinadas actividades sexuales de formas que habitualmente se considera que degradan, someten o cosifican a las mujeres. Si bien la pornografía no inventa estos valores –presentes en otros productos audiovisuales de consumo masivo–, los retoma de los escenarios culturales circulantes y los refuerza, incidiendo en la construcción de la sexualidad y en la socialización de género de los varones que la consumen.

¿Qué rechazan de la pornografía las mujeres? El carácter excesivamente explícito de sus imágenes de ciertas actividades sexuales y que las presente despojadas de amor. Esto sugiere que una razón del rechazo femenino a la pornografía es que entra en tensión con el modelo del amor romántico, del que estas adolescentes están fuertemente imbuidas. La pornografía y el amor romántico son relatos que integran imágenes sexuales y valores de género que se contraponen en algunos aspectos. El amor romántico exalta el cariño y la comunicación de la pareja, prevaleciendo el sentimiento amoroso por sobre la atracción sexual (Giddens, 1995: 46). Por el contrario, la pornografía muestra formas de posesión sexual de las mujeres que implican sumisión y cierta violencia, con una absoluta falta de compañerismo o afecto (Figari, 2007a: 11). No obstante, precisamente como el relato pornográfico desafía los valores románticos en que muchas mujeres han sido socializadas, algunas ensayistas feministas (Kauffman en AAVV, 2005: 227) piensan que puede ayudar a liberarlas de los efectos de sometimiento inherentes al amor romántico (por ejemplo, la abnegación y el sacrificio de la mujer en pos de la pareja). Otras investigadoras consideran que el exceso propio de la performance femenina en la pornografía trasgrede actitudes tradicionalmente asignadas a las mujeres (como el carácter y los gestos dóciles y delicados), cuestionando así los patrones de inocencia con los que se ha idealizado su sexualidad (Díaz-Benítez, 2009: 586). No coincidimos con estas interpretaciones. A nuestro entender, las mujeres no pueden esperar demasiado de la pornografía hegemónica, al menos en términos de cambios políticos y culturales: sus contenidos, pensados por y para varones heterosexuales, reproducen valores de género tradicionales mediante una imagen femenina de docilidad, subordinación y admiración de características masculinas estereotipadas como la fuerza y la agresividad.<sup>13</sup>

¿Y qué sucede con la masturbación? Al comparar qué hacen varones y mujeres, tanto unos como otras presentan argumentos esencialistas y otros referidos a la regulación social de dicha práctica. Los primeros surgen en sus concepciones de la masturbación que remiten a impulsos sexuales. Los segundos aparecen al explicar cómo cambian las charlas entre varones a medida que van creciendo y cuáles son las diferencias entre mujeres y varones en cuanto a hablar o no sobre masturbarse. Si al principio de la adolescencia los diálogos entre varones motivan y aprueban la masturbación, luego los mismos compañeros condicionan esta práctica autoerótica a partir de la edad esperada para que un varón debute sexualmente. Entre las mujeres, en cambio, predomina un silencio continuo sobre la masturbación, pues en la adolescencia no hablan del tema con amigas, ni con otras personas. Así, una chica difícilmente

---

13. Al explicar dónde radicaría el desafío de la pornografía a los patrones tradicionales de inocencia femenina, Díaz-Benítez (2009: 586) sostiene que "el exceso de la mujer consiste en soportar la penetración vigorosa o violenta por un largo tiempo", lo que nos sugiere que no estamos equivocados sobre el tipo de valores que reproduce la pornografía (subordinación femenina, y fuerza y agresividad masculina).

sea motivada a masturbarse y si lo hace probablemente no tenga a quién contarle. A diferencia de los varones, su experiencia de masturbación estaría desconectada de cualquier otro comportamiento. Estas legitimaciones desiguales que brindan las redes de adolescentes para una misma práctica sexual, según la edad y el género de sus miembros, nos recuerdan que las jerarquías no sólo operan entre actividades sexuales (valorando ciertas actividades en detrimento de otras), sino también entre los sujetos que las pueden llevar adelante (negando tácita o explícitamente esta posibilidad a algunos, por ejemplo, por su género).

¿Hay fisuras en las dinámicas que producen estas jerarquías? A contrapelo de la opinión mayoritaria de que las mujeres no miran pornografía ni se masturban, algunas adolescentes sí lo harían, pero ocultándolo para evitar ser desprestigiadas socialmente, entendemos, por trasgredir la expectativa de que la actividad sexual femenina debería ser un medio de comunicación de sentimientos.

En conclusión, como el autoerotismo es desvalorizado, tanto varones como mujeres tienden a minimizar u ocultar el masturbarse y el mirar pornografía. No es casual que sus relatos al respecto sean elípticos y atribuyan experiencias a terceras personas, evitando contar sus propias prácticas. Al subestimar estas actividades autoeróticas y circunscribirlas a determinadas etapas de la vida, las mujeres y los varones adolescentes toman como punto de comparación a las relaciones sexuales y como hito demarcatorio a la primera relación sexual. Sobre esta experiencia versa el siguiente capítulo.

## Capítulo 3

### El debut sexual

Apagué la luz de la habitación, la desnudé despacio, con ternura; luego me quité la ropa. La abracé. Aquella noche de lluvia tibia no sentimos el frío. En la oscuridad, exploramos nuestros cuerpos sin palabras. La besé, envolví con suavidad sus senos con mis manos. Asió mi pene erecto con sus manos. Su vagina, húmeda y cálida, me esperaba. Sin embargo, cuando la penetré sintió mucho dolor. Le pregunté si era la primera vez, y ella asintió. Me quedé desconcertado.

(Haruki Murakami, *Tokio blues*)

La primera relación sexual es un acontecimiento relevante, que se espera, vive y recuerda con intensidad. Para bien o para mal, ¿quién ha podido olvidar su primera vez?

Este capítulo explora las expectativas y experiencias de las y los adolescentes sobre el debut sexual, para seguir respondiendo cuáles son las jerarquías que atraviesan su sexualidad, cómo son producidas y de qué formas las resisten o subvierten. Con "primera relación sexual" las mujeres y los varones heterosexuales que entrevistamos se refieren al primer encuentro sexual en el que se produce una penetración penevagina.<sup>14</sup> Es decir, el coito vaginal es concebido como la práctica que define a una relación sexual heterosexual como tal.

La primera relación sexual<sup>15</sup> es el tema más abordado por los trabajos recientes sobre sexualidad de adolescentes, tanto por la aparición de la epidemia del Sida como por la creciente evidencia de que la iniciación sexual coital suele darse en la adolescencia (Manzelli y Pantelides, 2007: 133). Además, existe una larga tradición de estudios antropológicos y demográficos centrados en la primera relación sexual, que la considera un momento decisivo para las personas, ya sea como rito de pasaje

---

14. Este encuentro entre un varón y una mujer puede ser la primera relación sexual para uno o ambos. En este capítulo sólo abordamos las experiencias y expectativas de quienes se declaran o dan a entender ser heterosexuales, pues las de las personas no heterosexuales entrevistadas difieren notablemente en las dimensiones que analizamos.

15. Para referirnos a la primera relación sexual con coito vaginal también utilizamos las expresiones "primera vez", "iniciación sexual" y "debut sexual".

a la adultez o inicio de su biografía sexual (Amuchástegui, 1998; Bozon, 1998; Fuller, 2001; Geldstein y Schufer, 2002; Barrientos y Silva, 2006, entre otros).

En este capítulo cambiamos esos ejes de análisis habituales: abordamos la primera vez de mujeres y varones adolescentes como un evento enmarcado en un proceso de aprendizaje erótico y corporal, que se da mediante una exploración sexual relacional que la precede y trasciende temporalmente. Partimos de la hipótesis de que la iniciación sexual es un acontecimiento guionado a nivel cultural, interpersonal e intrapsíquico, siguiendo la analogía dramática de la teoría de los guiones (Gagnon y Simon, 2005). Según dicha teoría, ninguna actividad sexual podría suceder si no existiesen producciones sociales y mentales bajo la forma de guiones (en que actos, relaciones y significados están organizados en historias), que permiten a los actores atribuir un sentido sexual a diferentes situaciones y estados corporales. Esto significa que existen razones socialmente aceptables para tener o no relaciones sexuales, así como una secuencia de actividades eróticas previsible que antecede al debut sexual, papeles esperados para cada protagonista y escenas típicas de iniciación.

Nuestro objetivo es analizar estos elementos que conforman (en el doble sentido de moldear y ser parte de) los guiones de los varones y mujeres adolescentes relativos a la primera relación sexual. Primero describimos su edad de iniciación y el tipo de vínculo con sus parejas. Luego indagamos las razones por las que debutaron y las razones de quienes aún no lo hicieron. Por último, exploramos un recorrido erótico previo a la primera penetración vaginal, y reconstruimos los papeles esperados para varones y mujeres y dos escenas típicas de iniciación.

## 1. Con quién: tipo de vínculo con sus parejas

Qué porcentaje de adolescentes se inició sexualmente, a qué edad, con quién y por qué son preguntas que se repiten, tanto en suplementos dominicales como en encuestas sobre sexualidad. En nuestro estudio, sobre 19 varones, 14 ya tuvieron relaciones sexuales con una mujer y la edad media de su iniciación sexual es 15,1 años.<sup>16</sup> De 21 mujeres que entrevistamos, 13 ya tuvieron relaciones sexuales con un varón y la edad media de su primera vez es 15,5 años. Estos datos no pretenden representatividad estadística (algo imposible al ser una investigación cualitativa), pero se aproximan a los de los estudios cuantitativos sobre adolescentes escolarizados en Argentina: en la Ciudad de Buenos Aires la edad media de inicio sexual es de 15 años tanto para varones como para mujeres (Kornblit *et al.*, 2005: 31) y a nivel nacional la edad media de inicio de los varones es 14,7 años y de las mujeres 15,4 años (Kornblit *et al.*, 2006: 46).

---

16. La edad media es el promedio y se calcula sobre la base sólo de quienes se iniciaron sexualmente, dejando fuera a quienes aún no tuvieron relaciones.

De los 14 varones que debutaron, la mitad lo hizo con "novias". Del resto, dos se iniciaron con "transas ocasionales", otro con una "transa frecuente", dos con amigas, otro con una conocida del barrio y un último con la hermana de una amiga. Por lo general, la edad de la pareja sexual es la misma o no supera los dos años de diferencia, sea mayor o menor. Ninguno se inició con una trabajadora sexual, una alternativa habitual hasta hace poco en Argentina (Pantelides *et al.*, 1995: 40; Necchi *et al.*, 2000: 236; Geldstein y Schufer, 2002: 8). Once de las 13 mujeres debutaron con novios, mientras que las dos restantes lo hicieron con chicos que conocieron de vacaciones lejos de Trelew. Que casi todas las mujeres hayan debutado con novios y que los varones presenten una mayor variedad de parejas de iniciación es algo que también registran otros estudios sobre adolescentes, por ejemplo, del Área Metropolitana de Buenos Aires (Pantelides *et al.*, 1995; Pantelides y Geldstein, 1999; Bianco *et al.*, 1999; Necchi *et al.*, 2000).

Como no es lo mismo iniciarse en un noviazgo que hacerlo en una transa, vale la pena detenerse en el significado de estos dos vínculos, marcos frecuentes de la primera vez de adolescentes.

Para estas mujeres y varones el noviazgo por lo general implica un compromiso afectivo con la pareja, expresado mediante demostraciones de cariño en público (como caminar de la mano por la calle). También supone un pacto tácito de monogamia, exclusividad sexual y fidelidad mutua: mientras y para que dure el vínculo no se puede tener otra pareja simultáneamente, ni besarse o tener relaciones sexuales con otra persona. Así definido, el noviazgo se inscribe en un patrón de monogamia serial –muy extendido entre adolescentes en Argentina–, que consiste en mantener relaciones de pareja únicas y fieles consecutivas, aunque ellas cambien frecuentemente (Kornblit *et al.*, 2006: 54). Si bien su duración es muy variable (desde una semana hasta varios años), el noviazgo siempre conlleva una expectativa de continuidad de la relación.

En cuanto a su legitimidad, es el vínculo sociosexual entre adolescentes que goza de mayor reconocimiento de los adultos, como ilustra la prescripción de padres a hijas de que si van a tener relaciones sexuales sea con un novio. Este reconocimiento positivo también se manifiesta en que, por lo general, los padres sólo conocen personalmente a una pareja de sus hijos cuando se trata de un noviazgo. Comparado con otros vínculos, éste implica una mayor publicidad de la pareja (es decir, el darse a conocer como tal) y cierta aprobación familiar y social de la relación. Los pares también aprueban el noviazgo como marco de interacción sexual, sobre todo para las mujeres.

Otra relación donde se da el debut sexual son las transas. El término "transa" puede generar confusiones porque, en este contexto, sirve para referirse tanto a una clase de interacción sexual ("transar" significa besarse, acariciarse y frotarse entre dos personas con distintos grados de intensidad, pero sin penetración) como a un tipo de vínculo (por ejemplo, "con Emilia tenemos una relación de transa, no de novios").

En tanto vínculo, la transa involucra una interacción predominantemente sexual, que sí puede incluir relaciones con penetración ("coger" y no solamente "transar", según sus palabras).

La transa no exige monogamia: alguien puede tener más de una transa simultáneamente y saberlo sus parejas, sin el riesgo de romper estos vínculos. Por lo general conlleva un bajo compromiso afectivo (por definición, menor que un noviazgo), aunque eventualmente una de las personas puede tener sentimientos amorosos por la otra. Algunos adolescentes distinguen entre una "transa frecuente" y una "transa ocasional". La principal diferencia es la cantidad de encuentros sexuales, es decir, cuántas veces transaron y/o tuvieron relaciones sexuales. La "transa ocasional" se da entre dos personas que se conocieron recientemente y el contacto sexual se limita a una o dos ocasiones (lo que les sucedió a los dos entrevistados que conocieron en una fiesta y en el boliche a chicas con las que esa misma noche debutaron sexualmente). La "transa frecuente", en cambio, implica mayor cantidad de encuentros y cierta continuidad, que puede ir desde un par de semanas hasta años. Esta clasificación es dinámica: una relación de "transa ocasional" de perdurar pasaría a ser una "transa frecuente". A diferencia del noviazgo, las transas difícilmente se dan a conocer a los padres, por el bajo compromiso afectivo y la ausencia de un horizonte de continuidad. Esto tornaría al vínculo menos legítimo ante los adultos y, por ende, sus protagonistas suelen mantener discreción al respecto.

## 2. Por qué: motivos y causas

¿Por qué razones mujeres y varones adolescentes debutan sexualmente? ¿Por qué algunas y algunos no han tenido relaciones? Para interpretar sus respuestas debemos considerar el carácter ambiguo de la pregunta "por qué":

Se trata de una solicitud de explicación, es decir, de razones. Las razones pueden ser de dos tipos, motivos o causas. Los motivos implican un proceso interpretativo o un impulso interior del entrevistado, mientras que las causas se refieren más bien a fuerzas externas al individuo (Castro, 1996: 76).

Así, distinguimos entre causas y motivos según el énfasis de sus explicaciones. Las razones que dan para haberse iniciado sexualmente o para no haberlo hecho son parte de sus guiones intrapsíquicos, es decir, de los planes y razonamientos mediante los que orientan o reflexionan sobre su conducta pasada, actual o futura.



## Falta de oportunidades versus miedo al embarazo: las razones del "no"

Los varones que no tuvieron relaciones sexuales coinciden en que "no se ha dado" la oportunidad. Sus explicaciones siempre plantean una causa, o sea, una circunstancia externa y ajena a su voluntad: por ejemplo, Daniel dice que no debutó porque nunca tuvo novia y Hernán porque no ha durado lo suficiente con ninguna novia.<sup>17</sup> Creemos que su explicación se centra en que "no se ha dado" la oportunidad porque cuando un varón supera la edad socialmente esperada para debutar sin haberlo hecho, debe justificar esta falta mediante una causa, y no por una decisión.

La expectativa predominante entre adolescentes es que un varón para los 15 años ya tuvo o debería tener su primera vez. Esta edad es considerada tanto la habitual como la deseable para que debute. El ideal de edad de iniciación sexual es internalizado por los miembros de cada sociedad, al punto que es visto como deseable incluso por quienes no lo cumplen (Manzelli y Pantelides, 2007: 134). En la actualidad dicho ideal es transmitido principalmente por los grupos de pares: quien se retrasa frente al estricto calendario para los varones, es presionado por sus compañeros y debe explicarles por qué aún no ha tenido relaciones.

¿Qué pueden argumentar –y qué no– en este contexto? No es extraño que todos los varones que aún no debutaron lo expliquen por una causa, que por definición excede su voluntad. Si tenemos en cuenta la expectativa social sobre su edad de iniciación y sus nociones esencialistas de la sexualidad (que conciben a la actividad sexual masculina como motivada por impulsos "naturales"), quienes no tuvieron relaciones difícilmente apelen a motivos (por ejemplo, "porque no tengo ganas"). Esta clase de argumentos supondría reconocer que no debutaron por decisión propia, lo que se opone a la expectativa de disponibilidad sexual permanente, según la cual los varones deben estar siempre dispuestos y con ganas de tener relaciones.

¿Qué pasa con las mujeres? Las que no tuvieron relaciones sexuales mencionan como principal motivo su miedo a quedar embarazadas. Este miedo combina el temor a una reacción negativa de sus padres y la idea de que un embarazo en la adolescencia les cortarían la posibilidad de seguir estudiando:

**Mariana:** A mí me da un poco de miedo tener relaciones sexuales porque puede pasar cualquier cosa y mis papás me matan.

**Entrevistadora:** ¿"Pasar cualquier cosa" qué quiere decir?

**Mariana:** Que quede embarazada o que tenga alguna enfermedad. [...] Lo que pasa que ahora estamos en la escuela y eso complica un montonazo las cosas, porque después, supongamos si vos te quedás embarazada, del bebé por ahí se tiene que hacer cargo tu madre porque si vos estás en la escuela no podés cui-

---

17. Como vemos en el siguiente capítulo, según estos varones estar de novio aumenta las posibilidades de tener relaciones sexuales.

### Capítulo 3. El debut sexual

darlo, o tenés que abandonar la escuela y no sé para qué tantos años estudiando si al final la vas a dejar.

(Mariana, 16 años, no se inició sexualmente).

Mientras que Mariana usa una imagen hiperbólica para ilustrar cuán negativa sería la reacción de sus padres si ella quedase embarazada ("me matan"), Julia da el ejemplo concreto de una compañera embarazada a los 16 años que fue echada de su casa. En sus testimonios aparece una y otra vez la asociación entre relaciones sexuales, embarazo y deserción escolar, al punto de suponer el eslabón intermedio (el embarazo): "Yo no tendría relaciones sexuales, en el caso de que yo quiero estudiar, porque es como que después tenés que abandonar la escuela", opina Eliana. Nadie menciona al aborto como opción frente a un embarazo no planificado, en concordancia con su rechazo a esta práctica en otros pasajes de la entrevista.

Su temor a la reacción de los padres y al abandono escolar refleja como un espejo perfecto los mensajes que ellos les transmiten en sus diálogos sobre sexualidad, centrados en evitar embarazos y advertir sobre sus consecuencias negativas en la adolescencia. Sólo una entrevistada señala el miedo a una enfermedad como otra razón para no tener relaciones, lo que muestra cómo la preocupación por el embarazo prevalece frente a la del VIH/Sida. La inquietud por el embarazo atraviesa la experiencia sexual de todas las adolescentes: el temor a quedar embarazadas es el principal motivo que dan para no tener relaciones y la principal preocupación de las que sí las tienen. Como profundizamos en el capítulo 5, en la base de estas preocupaciones se encuentran las advertencias de los adultos, quienes presentan a sus hijas un encadenamiento automático entre iniciación sexual, embarazo, maternidad y derrumbe del "proyecto de vida", que –en tanto clases medias urbanas– está fuertemente ligado al estudio universitario. Ante este mensaje atemorizante y recurrente, es comprensible su argumento para no tener relaciones: un embarazo les impediría seguir estudiando pues, para criar a un hijo y proveerse de ingresos, deberían abandonar la escuela y/o renunciar a la universidad.

Estas mujeres no mencionan otras razones para no tener relaciones sexuales durante la adolescencia, sean de orden explícitamente moral ("porque está mal") o religioso ("porque es pecado"). ¿Es que no han dejado huella los siglos de condena católica a las relaciones prematrimoniales y culto mariano a la virginidad femenina? Recordemos que, al menos hasta fines de la década de 1950, en Argentina se asociaba la decencia de una mujer a que mantenga su virginidad hasta el matrimonio (Cosse, 2006: 41). Si bien ya a principios de la década de 1970 las nuevas generaciones de jóvenes de la ciudad de Buenos Aires aceptaban las relaciones prematrimoniales (aunque no bajo cualquier circunstancia),<sup>18</sup> y estas relaciones

---

18. A comienzos de 1970, el cuestionamiento a la virginidad femenina y a la contención sexual previa al matrimonio se plasmó en tres patrones diferenciados: aceptar las relaciones sexuales

han ido ganando legitimidad en otras regiones y círculos sociales del país, la Iglesia Católica continuó y continua difundiendo su posición contraria a toda actividad sexual fuera del matrimonio (Figari, 2007b: 43).

La ausencia de este tipo de razones entre las entrevistadas –y también entre los varones– puede atribuirse tanto a su perfil religioso y al de la sociedad local, como al impacto de ciertos discursos mediáticos y de la ampliación de la educación formal. Muy pocas de estas chicas y chicos participan de actividades religiosas o han hablado con sacerdotes o pastores sobre sexualidad. A su vez, en la región hay una menor influencia cultural y social del catolicismo, en comparación con el Norte o Cuyo argentino. En Trelew la Iglesia Católica se radicó hace mucho menos tiempo (en 1907) y el obispado más cercano está a 400 kilómetros de distancia, y existe una temprana y fuerte presencia de protestantes en la zona, por la inmigración galesa desde 1865. Estos grupos protestantes no exaltaron la virginidad femenina como condición sagrada y símbolo del valor de una mujer, como el catolicismo mariano, y sus líderes no se pronunciaron sobre moral sexual, como sí lo hicieron insistentemente sobre otros asuntos morales (Matthews, 1954; Jones, 1966).

Además de estos factores locales, el impacto de discursos mediáticos y de la ampliación de la educación formal, reconfiguraron las normas sexuales en muchos países occidentales. Las y los entrevistados perciben que la televisión hoy muestra a las relaciones sexuales entre adolescentes como algo habitual, a través de ficciones sobre y para adolescentes (del estilo *Rebelde way* o *Casi ángeles*) y en programas en que jóvenes consultan sobre sexualidad a "especialistas" o cuentan sus propias historias. En cuanto a la ampliación de la educación formal, un estudio comparativo en Europa ofrece una interpretación que puede iluminar nuestros hallazgos:

La segunda mitad del siglo XX se ha caracterizado por un debilitamiento de la supervisión religiosa y moral sobre la gente joven y la ampliación de la educación formal, con la generalización gradual de la educación secundaria y un marcado incremento del número de estudiantes universitarios. [...] La preocupación por la formación educativa puede generar, en algunos estudiantes, una actitud ascética en la que el deseo sexual es inhibido. La disponibilidad de compañeros sexuales no necesariamente lleva a relaciones tempranas. [...] Los estudios prolongados conducen a una actitud más reflexiva hacia la iniciación sexual (Bozon y Kontula, 2003: 62).

El motivo que dan las entrevistadas para no tener relaciones y la ausencia de razones religiosas pueden entenderse por un proceso de individualización e interiori-

---

para probar la compatibilidad sexual previamente al matrimonio (entre novios comprometidos a casarse); habilitarlas sólo en el marco de la entrega amorosa con independencia del casamiento; e integrarlas al flirteo, disociándolas del compromiso afectivo (Cosse, 2008: 214).

zación de las normas sexuales, que desplaza a controles externos tradicionales, como el que otrora ejercían (y aún procuran ejercer) instituciones religiosas. En otras palabras, estas adolescentes señalan el temor al embarazo para no iniciarse sexualmente, porque su proyecto personal es continuar estudiando e interiorizaron el mensaje de los adultos de que un embarazo se los impediría.

Esta explicación sigue muy de cerca los argumentos de las propias adolescentes. Sin embargo, vale la pena introducir cierta desconfianza interpretativa hacia su discurso monolítico sobre el temor al embarazo como única razón para no debutar sexualmente. ¿No se trata de una respuesta socialmente correcta el reproducir ante un joven adulto universitario el discurso adulto (de sus padres e instituciones educativas y sanitarias) sobre el embarazo en la adolescencia como obstáculo para su proyecto de vida? En un contexto donde las relaciones sexuales de adolescentes son frecuentes y crecientemente reconocidas (por ejemplo, en la televisión), ¿no resulta más fácil apelar al legítimo temor al embarazo y sus consecuencias negativas que admitir un potencial miedo a tener relaciones o a hacerlo con una persona inadecuada? No sugerimos un ocultamiento premeditado de parte de las adolescentes; simplemente planteamos nuestras inquietudes sobre un posible sesgo en sus respuestas, que no por eso dejan de ser verosímiles.

Recapitemos. Mientras que los varones explican el no haber tenido relaciones centrándose en una circunstancia externa y ajena a su voluntad ("no se dio"), las mujeres destacan su decisión de no tenerlas: "Una de las cuestiones de mi abstinencia es por eso: yo lo que menos quiero en mi vida es un embarazo en este momento, es como que me arruinaría la vida", dice Maite. Con "abstinencia" refiere a una conducta deliberada y consistente de evitar las relaciones sexuales.

¿Por qué las mujeres mencionan motivos para no iniciarse sexualmente, y no causas como los varones? Hay dos interpretaciones posibles, no excluyentes entre sí. La primera es que pueden manifestar su voluntad de no tener relaciones por el momento porque durante la adolescencia no enfrentan un calendario tan estricto como el masculino en cuanto a la edad de iniciación: de los testimonios no surge una edad deseable y/o frecuente para el debut sexual femenino. Al no existir una expectativa social clara sobre su edad de iniciación, las mujeres tienen mayor margen para argumentar que por ahora no quieren hacerlo. La segunda interpretación es que ellas pueden decir que no han tenido relaciones por decisión propia porque, como se cree que los varones presentan una iniciativa y disponibilidad sexual permanente, si una mujer quisiera tenerlas le alcanzaría con aceptar las propuestas masculinas. Los papeles sexuales esperados tornan creíble y socialmente aceptable que una mujer diga que no tuvo relaciones porque no quiso, además de ser conveniente para su reputación: reconocer que no tuvo posibilidades significaría que no es muy valorada como pareja sexual. Por el contrario, un varón debe explicar que si no tuvo relaciones es por algo que escapa a su voluntad, lo que tácitamente significa que si tuviese la oportunidad la aprovecharía.

## Oportunidades, excitación y sentimientos: las razones del "sí"

De los varones que tuvieron relaciones algunos atribuyen su primera vez a motivos y otros a causas. Por ejemplo, para Rafael simplemente se dio la posibilidad: "Estaba ahí en el boliche, y se dio que se podía y 'estuve'". Afirmar que su primera relación sexual "se dio", como hacen varios, implica considerarla un acontecimiento inesperado pero al que estaban predispuestos. Lo inesperado del encuentro se relaciona con el tipo de vínculo con sus parejas, una amiga y una transa ocasional, vínculos que no conllevan una interacción sexual regular que permitiría prever la relación coital. Su predisposición responde a la expectativa de disponibilidad sexual permanente de los varones. Así, destacan un factor externo al explicar su debut por una oportunidad que surge, antes que por su voluntad de tener relaciones, algo que ven como dado. Parten de una concepción del deseo sexual como natural e intrínseco a los varones, que también aparece en aquellos para quienes los motivos del debut fueron sus ganas de probar, la curiosidad, la excitación o un impulso.

Sólo mencionan sentimientos amorosos algunos de los que se iniciaron con novias, lo que muestra cómo las razones de los varones para tener relaciones varían según el tipo de vínculo con la compañera. Cuando el debut es con una transa prevalecen las motivaciones eróticas como la excitación y la curiosidad, ya que este vínculo supone una interacción predominantemente sexual y un escaso compromiso afectivo. En cambio, quienes tienen su primera vez con una novia a veces mencionan al amor como motivo del encuentro: "Fue tanto lo que sentíamos el uno por el otro que nos llevó a tener relaciones", comenta Ignacio.

¿Qué dicen las mujeres al respecto? Cada una combina motivos y condiciones al explicar su primera vez: todas destacan los sentimientos amorosos por su compañero (sea novio o no) y muchas lo especial que era esa persona.

**Entrevistadora:** ¿Y si tuvieras que decir qué te llevo a tener relaciones?

**Luna:** Yo me sentía muy segura con él. Fue con mi novio. Estaba segura, confiaba en él, y sí, era el cariño. Era como que llega un tiempo en que besos y abrazos y caricias es como que por ahí... necesitás demostrarle el cariño de otra forma. No que solamente sea tener relaciones para demostrarle el cariño, pero es como que había mucha confianza y sí... era amor, porque lo quería mucho, mucho. (Luna, 17 años, se inició sexualmente a los 16 años).

La confianza en el otro permite sentirse segura de tener relaciones sexuales, que sirven para demostrarle el cariño cuando los besos, abrazos y caricias no alcanzan, ya que "permiten compartir algo más con un chico al que se quiere", según Florencia. La explicación de Valentina de su debut con un novio porque "estaba muy enamorada y fue por amor la primera vez" ilustra el registro marcadamente romántico de los relatos femeninos, que a diferencia de los masculinos no incluyen motivaciones eróticas.

En este contexto, una mujer recibiría una sanción social si reconoce que se inició por excitación, curiosidad o placer, por lo que interpretamos que su apelación al amor es un recurso discursivo para justificar su actividad sexual, tanto como un correlato emocional de la misma.

En resumen, mientras que las mujeres señalan al cariño y al amor como los motivos de su debut –independientemente del tipo de vínculo con su pareja–, los sentimientos amorosos apenas son mencionados por algunos de los varones que se iniciaron con novias. El resto (incluyendo algunos que debutaron con novias) sólo refiere a motivaciones eróticas (curiosidad, excitación o un impulso) o a causas (“se dio”). El contraste entre la iniciación femenina por amor y la masculina por un impulso o curiosidad es recurrente en Argentina (Pantelides y Cerrutti, 1992: 86; Pantelides *et al.*, 1995: 42; Bianco *et al.*, 1999: 39; Necchi *et al.*, 2000: 238). Por eso, vale la pena avanzar en sus diferencias, reconstruyendo los papeles esperados para varones y mujeres en su primera relación sexual.

### 3. Cómo: secuencias, papeles y escenas

#### La iniciación es más que una penetración

Cuando se estudia la iniciación sexual suele pensársela exclusivamente como un evento: algo que sucedió una vez, en un momento determinado e identificable por una práctica específica (la penetración de un pene en una vagina). De ahí que se use la expresión “la primera vez”, que connota su carácter único y puntual. Por eso la mayoría de los trabajos sólo describen rasgos del acontecimiento, como la edad de los protagonistas, las razones del debut y el tipo de pareja.

Sin embargo, varias de estas mujeres y varones presentan a su primera relación sexual enmarcada en un recorrido progresivo previo al coito vaginal. Analizar este recorrido nos permitirá revelar una secuencia de actividades eróticas que anteceden a la primera penetración, y destacar cómo la iniciación sexual tiene una dimensión gradual y procesual, a menudo omitida o subestimada. Un buen punto de partida es el testimonio de Mariela del debut con su novio:

**Mariela:** Estábamos solos y al tema ya lo habíamos hablado un montón de veces y nunca había pasado nada. Él me preguntó si no me molestaba que me empezara a tocar así. Yo le dije que no, y lo seguí yo porque él no me buscaba porque hasta que yo no me decidiera y estuviera segura no iba a hacer nada. Y bueno, pasó... ‘estuvimos’ [tuvimos relaciones sexuales]. [...]

**Entrevistadora:** ¿Y cómo fue?

**Mariela:** Nos habíamos quedado solos cuidando la casa. Nos fuimos a su pieza y estuvimos viendo televisión. Estábamos viendo una película, la terminamos de ver y nos empezamos a besar. Él me preguntó si no me molestaba y no, empe-

zamos a besarnos... bueno, cuando nos quisimos acordar estábamos los dos casi desnudos, y cuando nos quisimos acordar estábamos adentro de la cama y de a poquito, tranquilo...

(Mariela, 17 años, se inició sexualmente a los 15 años con un novio).

Antes de llegar a la penetración, esta pareja comparte un recorrido erótico consensuado y gradual, precedido por otros contactos sexuales y charlas sobre tener relaciones. Se trata de una secuencia muy frecuente entre adolescentes, que comienza con besarse en la boca, abrazarse y acariciar distintas partes del cuerpo del otro (como la cara, el pelo y la espalda). Luego el varón acaricia los pechos de la mujer y, más tarde, cada uno acaricia los genitales del otro, por encima de la ropa y a continuación por debajo. El siguiente paso es frotarse recíprocamente los genitales y desvestirse parcial o totalmente. Uno puede masturbar al otro o hacerlo ambos entre sí y, por último, tienen relaciones coitales vaginales.<sup>19</sup> En esta interacción el varón habitualmente toma la iniciativa y la mujer acepta o no avanzar.

¿Qué nos dice este recorrido erótico sobre la iniciación sexual? En primer lugar, que entre estos adolescentes heterosexuales existe un guión interpersonal –es decir, un patrón estructurado de interacción compuesto de secuencias ritualizadas de actos–, que les permite coordinar sus encuentros sexuales.

Este guión se pone en práctica de dos maneras, que a la vez implican aprenderlo: a lo largo de la vida sexual de cada persona y en cada encuentro que ésta participa. En la primera, dicho guión traza un patrón ordenado de actividades sexuales que un adolescente va conociendo y sigue en los distintos encuentros que conforman su vida sexual. Esto significa que quienes tienen un coito vaginal por primera vez, muy probablemente antes se han besado, acariciado los genitales, masturbado mutuamente y visto parcial o totalmente desnudos en otras ocasiones y/o con otras parejas. Esta serie progresiva de actividades es parte fundamental de un proceso de exploración física y relacional, donde aprenden un saber erótico y corporal que les posibilita coordinar y disfrutar la interacción sexual.

La segunda puesta en práctica de este guión se da en un encuentro, donde establece una secuencia habitual de actos que facilita a sus protagonistas saber cómo sigue la interacción. Por la experiencia adquirida en otras ocasiones, quien interactúa sexualmente conoce el orden tentativo de prácticas, lo que le permite orientar sus actos (y no hacer cualquier cosa en cualquier momento) e interpretar los de su pareja. Esto se refleja tanto en la experiencia de iniciación narrada por Mariela como en la de José al debutar con una transa: "Vino todo entre el manoseo. Sabés que donde te tocó, se prestó. Estábamos en el boliche, transando re calientes y donde ella tocó le digo: 'O vamos a fuera o nada! Y dice: 'Bueno, vamos!'. José "sabe" que el hecho de que su compañera le toque los genitales es el paso previo a tener relaciones, por eso

---

19. Al describir estas interacciones nadie menciona al sexo anal y muy pocos al sexo oral.

se lo propone y ella acepta, confirmando su interpretación. La escena muestra cómo la actividad sexual entre dos o más personas depende de un descifrado constante de códigos de conducta, gestos e intenciones de los implicados.

En segundo lugar, esta secuencia puede variar entre parejas y en diferentes encuentros. El guión que describimos es adaptado por cada pareja según las preferencias de sus miembros por determinadas actividades eróticas y su disgusto por otras, así como por las negociaciones interpersonales, la influencia del círculo de pares y las restricciones prácticas. La interacción sexual siempre está mediada por preguntas, comentarios y gestos sobre lo posible, lo deseable y lo placentero (como acercar la mano del otro para que acaricie los genitales propios o quitarla si lo está haciendo). En las adaptaciones de este guión inciden los gustos de cada actor, el tipo de vínculo con la pareja (por ejemplo, un noviazgo supondría mayor respeto por los tiempos de la otra persona), las redes sociales en las que se insertan (por ejemplo, las presiones de los grupos de pares para ir más rápido en este recorrido erótico) y las restricciones prácticas (como la falta de espacios para ciertas actividades sexuales sin el riesgo de ser interrumpidos). Como resultado, la duración de los pasos varía (entre distintas parejas y en la misma pareja a lo largo del tiempo) y no todas completan la secuencia descrita (por ejemplo, pueden llegar a tener relaciones sin haberse masturbado entre sí). Hecha esta observación, debemos subrayar que el orden de actividades que reconstruimos es muy frecuente en la interacción sexual entre adolescentes.

Por último, si bien las relaciones coitales no son una consecuencia inevitable de este recorrido erótico, aparecen en sus testimonios como un horizonte habitual, posible y deseable de alcanzar mediante dicha secuencia de actividades con una pareja. De ahí surge nuestra intención de mostrar cómo la primera relación sexual de estas mujeres y varones heterosexuales se enmarca en este recorrido, y así destacar la dimensión gradual y procesual de su iniciación sexual. Algunos estudios en Europa sugieren que el carácter progresivo del pasaje a la actividad coital es algo propio de las nuevas generaciones (Lagrange y Lhomond, 1997; Bozon, 2004a). Coincidimos con esta idea y agregamos que, en nuestro contexto latinoamericano, este recorrido erótico entre adolescentes heterosexuales que enmarca su primera vez viene a romper con las experiencias de iniciación más tradicionales. Nos referimos al debut de los varones con una trabajadora sexual, a modo de rito de pasaje hacia la adultez y confirmación de la virilidad (Fuller, 2001; Viveros, 2002), y de las mujeres con el marido, entregando la virginidad –símbolo de su pureza física y moral– en la esperada noche de bodas (Fuller, 1995; Amuchástegui, 2001). En Argentina, este modelo dicotómico de iniciación sexual fue monolítico al menos hasta fines de la década de 1950, pues la glorificación de la pureza sexual femenina (de las chicas “respectables” y potenciales esposas) suponía la prohibición de los contactos corporales intensos y prolongados antes del matrimonio (Cosse, 2008: 217), o sea, lo opuesto al recorrido erótico que identificamos.



El primer coito vaginal continúa siendo la práctica que define a la iniciación sexual heterosexual para sus protagonistas y para las investigaciones sociales, que en su mayoría sólo la analizan como un acontecimiento. Sin embargo, la primera relación sexual de estas mujeres y varones adolescentes se inscribe en un proceso gradual de exploración sexual relacional con personas de su edad, mediante el que aprenden a interactuar sexualmente y modelan sus deseos y placeres. Como vemos a continuación, hablar con una pareja de tener relaciones y, sobre todo, tenerlas por primera vez son fenómenos que pierden su complejidad si se exploran por fuera de este recorrido erótico.

### Cada quien con sus papeles a escena

¿Qué se espera de los varones y las mujeres para su primera relación sexual? ¿Cómo relatan esta experiencia? Sus testimonios reflejan prescripciones de género diferenciadas y dos escenas típicas de iniciación, una gradual y otra espontánea.

Hasta hace dos años atrás el sexo para mí no era algo que "quiero probarlo, quiero probarlo". Tuve muchas novias, y muchas novias después me dijeron: "Qué boludo que sos, las veces que lo podrías haber hecho". Y lo que pasa es que no me atraía. No era que "lo necesito".

(Walter, 17 años, no se inició sexualmente).

Al explicar que no "necesitaba" tener relaciones Walter remite por oposición a la idea de que la actividad sexual de los varones responde a un impulso físico incontenible, muy extendida entre jóvenes de América Latina (Castillo, 2003; Salem, 2004; Manzelli, 2005). De esta idea se deriva que es inherente al varón ser sujeto de deseo sexual y, por ende, que es "natural" que busque su satisfacción. La disponibilidad permanente implica no perder ninguna oportunidad de tener relaciones sexuales, como le indican sus ex novias a Walter: "Qué boludo que sos, las veces que lo podrías haber hecho". Este comentario le recuerda que esperaban su disponibilidad e iniciativa sexual, al darle a entender que ellas hubieran tenido relaciones, pero que él no tomó la iniciativa, y al calificarlo de "boludo" por no aprovechar las posibilidades sexuales que ofrece estar de novio. El tono prescriptivo del papel esperado para Walter a primera vista puede oscurecerse porque se supone que el varón siempre tiene ganas de avanzar sexualmente a las mujeres. Sin embargo, cuando dichas ganas no aparecen de manera espontánea, los pares se encargan de presionar para tener relaciones.

La experiencia de Matías ilustra los papeles esperados para varones y mujeres en su debut sexual. A los 17 años está de novio con una chica de 15 hace más de un año, quien no accedió a tener relaciones por no sentirse preparada:

### Capítulo 3. El debut sexual

**Entrevistador:** Recién me habías dicho el tema de las relaciones, ¿lo hablan con tu novia?

**Matías:** Sí, lo hemos hablado. [...] Se dio un momento en que estábamos muy bien anímicamente, y por ahí el franeleo se daba y era demasiado. Nunca, por ejemplo, ella me retó, o viceversa. Siempre hubo respeto. Las cosas se fueron dando de a poco. Yo te estoy hablando que esto se dio al año. Fue porque progresivamente se fue dando la confianza, entonces llegó un momento en que el tema tenía que surgir por sí solo, porque se veía que veníamos avanzando cada vez más. Era demasiado manoseo, por así decirlo. Entonces se veía, obviamente, que podía llegar a terminar en cualquier otra cosa en cualquier otro momento. Un día lo hablamos y nos pusimos, bueno, yo di la iniciativa: "Bueno, mirá, sinceramente yo me estoy sintiendo feliz con vos. Y la felicidad que tengo no me la da el hecho de poder tocarlo o no tocarlo, sino el hecho de poder compartir la relación con vos". A todo esto hay que recordar que para mí ella era el mejor apoyo afectivo. [...] Entonces, sinceramente le dije: "Será como vos digas. Yo no quiero verte infeliz por darme felicidad a mí. O sea, si yo estoy feliz con vos no implica que vos tenés que hacer cosas contra tu voluntad para que yo sea feliz". Obviamente, a mí me gusta ser feliz yo, pero verla feliz a ella también.

**Entrevistador:** ¿Y qué te dijo?

**Matías:** Que no estaba preparada, que a los 15 años no se sentía preparada. (Matías, 17 años, no se inició sexualmente).

La propuesta de Matías de tener relaciones se enmarca en una escena gradual, donde al varón le corresponde la iniciativa y a la mujer el consentimiento. Describe a la interacción sexual con su novia como un recorrido progresivo, lento y consensuado. El "respeto" que destaca significa aceptar la voluntad de la otra persona de no avanzar en este recorrido, en el que se dan negociaciones verbales y no verbales sobre las prácticas y ritmos. La expectativa predominante es que el varón debería respetar, pues lleva la iniciativa y lo que se respeta son los tiempos y preferencias de la mujer. El respeto a la voluntad femenina (de detener o retrasar la interacción) se menciona sobre todo en noviazgos, interpretamos, por el compromiso afectivo y el horizonte de continuidad del vínculo: al querer a la otra persona y procurar seguir juntos se evitarían comportamientos que podrían debilitar o romper la relación, una consideración ausente en las "transas", donde aparecen formas de coerción sexual, como abordamos en el siguiente capítulo.

Según Matías, habían avanzado "demasiado" en este recorrido, acariciándose intensamente y tocándose los genitales entre sí (el "manoseo"), pero sin llegar a la penetración. Su relato plantea una *escena gradual* donde la progresiva y consensuada interacción sexual de la pareja vuelve inevitable hablar de tener relaciones: "Llegó un momento en que el tema tenía que surgir por sí solo porque se veía que veníamos avanzando cada vez más". Este tipo de escena aparece en varios testimonios, que

destacan hasta qué punto habían llegado en el recorrido con una pareja, para explicar cómo surgió la propuesta de tener relaciones y el propio hecho de haberlas tenido.

El relato de Matías también expresa los papeles esperados para un varón y una mujer en la primera relación sexual: él plantea hacerlo, pero la decisión final es de su novia. Si bien algunas y algunos adolescentes tomaron la iniciativa conjuntamente con su pareja, conocen cuáles son las expectativas de género predominantes: "Aprendimos que el varón es siempre el que da el primer paso, desde sacar a bailar a una chica hasta preguntar si quiere tener relaciones", dice Joaquín. "En general los varones asumen el rol de que son los que están siempre preparados para tener relaciones sexuales. [...] El hombre es el que tiene más la iniciativa", agrega Cecilia.

¿Qué ideas subyacen a esta distribución de papeles? La representación del varón como sujeto de deseo independiente y de la mujer como sujeto de deseo moderado, y el argumento de la incapacidad de la mujer para manifestar su deseo sexual por tímida o recatada que dan algunos varones al justificar su iniciativa. A la mujer le correspondería aceptar o rechazar las propuestas: "Le dije: 'Yo no quiero verte infeliz por darme felicidad a mí. Si yo estoy feliz con vos no implica que vos tenés que hacer cosas contra tu voluntad para que yo sea feliz'", cuenta Matías. Así, aunque le propone a su novia tener relaciones por considerarlo una consecuencia inevitable de su recorrido erótico, deja abierta la posibilidad del rechazo, como efectivamente sucede. De este modo, Matías se aleja de la "lógica de la dádiva", que concibe a la actividad sexual como un bien femenino que tiene como contrapartida un vínculo de pareja. ¿Cuándo y cómo opera dicha lógica? Cuando un varón le pide a una mujer tener relaciones como "prueba de amor", un pedido que puede ser el corolario del avance en la intimidad sexual de una pareja y ser percibido por las chicas en términos de exigencia o chantaje de los novios, por enfrentarlas al dilema de aceptar el requerimiento o hacer peligrar el noviazgo (Cosse, 2008: 230). Por el contrario, al priorizar la dimensión afectiva de la relación por sobre el contacto erótico, Matías se aparta de cualquier tipo de extorsión que condicione la continuidad del vínculo al hecho de tener relaciones sexuales.

Tantas aclaraciones no son casuales. Si la actividad sexual en general puede ser un medio de intercambio o negociación, en el caso del noviazgo entre adolescentes heterosexuales las relaciones sexuales son percibidas por muchas chicas como un modo de fortalecer y profundizar el vínculo sentimental con su compañero. Al decir de Cecilia, en sus amigas, al aceptar tener la primera vez "había una expectativa de alguna relación más seria a nivel emocional".

A diferencia de Matías, que plantea una escena gradual, Belén presenta una escena espontánea para su iniciación sexual:

**Belén:** Yo cuando me enamoré lo hice, nada más. No es que voy a 'andar' [tener relaciones sexuales] con todos. Era un amigo del novio de mi amiga. Me lo presentaron, tuvimos una relación, nos conocimos bastante y, bueno, se dio así

### Capítulo 3. El debut sexual

un día que nos juntamos. Fuimos a comer y después fuimos a la casa de él. Estábamos ahí, todo ese clima y se dio... Se dio solo. O sea, ninguno de los dos [lo] esperábamos, pero se dio.

**Entrevistadora:** ¿Y cómo? ¿Qué te llevó a tener relaciones ese día?

**Belén:** Como que me conecté mucho con él... O sea, me sentí muy identificada con él y como que estábamos bien y se dio así solo...

**Entrevistadora:** ¿Dónde fue?

**Belén:** De vacaciones, en Buenos Aires.

**Entrevistadora:** ¿Y cuánto tiempo se vieron?

**Belén:** Un mes y medio.

**Entrevistadora:** ¿Y después se volvieron a ver?

**Belén:** No, porque yo a la semana me tuve que volver [a Trelew]. Así que él se queda allá y bueno...

(Belén, 19 años, se inició sexualmente a los 19 años).

Belén apunta a legitimar su iniciación sexual subrayando su selectividad del compañero y la espontaneidad del encuentro. Dice que sólo tuvo relaciones cuando se enamoró de alguien, con quien se conectó e identificó mucho. La selectividad del compañero sexual aparece como una prescripción para las mujeres, tanto en los testimonios de las entrevistadas como en diversos estudios en América Latina. En Argentina, esta selectividad echa raíces en los cambios culturales de fines de la década de 1960, cuando las jóvenes de sectores medios urbanos empezaron a manifestar públicamente su interés por ser ellas quienes definieran cuándo y con quién iban a perder su virginidad (Cosse, 2008: 262). En la actualidad, se considera que la responsabilidad de las adolescentes frente a la actividad sexual es ser activas en la elección de la persona correcta, es decir, aceptar o no a este o aquel compañero (Paiva, 1999: 258). Esto ayuda a entender que muchas chicas destaquen lo especial de la persona con quien debutaron: "Yo salía con mi novio hace un año y como sentía que lo quería y estaba segura de 'estar' [tener relaciones sexuales] con él, me pareció bien 'estar' con él. Yo lo quería, no era una persona cualquiera", concluye Florencia.

Para estas mujeres los sentimientos amorosos son un criterio fundamental para elegir a su compañero de iniciación: todas mencionan el amor que sentían por él (incluso las que no guardan un buen recuerdo del debut). No obstante, el caso de Belén tiene una particularidad: ella precisa recalcar que estaba enamorada porque su primera vez no fue con un novio, el tipo de pareja más frecuente y aceptado para que una adolescente debute. Belén lo hace con una "transa", un vínculo desvalorizado para su primera relación sexual por el bajo compromiso afectivo y la falta de un horizonte de continuidad. Su aclaración "cuando me enamoré lo hice, nada más" supone que, en este contexto, el amor valida las relaciones sexuales para las mujeres, aun aquellas fuera de noviazgos, como profundizamos en el siguiente capítulo.

Por otra parte, Belén subraya lo espontáneo de su debut: "Ninguno de los dos lo esperábamos, pero se dio. [...] Como que estábamos bien y se dio así solo". En contraposición a Matías, que enmarca su propuesta de tener relaciones en una escena gradual que la torna muy previsible, Belén presenta otra escena típica para la primera vez cuyo rasgo definitorio es la espontaneidad. Esta *escena espontánea* destaca la "conexión" entre los protagonistas y el clima del encuentro, que hacen que la relación sexual se dé, aunque supuestamente no lo esperaban. El acento está en la situación que se da (el clima o una oportunidad que surge), y no en la voluntad propia y/o de la pareja de tener relaciones (Belén no menciona sus ganas o las de su compañero). Sus protagonistas no comparten un recorrido erótico, ni hablaron previamente sobre tener relaciones:

**Esteban:** Era de noche, estábamos mirando tele, no sé qué dijo de un chico y yo la empecé a cargar [bromear] y se dio.

**Entrevistador:** ¿Y no lo habían planificado antes?





**Esteban:** No. No hubo un momento para hablar. Se dio natural.

(Esteban, 15 años, se inició sexualmente a los 13 años con una amiga).

El énfasis en la espontaneidad muestra al encuentro como "natural", en oposición a algo planificado. La idea de que el debut sexual no se puede planear responde a una ideología espontaneísta para la que el sexo es una actividad que suele practicarse sin pensar en ella y, por ende, no puede programarse (Bozon y Heilborn, 2006: 199). Así como algunos varones atribuyen dicha espontaneidad a sus impulsos sexuales, el relato de Belén parece vincularla a sentimientos amorosos, al enfatizar su enamoramiento, "conexión" e "identificación".

Las mujeres y los varones que protagonizan una *escena gradual* casi siempre son novios, mientras que quienes se iniciaron en una *escena espontánea* no lo hicieron dentro de un noviazgo. Siguiendo la metáfora dramaturgica, en la escena espontánea tener relaciones coitales es un acontecimiento imprevisto, sin planificación ni ensayos previos entre ambos protagonistas. Como el encuentro no se inserta en un recorrido erótico compartido, adaptan guiones interpersonales aprendidos a partir de experiencias con otras parejas. Así, posiblemente haya más improvisación que en la escena gradual, ya que no conocen las preferencias y ritmos sexuales de la otra persona. El siguiente gráfico sintetiza los rasgos de ambas escenas.

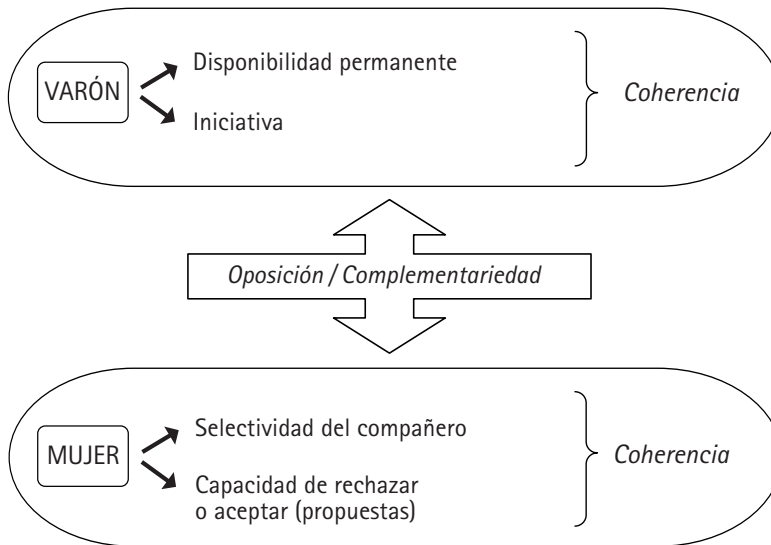
Gráfico 1: Escenas típicas de iniciación sexual

Gradual	Espontánea
<p data-bbox="269 402 558 462">Recorrido sexual progresivo con una pareja</p>  <p data-bbox="269 529 596 620">Torna casi inevitable hablar sobre tener relaciones sexuales y/o tenerlas</p>  <p data-bbox="269 687 609 748">Iniciación sexual muy previsible, incluso planificada</p>	<p data-bbox="757 402 967 462">No hay un recorrido sexual conjunto</p>  <p data-bbox="729 560 995 657">Tener relaciones sexuales es un acontecimiento que "se da"</p>  <p data-bbox="713 753 1009 844">Iniciación sexual inesperada (no fue hablada, ni planificada)</p>

### Prescripciones y disidencias

Nuestro análisis previo muestra que los papeles esperados para varones y mujeres heterosexuales en su primera relación sexual reflejan expectativas y prescripciones de género tradicionales. Con la idea de *tradicional* designamos a una concepción jerárquica y asimétrica de las relaciones de género, así como a nociones de sexualidad y normatividades para la actividad sexual rígidamente diferenciadas para varones y mujeres.

Gráfico 2: Papeles esperados para la primera relación sexual



Estos papeles son coherentes en sí y opuestos y complementarios entre sí. Son coherentes en sí porque las dos expectativas relativas a cada papel se articulan muy estrechamente. La iniciativa del varón es esperable por su supuesta disponibilidad sexual permanente y, a su vez, dicha iniciativa le permite ponerla en práctica, es decir, buscar y aprovechar posibilidades sexuales. La mujer puede ser selectiva en cuanto a su compañero de iniciación porque tiene la capacidad de rechazar propuestas sexuales, o aceptarlas cuando quiera y esté convencida.

Estos papeles son opuestos entre sí: mientras que una mujer tendría que debutar con alguien especial y de quien estuviese enamorada, el varón debería aprovechar cada oportunidad de tener relaciones, lo que puede implicar no ser demasiado selectivo con respecto a su pareja de iniciación. Por último, son papeles complementarios porque si las mujeres precisan ser selectivas en cuanto al compañero y conservan la decisión final de tener o no relaciones es, en gran medida, porque los varones siempre estarían con ganas y tomarían la iniciativa para hacerlo (mediante avances corporales en un recorrido erótico o una propuesta verbal). En otras palabras, la mujer debe ser selectiva y ejercer su capacidad de rechazo porque nunca le faltarían ofertas. Esta perfecta complementariedad entre ambos papeles de género nos recuerda que en todo momento opera la presunción de heterosexualidad de las mujeres y los varones adolescentes, no por silenciosa menos efectiva en su reforzamiento.

Si bien estos varones y mujeres conocen y muchas veces reproducen estas expectativas de género, no todas sus experiencias se adecuan a ellas. Algunas y algunos tomaron la iniciativa para su primera vez de manera conjunta con la pareja, una tendencia creciente en las nuevas generaciones que disuelve la tradicional separación entre iniciativa masculina y consentimiento femenino (Rodríguez, 2001: 53; ORDHUM, 2005: 55). No obstante, ninguna mujer asumió la iniciativa para tener su primera relación sexual y sólo un varón se la atribuye a su compañera. En cuanto a la disponibilidad permanente de los varones, que Walter no haya aprovechado sus noviazgos para debutar significa que no siempre tuvo ganas de tener relaciones, como él mismo reconoce. En cambio, no aparecen disidencias ante la prescripción de selectividad para las mujeres: todas las que tuvieron relaciones destacan el amor por su compañero de iniciación y cuán "especial" era.

Una vez más, un discurso tan monolítico nos despierta algunas dudas. ¿Ninguna adolescente debutó con alguien a quien no amaba? De haberlo hecho, ¿qué margen tienen para admitir que fue por curiosidad o por "calentura", sin ser sancionadas socialmente o ver desvalorizada su iniciación ante sus pares? Cabe preguntarse si sus expresiones, acordes a las expectativas de género predominantes, reflejan lo que es socialmente apropiado decir más que una realidad inmutable y homogénea (Gogna, 2005a: 36): una entrevista con un adulto desconocido puede ser una buena ocasión para presentar experiencias socialmente aprobadas.

## 4. Reflexiones finales

Este capítulo partió de la hipótesis de que la primera relación sexual es un evento guionado a nivel cultural, interpersonal e intrapsíquico. Para desarrollarla, analizamos las razones socialmente aceptables para tener la primera relación sexual o para no haberlo hecho, una secuencia de actividades eróticas que suelen preceder al debut, los papeles esperados para varones y mujeres y dos escenas típicas de iniciación.

Una primera conclusión es que en dichos guiones de iniciación sexual operan una serie de valores y expectativas de género *tradicionales*, que configuran las jerarquías sexuales de estas y estos adolescentes. Es decir, una concepción asimétrica de las relaciones de género, así como nociones de sexualidad y normatividades para la actividad sexual rígidamente diferenciadas para varones y mujeres. Esta dimensión tradicional de sus guiones se refleja en tres fenómenos.

Primero, al temor de las mujeres a quedar embarazadas, que dan como motivo para no tener relaciones, subyace un encadenamiento automático entre iniciación sexual, embarazo, maternidad y derrumbe del proyecto de vida, que transmiten los adultos a sus hijas adolescentes. También temen al castigo de sus padres si quedasen embarazadas, incluso a ser echadas de la casa. En cambio, ningún varón deja de tener relaciones por miedo a embarazar a su pareja, ni teme ser sancionado por sus padres



o los de su compañera ante dicha situación. Esta diferencia muestra que, según la percepción adolescente, ante un embarazo en la adolescencia la interrupción del proyecto de vida y el castigo de los adultos recaerían en la mujer.

Segundo, que los varones expliquen que no tuvieron relaciones sexuales porque "no se dio" la posibilidad es una forma de justificar su trasgresión a la edad socialmente esperada para el debut masculino mediante una causa que excede o contradice su voluntad (en cambio, las mujeres pueden argumentar que por ahora no quieren hacerlo porque no enfrentan un calendario tan estricto en cuanto a la edad de iniciación). El mensaje tácito de estos varones es que cuando surja la oportunidad de tener relaciones la aprovecharán, en conformidad con la prescripción de disponibilidad sexual permanente.

Tercero, los papeles esperados para varones y mujeres en su primera vez reflejan expectativas de género asimétricas y nociones de sexualidad opuestas. La disponibilidad permanente y la iniciativa masculinas suponen a un varón sexualmente activo, guiado por impulsos inherentes a su naturaleza (de ahí que quienes debutaron lo expliquen por las "ganas", "curiosidad" o "excitación"). En contraposición, a la selectividad y la capacidad de rechazar propuestas inherentes al papel femenino subyace una concepción de la mujer como incapaz de expresar su deseo sexual –por timidez o temor al desprestigio– y capaz de controlarlo –porque sería más moderado–. Así, la única actividad que se espera de la mujer es elegir correctamente al compañero. Además de reforzar relaciones sociales asimétricas, estos papeles pueden conducir a interacciones sexuales coercitivas, como exploramos en el siguiente capítulo.

Sin embargo, estas expectativas tradicionales no son monolíticas. De hecho, la segunda conclusión del capítulo es que coexisten y entran en tensión con otro tipo de experiencias y silencios significativos de estas mismas mujeres y varones.

Por un lado, nadie menciona razones morales o religiosas para explicar el no haber tenido relaciones sexuales. Esta ausencia se entiende tanto por su perfil religioso (la amplia mayoría no practica ninguna religión) y el de la sociedad local (con escaso peso del catolicismo), como por el impacto de discursos modernos que han secularizado los valores sobre sexualidad en los países occidentales, especialmente en las nuevas generaciones. En este sentido, no es menor que nadie refiera a la virginidad femenina, una cuestión que sí tiene peso en las expectativas y experiencias sexuales de otros jóvenes en América Latina por la influencia de la moral católica (Fuller, 1995; Heilborn, 1999; Amuchástegui, 2001). Las y los adolescentes de Trelew que entrevistamos no sugieren que una mujer debería llegar virgen al matrimonio, ni consideran a la virginidad femenina un valor positivo. Las chicas que no tienen relaciones sólo aducen su temor a que un embarazo les impida continuar estudiando, lo que revela cómo el avance femenino en el ámbito educativo y los discursos de sus padres al respecto han influido en las normas sexuales de las jóvenes.

Por otro lado, que dos de cada tres entrevistadas hayan tenido relaciones y que casi todos los varones hayan debutado con chicas de su misma edad muestra que una

importante proporción de las mujeres de esta generación tiene relaciones sexuales en la adolescencia. Este fenómeno también se refleja en la tendencia a una sincronización de las edades de inicio sexual de varones y mujeres: aún reconociendo que la proporción de varones iniciados es mayor, la edad media se acerca (15,1 años para varones y 15,5 años para mujeres), como también registran las encuestas en Argentina (Kornblit *et al.*, 2005: 31; Kornblit *et al.*, 2006: 46). La mayor disposición de las mujeres a tener relaciones en la adolescencia (como el hecho de que ningún varón se haya iniciado con una trabajadora sexual), entra en tensión con el patrón tradicional de iniciación en América Latina, donde los varones debutaban muy temprano con una trabajadora sexual, mientras que las mujeres retardaban la iniciación para preservar su virginidad hasta el matrimonio o la pareja que condujese a éste. ¿Qué factores favorecen esta mayor disposición sexual de las adolescentes? Por una parte, la expansión de discursos que legitiman su actividad sexual: desde las intervenciones públicas del feminismo promoviendo la igualdad entre varones y mujeres, hasta los programas televisivos que abordan el deseo y el placer sexual de las mujeres y muestran las relaciones sexuales de y entre adolescentes. Por otra parte, el contar con anticonceptivos eficaces a su alcance –recomendados y eventualmente entregados por sus padres y/o campañas preventivas–, disminuye el peso del embarazo no planificado en sus relaciones. En suma, la mayor disposición a tener relaciones sexuales, leída a través de estas chicas que se iniciaron voluntariamente, sugiere una creciente autonomía personal de las mujeres adolescentes, es decir, una mayor capacidad de tomar decisiones reconociendo los propios deseos.

La mayor disposición sexual femenina y la ausencia de valores religiosos que restrinjan su iniciación sexual se apartan de las expectativas de género tradicionales que atraviesan y reproducen las jerarquías sexuales entre estas y estos adolescentes. Dichas expectativas justifican y estimulan la actividad sexual de los varones, al presionarlos para tener relaciones y desvalorizar a quienes no las han tenido. En contraposición, desalientan o condicionan la actividad sexual de las mujeres, al asociarla automáticamente a un embarazo –no deseado por estas adolescentes– y al negarles la iniciativa sexual. Estas expectativas operan mediante prescripciones y sanciones sociales: quienes las trasgredan serán calificados de “boludos” (los varones) o “putas” (las mujeres). Al presuponer la heterosexualidad de las y los adolescentes, dichas dinámicas también refuerzan la desvalorización a los homosexuales, que indagamos en el capítulo 7.

Dichas expectativas tradicionales son subvertidas por ambos fenómenos (la ausencia de razones religiosas que los lleven a evitar las relaciones sexuales y la mayor disposición de las adolescentes para tenerlas), que reflejan una *modernización parcial* de los guiones relativos a la primera relación sexual. En otras palabras, entendemos que se está dando un cambio significativo en el por qué, con quién, cuándo y cómo debutan mujeres y varones adolescentes. Este cambio forma parte de un proceso más amplio de *modernización* de su sexualidad, que definimos como orientado hacia la

secularización de los valores sexuales, la flexibilización de las normas de género, una mayor igualdad en las relaciones sociales e interacciones sexuales, una individualización de los comportamientos y una creciente reflexividad del sujeto. Es un proceso fragmentario y contradictorio, pues entre las y los adolescentes coexisten valores y experiencias tradicionales y modernas. Por eso, decimos que esta modernización es parcial para subrayar la permanencia de expectativas y relaciones de género asimétricas que moldean sus opiniones y prácticas.

Esta asimetría de género se hace presente en el siguiente capítulo, donde exploramos los papeles diferenciados que juegan para las mujeres y para los varones el amor, la presión y el placer, sensaciones y sentimientos que rodean a sus experiencias sexuales.



## Capítulo 4

### Amor, presión y placer

Amo lo que amas, yo te amo  
Te amo por amor al dar lo mío  
Te amo con orgullo de quererte  
Porque para amarte yo he nacido  
Amo lo que pides y regalas  
Amo tus caricias, tus ofensas  
Amo tu instante y lo eterno  
Te amo en tu cielo y en tu infierno  
(Axel Fernando, *Amo*)

Haceme un pete, haceme un pete,  
porque esta noche quiero gozar  
(Damas Gratis, *Haceme un pete*)

El amor, las presiones y el placer habitualmente rodean a las experiencias sexuales. A su vez, son la base de jerarquías que operan entre adolescentes: prácticas eróticas consideradas más placenteras que otras (y por ende más valoradas), actividades sexuales justificadas por el amor (y otras ilegítimas por su ausencia), sujetos que presionan o son presionados para adecuarse a las expectativas de género dominantes (y que si no lo hacen serán desprestigiados socialmente).

Este capítulo explora qué papel juegan el amor, las presiones y el placer en las experiencias sexuales de estos varones y mujeres, y en la producción y la resistencia de sus jerarquías sexuales. Comenzamos por indagar por qué el noviazgo es el marco más legítimo y frecuente para las relaciones sexuales entre adolescentes, y qué sucede con las mujeres que debutan fuera de un noviazgo. El rol del amor es clave para responder ambas preguntas. El segundo apartado se centra en los relatos de un varón y una mujer sobre cómo fueron presionados (por sus pares y por su pareja, respectivamente) para iniciarse sexualmente, un tema poco tratado en los estudios de sexualidad (Gogna, 2005a: 41; Manzelli y Pantelides, 2007: 147). Sus vivencias ilustran las expectativas y sentimientos contradictorios alrededor del debut, y la influencia de los grupos de pares y del tipo de vínculo con su pareja. Este análisis, además, contribuye al debate más amplio sobre las relaciones entre género y sexualidad. Por último, indagamos qué es lo que más les gusta de tener relaciones sexuales para dar

cuenta de la dimensión placentera de su actividad sexual, otra cuestión poco abordada por las investigaciones sobre adolescentes (Weller, 1999: 36; Gogna, 2005a: 63). Sus preferencias se reparten entre prácticas y características afectivas de su pareja y del encuentro sexual (definidas como "románticas"), y otras centradas en actividades genitales (como el sexo oral). Para interpretarlas retomamos su distinción entre relaciones sexuales "con amor" y "sólo por placer", así como los aprendizajes sobre sexualidad en distintas instancias analizadas a lo largo del libro (desde el consumo de pornografía hasta las charlas con padres).

## 1. El noviazgo y todo lo demás

Las mujeres consideran al noviazgo el mejor marco para su primera relación sexual y casi todas se iniciaron con novios. ¿Por qué? Porque implica un compromiso afectivo con la pareja y una expectativa de continuidad del vínculo –como desarrollamos en el capítulo previo–, dimensiones que a su vez legitiman las relaciones sexuales para las mujeres. Estas adolescentes no pueden plantear que tuvieron relaciones simplemente por sus ganas, excitación o deseo, pues se arriesgan a ser sancionadas socialmente (por ejemplo, ser calificadas de "putas").

Frente a esta exigencia de legitimar su actividad sexual ante sus pares, el noviazgo posee un reconocimiento positivo tan extendido entre adolescentes que decir que debutaron con un novio resulta *per se* un modo de justificarlo. Por el contrario, quienes no se iniciaron con novios se esfuerzan para explicar dicha experiencia. Nuestra hipótesis es que aunque todas estas mujeres enfrentan el imperativo social de legitimar su debut sexual, entre ellas difieren la necesidad y el modo de hacerlo según el tipo de vínculo con la pareja. Para avanzar con esta idea, vale la pena partir del relato de una de las pocas entrevistadas que no se inició con un novio:

**Inés:** Mi primera vez la tuve con un chico que no era de acá, era de Córdoba.

**Entrevistadora:** ¿Y te acordás cómo fue?

**Inés:** Para mí fue re linda porque es el chico con el que para mí era imposible, era mi amor imposible. Mucho más grande que yo, él tenía 18, yo tenía 16. La cuestión es que se dio. Desde que yo viajaba, desde los 13 años, la primera vez que lo vi me deslumbró. Transé con él el primer año, al otro año y al otro año. Y después, al otro año, salimos a bailar, fuimos a la casa de él y me 'acosté' con él [tuve relaciones sexuales].

**Entrevistadora:** ¿Y después volvieron a 'estar' [tener relaciones sexuales]?

**Inés:** Sí, este año volvimos a 'estar'. Y no me arrepiento, y no me importa, más allá de que yo sé que nunca vamos a ser novios. Pero a mí me chupó un huevo [no me importó] porque era la persona con la que yo quería 'estar'.

(Inés, 17 años, se inició sexualmente a los 16 años).

Tres elementos legitiman esta iniciación sexual: los sentimientos amorosos, la continuidad temporal del vínculo y la selectividad del compañero de parte de Inés. Al definirlo como su "amor imposible" y decir que la "deslumbró" en cuanto lo vio, retoma creencias del modelo del amor romántico, muy presente en ciertas instancias de aprendizaje sexual de las adolescentes. Del deslumbramiento inicial,

se supone que el amor romántico implica frecuentemente una atracción instantánea: "amor a primera vista". Sin embargo, [...] ésta debe ser separada claramente de las compulsiones erótico-sexuales del amor-pasión. El primer "golpe de vista" es un gesto comunicativo, un impacto intuitivo de las cualidades del otro (Giddens, 1995: 46).

Para Inés tener relaciones con este muchacho resultaba "imposible", algo utópico e inalcanzable, porque él era mayor y sólo se veían en verano. Tanto el deslumbramiento inmediato como la idea de "amor imposible" conforman una escena idealizada propia del amor romántico, que emplea un lenguaje poético que alude a la espiritualidad, a los sentimientos elevados, a la plenitud (Margulis, 2003: 34). En Argentina, este modelo de amor ha legitimado a las relaciones sexuales prematrimoniales más que cualquier otro argumento, sobre todo desde la década de 1960 (Cosse, 2008: 276). Al apelar a él, Inés enlaza su debut a un profundo sentimiento amoroso por su compañero y descarta que haya sido por una atracción exclusivamente sexual.

También subraya que su relación ha perdurado en el tiempo. Lo conoció de vacaciones en Córdoba a los 13 años y desde ahí transaron cada verano (es decir, se besaron y acariciaron, pero sin penetración). Recién después de tres años tuvieron relaciones sexuales, y las volvieron a tener un año más tarde cuando Inés regresó a Córdoba. Al presentar a estos encuentros como eslabones de un recorrido compartido, Inés enmarca su debut en una *escena gradual*, donde tener relaciones sexuales se justifica por la progresiva interacción sexual con una pareja. De este modo, Inés inscribe su primera vez en un vínculo que la antecede y que luego sigue, diferenciándola de un debut con una transa ocasional. Esta última opción es desvalorizada por las mujeres, porque difícilmente implique sentimientos amorosos y por la falta de un horizonte de continuidad. ¿Por qué es tan importante la continuidad? Porque significaría, ante la mirada de los pares, que el interés mutuo y las motivaciones del encuentro excedían lo meramente sexual.<sup>20</sup> Como explica Carolina de su debut con un novio que al poco tiempo la dejó: "A veces me arrepiento de eso. Él se sacó las ganas conmigo y después ya terminó todo". Para estas adolescentes que no siga el vínculo luego de tener relaciones implica que

---

20. Recordemos que cuando los varones entrevistados debutaron con una transa, en efecto, sus motivaciones fueron exclusivamente sexuales (las ganas y la excitación).

la mujer se equivocó al elegir la pareja y que fue "usada", lo que desvaloriza su primera vez.

Por último, de modo espontáneo Inés dice no arrepentirse de haber debutado con este chico porque era con quien quería hacerlo. Si su énfasis en la elección del compañero demostraría que fue selectiva, ¿por qué hace esa aclaración? Porque sus pares pueden pensar que se arrepiente por no haberse iniciado con un novio: "No me arrepiento... más allá de que yo sé que nunca vamos a ser novios". La preferencia generalizada por el noviazgo como escenario de iniciación se manifiesta en que adolescentes que sí debutaron con novios creen que se hubiesen arrepentido de no haber sido así:

Jimena: Yo 'estuve' con mi novio la primera vez. [...] A mí me gustó y no me arrepiento de haberlo hecho con él. Me hubiera arrepentido si la primera vez no la hubiera tenido con él. De eso sí me hubiera arrepentido.

Entrevistadora: ¿Por qué?

Jimena: Y por no haberla tenido con mi novio, ¿entendés? Eso no me hubiera gustado.

(Jimena, 17 años, se inició sexualmente a los 16 años).

Que Jimena no pueda explicar o explique tautológicamente por qué se hubiera arrepentido refleja cuán naturalizada está la valoración del noviazgo como el mejor marco para la primera relación sexual de una adolescente. De haber debutado con un novio, Inés no habría precisado destacar el amor, su selectividad del compañero y la continuidad de la relación para justificar el encuentro, porque son rasgos considerados intrínsecos al noviazgo. Su validación del sexo por amor –máxima expresión del canon romántico– supone priorizar la subjetividad y los sentimientos individuales frente a las normas sociales (Cosse, 2008: 276), que en este caso prescribirían iniciarse sexualmente con un novio. Sin embargo, la justificación de Inés tiene poco de disruptiva, pues sigue respetando el requisito del amor para la actividad sexual de las mujeres: ninguna está dispuesta a decir que debutó simplemente por curiosidad o excitación. En este sentido, no es casual que otra dimensión del noviazgo que legitima la primera vez de una mujer, es que permite presentarla como una apuesta a fortalecer y profundizar el vínculo afectivo:

Y en general en las mujeres se dio la primera vez más con algún novio o, tal vez, alguna con una persona con la que estaban estables. Y atrás de eso había una expectativa de una relación más seria a nivel emocional. No porque por eso iba a haber una relación más seria, sino porque formaba parte de construir algo. (Cecilia, 17 años).



Si a esta expectativa le sumamos el amor y el cariño que señalan como motivos de su iniciación sexual, podemos sostener que entre estas adolescentes predomina un escenario cultural en el que las relaciones sexuales de las mujeres deben ser una consecuencia lógica, natural o necesaria del amor y un canal para expresar afectos que perduren más allá del acto. El contraste con los varones es significativo: para ninguno su primera vez apuntó a consolidar una relación afectiva.

En síntesis, el noviazgo es el marco preferido y más legítimo para la iniciación sexual de estas mujeres adolescentes porque presupone sentimientos amorosos mutuos, un horizonte de continuidad temporal del vínculo y la expectativa de profundizar la relación afectiva a partir de tener relaciones sexuales.

Si bien los varones también señalan al noviazgo como escenario habitual para la primera relación sexual, no ponen el acento en la legitimidad que brindaría. Esto se entiende porque los varones no intentan justificar el debut: su disponibilidad sexual permanente explicaría *per se* que lo hayan hecho en cuanto surgió la oportunidad (de ahí que, a diferencia de las mujeres, hablen de sus ganas, curiosidad o excitación como motivaciones). Para ellos, el noviazgo es el marco más propicio y frecuente para debutar, como lo refleja el hecho de que la mayoría de sus amistades lo hizo con novias o novios. Incluso quienes no tuvieron relaciones sexuales siempre lo explican por situaciones relativas a noviazgos: no haber estado de novio, no haberlo estado el tiempo suficiente, no haber aprovechado cuando estaba de novio o que su novia aún no acceda a hacerlo. La idea que prevalece entre los varones es que estar de novio aumenta notablemente las posibilidades de tener relaciones. Por un lado, porque el noviazgo supone una interacción sexual continua y progresiva con una pareja que favorece las charlas sobre las relaciones y el propio hecho de tenerlas. Por el otro, porque al ser el marco más legítimo para que las mujeres tengan relaciones permite que accedan a tenerlas sin temor a exponerse al desprestigio de sus pares.

## 2. Bajo presión

Sin embargo, no todas las mujeres y varones se iniciaron en un noviazgo, ni tienen buenos recuerdos del debut. Eugenia y Pablo fueron presionados por una pareja (en el primer caso) y por sus pares (en el segundo) para tener relaciones.

### "Él me apuraba mucho"

Eugenia narra una experiencia de iniciación sexual fallida en varios sentidos:

**Eugenia:** Entre estos chicos había uno del que estaba súper enamorada. Y bueno, nos fuimos un Día de la Primavera a Playa Unión. [...]

**Entrevistadora:** Quería que me contaras de nuevo qué te pasó a vos con este chico, porque se nos paró la grabación... y lo que me estaba contando Eugenia era que tuvo una historia donde el chico con el que estaba... ¿cómo era?

**Eugenia:** Yo tenía 13 años y el chico me apuraba mucho. Una noche nos fuimos y no pudimos porque yo era virgen.

**Entrevistadora:** Claro, lo que nos contaba es que ella tuvo una experiencia con este chico, que él era un año más grande pero tenía mucha más experiencia que ella. ¿Y entonces qué pasó?

**Eugenia:** Él le dijo a todo el mundo que habíamos tenido relaciones sexuales. Y no le importó contarle a todo el mundo. Y sí, le dijo a todo el mundo que habíamos tenido relaciones. [...]

**Entrevistadora:** ¿Y qué recuerdos tenés de la primera vez?

**Eugenia:** No, la primera vez en serio fue cuando tenía 15 años, con el chico que era mi novio.

(Eugenia, 17 años).

Eugenia relata cómo a los 13 años fue presionada por un adolescente para tener relaciones. Al contarlo se había acabado la cinta de grabación, por lo que la entrevistadora intenta que repita la historia y reconstruye lo dicho en sus apuntes y ante el grabador (de ahí el uso de la tercera persona: "lo que nos contaba es que ella..."). Según esta reconstrucción, Eugenia estaba enamorada del chico que la presionó, quien tenía más experiencia sexual y no era su novio. Por su descripción, se trataría de una transa.<sup>21</sup> De dicha situación queremos analizar la presión que recibe Eugenia, la influencia del tipo de vínculo con su compañero y las versiones contradictorias sobre si tuvieron o no relaciones.

Eugenia identifica una presión al señalar que él la "apuraba" mucho, es decir, que los avances en la interacción sexual iban más rápido de lo que ella deseaba, lo que implica que no era totalmente consensuada. Con "apurar" Eugenia también indicaría una insistencia verbal de su compañero para tener relaciones, que puede ser un modo de coerción sexual: un intento de forzarla a participar en una conducta sexual contra su voluntad.<sup>22</sup> Como registra una investigación sobre mujeres adolescentes del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA):

---

21. Que Eugenia no utilice esta palabra ilustra lo desvalorizado de la transa como pareja de iniciación para una mujer. Más allá de su uso para cuestiones sexuales, el término remite a ilegalidad: una transa es un acto de corrupción y un transa es un vendedor de drogas, entre otras acepciones en este contexto.

22. "Coerción sexual es el acto de forzar (o intentar forzar) a otro individuo por la violencia, las amenazas, la insistencia verbal, el engaño, las expectativas culturales o las circunstancias económicas, a participar en una conducta sexual contra su voluntad" (Heise *et al.*, 1995, citado en Pantelides y Geldstein, 1999: 46).

La mayoría de las entrevistadas es capaz de describir situaciones que constituyen coerción, [como] insistir en el tema de las relaciones sexuales. [...] No por ser verbal la insistencia es menos sentida como coercitiva ya que se apoya, según las adolescentes, en el hecho de que las mujeres son vulnerables cuando están enamoradas de un hombre (Pantelides y Geldstein, 1999: 52).

Esta idea subyace a la aclaración de Eugenia de que estaba muy enamorada, complementada con su observación de que su compañero tenía mucha más experiencia sexual que ella: ambas circunstancias la ubicarían en un lugar vulnerable frente a las presiones. A primera vista puede parecer poca la evidencia de la coerción, pero es porque ciertos guiones tradicionales dificultan reconocer situaciones coercitivas, tanto para sus protagonistas como para quien las analiza. Nos referimos a guiones que pautan que las mujeres deben resistir a los avances sexuales masculinos, y que el rol de los varones supone insistir para lograr convencerlas de tener relaciones sexuales. Ante esta expectativa, acelerar el ritmo del recorrido erótico con una compañera o insistirle para que acceda a tener relaciones puede no ser visto por los varones como coercitivo, aunque así sea sentido por las mujeres. En otras palabras, se daría un conflicto de percepciones.

¿Qué otro elemento explica esta coerción? El tipo de vínculo entre Eugenia y su compañero. En una transa, el interés y la interacción es predominantemente sexual, por lo que es esperable la voluntad de él de tener relaciones. A su vez, comparado con un noviazgo, hay un escaso compromiso afectivo y no existe un horizonte de continuidad, por lo que es bajo el costo de presionar al otro: si rechaza los avances sexuales o se enoja, a lo sumo no seguirá una relación que –en principio– no conlleve sentimientos amorosos, ni demasiadas posibilidades a futuro. Pero si es así, ¿por qué ella subraya que estaba enamorada? Para justificar vía el amor su tentativa de iniciación con alguien que no era un novio. Según Eugenia, finalmente no tuvieron relaciones al no lograrse la penetración porque ella era virgen.

Aunque Eugenia dice que no tuvieron relaciones sexuales, su compañero hace público que sí lo hicieron. Estas versiones contradictorias son posibles porque la mayoría de los encuentros que pueden incluir relaciones –como éste– ocurre fuera de la vista de los no participantes directos. Por ende, las audiencias dependen de los protagonistas para saber qué sucedió. El relato de Eugenia muestra que el coito vaginal es la práctica que define a las relaciones sexuales, como acuerdan el resto de las y los entrevistados heterosexuales. A pesar de este consenso, no es casual que se produzcan versiones opuestas entre ella y su compañero, pues cada una ofrece ventajas a quien la sostiene. Con su explicación de que no tuvieron relaciones por no concretarse la penetración, Eugenia evita recordar y presentar a su primera vez como una experiencia negativa y socialmente desvalorizada, por darse en un vínculo poco legítimo para el debut de una mujer, bajo presión y con alguien que demostró ser inadecuado, por "apurarla" y divulgar que habían tenido relaciones. Así, Eugenia reserva su "primera

vez en serio" para un noviazgo. Por eso le molestó que al chico que la presionó "no le importó contarle a todo el mundo... que habíamos tenido relaciones", lo que afecta negativamente la reputación de ella.

La versión de su compañero de que sí tuvieron relaciones, en cambio, lo deja a él bien posicionado ante sus pares: gana experiencia sexual –fuente de prestigio masculino– y evita el rumor sobre un mal desempeño, por no haber podido concretar la penetración y desperdiciar así un encuentro sexual. Que el compañero de Eugenia haga público que tuvieron relaciones (haya ocurrido o no) puede interpretarse a partir del tipo de vínculo entre ambos. En una transa no hay un compromiso mutuo que suponga cierta discreción sobre la actividad sexual de la pareja para preservar la imagen de la mujer, por eso a él no le importó contar a otros adolescentes que habían tenido relaciones.

### "La primera vez fue más porque te joden los chicos del barrio"

Estas mismas redes de pares estaban interesadas en el debut de Pablo, quien tiene un mal recuerdo por cómo fue presionado para hacerlo:

**Entrevistador:** Y hablando de relaciones sexuales, ¿qué opinás de tenerlas a esta edad?

**Pablo:** Es una cosa nueva, muy diferente, porque vos pensás una cosa y después, cuando te encontrás, no es tan lindo, tan importante como vos te lo imaginás.

**Entrevistador:** ¿A vos te pasó eso?

**Pablo:** Sí, yo esperaba otra cosa. Capaz que la primera vez, con esa mina [chica], no fue la mejor. [...] Fue más por el tema de que te joden los chicos del barrio. Te joden: "Ahí va el boludo, el virgen", todas esas boludeces. [...] Te molesta. Ya llega un punto que te molesta mucho. Es como algo que lo tengas [que hacer] para sentirte más varón o algo así. [...]

**Entrevistador:** Y si tuvieras que decir qué recuerdo te queda de esa primera vez, ¿cómo fue?

**Pablo:** Pienso que para mí no fue bueno. Porque para mí fue todo a presión, no fue algo que yo sentía.

**Entrevistador:** ¿Y cómo fue? ¿Te la presentaron?

**Pablo:** Ella me conocía. Me jodía y yo no le daba mucha bola. Siempre me decía si quería salir con ella, que yo era re importante para ella, cosas así.

**Entrevistador:** ¿Era del barrio la piba?

**Pablo:** No, no es de acá de Trelew. Tiene la abuela allá en mi barrio, y siempre iba.

**Entrevistador:** ¿Y cómo fue que tuviste relaciones? ¿La situación cómo fue?

**Pablo:** Estábamos en el boliche [discoteca]. Primero tuvimos una fiesta, más tarde ahí en el boliche estuvimos hablando y jodiendo, y después fuimos a la casa de un amigo en mi barrio. Y ahí fue, ahí pasó.

**Entrevistador:** ¿Y no estaban los viejos [padres] de este amigo?

**Pablo:** No, no estaban. Porque él vive con la vieja [madre] y la vieja estaba trabajando. Y ellos se quedaban abajo. Veníamos tres nomás, y se quedaron los dos abajo, jodiendo.

**Entrevistador:** ¿Y vos subiste con la piba?

**Pablo:** Sí. Para mí fue algo... a mí no me gustó. Creo que fue muy rápido todo y fue algo que no lo disfruté, no sentí nada. Aparte, si lo hacés más tranquilo, mucho mejor.

(Pablo, 17 años, se inició sexualmente a los 16 años).

De la experiencia de Pablo nos interesan tres cuestiones muy vinculadas entre sí: las presiones públicas para que se inicie sexualmente, la vigilancia de sus amigos del encuentro sexual, y la distancia entre sus expectativas y lo que pasó en el debut.

Pablo describe cómo antes de debutar lo molestaban otros varones jóvenes de su barrio, tratándolo en público de "virgen" y "boludo". La asociación de ambos términos muestra que un varón que no ha tenido relaciones para los 15 años es desvalorizado por sus pares, como sucede mediante la asociación entre "boludo", "perdedor" y "pajero" que vimos en el capítulo 2. Aunque ningún otro entrevistado cuenta una vivencia similar, sí refieren a las presiones a sus compañeros:

No creo que sea bueno que alguien tenga relaciones sexuales porque ejercen una presión contra él: "Tenés que tener [relaciones] porque tenés no sé cuántos años". [...] Sé de algunos pibes que los compañeros los presionaban así. Digamos, se lo decían como joda a esas personas, pero era presión, no era que se sentían preparados o algo así, era porque los otros les decían.

(Sebastián, 15 años).

Bajo un tono de cargada, se ejerce una presión para que los varones debuten, que Pablo interpreta como una exigencia de reafirmar su masculinidad: "Es como algo que lo tengas [que hacer] para sentarte más varón". A esta presión de sus pares subyace la prescripción de heterosexualidad propia del papel esperado para los varones: se supone que tienen determinado deseo "natural" (por las mujeres) y se incita un comportamiento sexual acorde a este deseo. Pablo responde a estas presiones debutando a los 16 años. Así reafirma su masculinidad y heterosexualidad, y deja de trasgredir el calendario que marca que para los 15 años estos varones deben haberse iniciado sexualmente. Estas dinámicas echan raíces en un ideal masculino hegemónico en Argentina hasta fines de la década de 1950, que prescribía un debut sexual temprano

con una mujer, para afirmar la condición viril expresada en la pauta heterosexual y la predisposición a tener una vida sexual prolífera (Cosse, 2008: 223).

Pero la presión no sólo se da a través de comentarios públicos. También es muy palpable en la vigilancia que ejercen los amigos sobre el debut de Pablo. Él y su compañera participan de una fiesta y una salida a bailar con otros adolescentes; luego, junto a dos amigos, van a la casa de uno de éstos. Mientras que Pablo tiene relaciones sexuales con la chica en la planta alta, sus amigos se quedan abajo. Esta situación lleva la metáfora dramática a la literalidad: una parte del público potencialmente interesado en este encuentro (las redes de adolescentes) se torna un público que efectivamente acompaña a los protagonistas desde los preparativos de la obra (en la fiesta, el boliche y la casa) hasta subir a escena, y luego espera a que concluya la función. Los amigos de Pablo han vigilado desde abajo su debut y serán garantes de lo sucedido ante sus pares. Esta experiencia tiene un notable parecido a aquellas con trabajadoras sexuales:

En aquellos hombres que tuvieron su iniciación con una trabajadora del sexo, [...] la presión del grupo jugó un papel considerable en esta práctica, en el sentido de que parecía estar dirigida a la confirmación de la identidad masculina y a la regulación de las prácticas sexuales del joven. [...] Entre quienes vivieron su iniciación en esta forma, la experiencia pareció producir una gran incomodidad, aun cuando la confirmación de la identidad de género que se pretendía fuese lograda (Amuchástegui, 2001: 371).

La situación que vivió Pablo reactualiza el rito de iniciación con una trabajadora sexual, en la medida en que se da en una situación colectiva para responder a las expectativas de otros varones, más que satisfacer un deseo personal.

Por último, Pablo subraya la distancia entre sus expectativas y su vivencia de la primera relación sexual. Esperaba algo más lindo e importante, pero no lo disfrutó ni sintió nada porque fue muy rápido y no estaba tranquilo. Las presiones y presencia de pares no resultan menores en su intranquilidad y en la dinámica de ese encuentro pues, en buena medida, él debuta pensando en esta audiencia. Además, el tipo de vínculo con su compañera parece haber influido negativamente en el encuentro y en su apreciación posterior: Pablo da a entender que no le atraía esa "mina",<sup>23</sup> al decir que antes no le prestaba atención a sus propuestas, y en ningún momento expresa sentimientos amorosos por ella.

---

23. Si bien el término "mina" para referir a una mujer tiene diversas connotaciones en Argentina, el uso de Pablo refuerza la idea de que no tenía una relación afectiva con su compañera sexual.

## Expectativas y coerciones

¿Qué iluminan las experiencias de Eugenia y Pablo sobre las relaciones entre sexualidad y género? ¿Qué pasa con el resto de las y los entrevistados?

Ninguna otra mujer dice haber sido presionada por su pareja ni por pares. De la situación de coerción que vivió Eugenia, la insistencia de su compañero para tener relaciones y el acelerar los tiempos de la interacción sexual pueden interpretarse como respuestas acordes a la expectativa social de iniciativa sexual masculina. Esto significa que los papeles esperados para las relaciones sexuales heterosexuales suponen y refuerzan una relación asimétrica entre varones y mujeres. La experiencia de Eugenia presenta una versión más cruda de cómo operan dichos papeles cuando no hay pleno consentimiento de la mujer para avanzar sexualmente:

El imperativo social de que los varones son los responsables de tomar la iniciativa sexual, sumado a una concepción esencialista de la sexualidad, coloca a los adolescentes en un marco de acción en el que se hace difuso el límite entre el juego de seducción y el directo avasallamiento de los derechos sexuales de la otra persona (Manzelli, 2005: 141).

Así las cosas, los varones pueden no interpretar algunas de sus prácticas como coerciones a sus parejas, aunque sean vividas de esta forma por las mujeres que las sufren. ¿Y la capacidad femenina de rechazar las propuestas sexuales masculinas, que analizamos en el capítulo previo? El resguardo que supondría dicha capacidad muestra sus límites en situaciones como la que vivió Eugenia donde, en una relación de transa y con desigual experiencia sexual, es dudoso que se respete su voluntad.

Pero no sólo las mujeres son presionadas para tener relaciones sexuales: el relato de Pablo echa luz sobre el tipo de coerción que experimentan los varones. Al explicar que la presión de sus pares lo llevó a debutar, pone en duda la voluntad constante de tener relaciones que se les atribuye a los varones. Su experiencia, por una parte, ilustra los riesgos para quienes superan la edad de iniciación prescripta: las presiones de sus compañeros no hubiesen sido "necesarias" si para los 15 años Pablo hubiera debutado. Por otra parte, revela cuáles son los mecanismos para que cumpla con el papel masculino esperado: las burlas, incitación y vigilancia de otros varones apuntan a que tenga relaciones sexuales, aprovechando una oportunidad que ellos mismos le facilitan. En suma, lo que vivió Pablo muestra que las presiones para debutar continúan siendo un instrumento eficaz de producción de la identidad de género y control de la sexualidad masculina: iniciarse sexualmente con una mujer reafirma sentidos de masculinidad y corrobora la heterosexualidad frente a los pares.

Sin embargo, sólo Pablo menciona a la presión de los compañeros como causa de su primera relación sexual y nadie dice haber sido presionado por su pareja. ¿Qué sucede con los otros varones? ¿No fueron presionados, no percibieron ciertas prácti-

cas como presión u omitieron intencionalmente mencionarlas? Difícilmente haya una sola respuesta. Por un lado, aunque continúan existiendo experiencias de insistencia a los varones para iniciarse más temprano de lo que quisieran o mantener relaciones sin desearlo, en las nuevas generaciones habría un creciente respeto al derecho a la autonomía, como sugiere el rechazo de Sebastián a que alguien debute por presión y que ningún otro varón refiera a este tipo de vivencias. Por otro lado, sin embargo, muchos adolescentes no reconocerían a esta insistencia u otras prácticas del grupo de pares o de una pareja como una forma presión, al estar condicionados en su percepción por el papel masculino esperado en la actividad sexual: si un varón supuestamente está siempre con "ganas" de tener relaciones sexuales, ¿cómo va a sentir como una presión una oportunidad de hacerlo?

### 3. Las preferencias

Las presiones no son las únicas sensaciones que atraviesan las experiencias sexuales: el placer ocupa un lugar tan o más importante. Lejos de ser algo "natural", se trata de una construcción sociocultural que parte de la capacidad humana de derivar placer del propio cuerpo y que supone la organización social de la experimentación del deseo erótico y su satisfacción (Vásquez del Águila, 2000: 107).

Entre las investigaciones sobre adolescentes es escaso el tratamiento de la dimensión placentera de su sexualidad. Esto se explica, en buena medida, porque el interés de las ciencias sociales por la sexualidad de adolescentes comienza por la fecundidad y aumenta por la epidemia del Sida. Como observa Pantelides (1996), es un interés "secundario" o "instrumental", surgido de inquietudes relativas no a la sexualidad en sí misma, sino a sus consecuencias. Esta marca de origen sigue hasta la actualidad, pues la mayoría de los estudios aún se centra en las conductas preventivas de embarazos y VIH/Sida. Para comenzar a llenar el vacío sobre el placer sexual, exploremos qué es lo que más les gusta a las y los adolescentes de tener relaciones sexuales.

#### Romanticismo y genitalidad

A estas mujeres lo que más les gusta son prácticas afectivas y características sentimentales de sus compañeros sexuales y de la interacción con ellos. A modo de ejemplo, Meibel disfruta los "besitos y caricitas" que se dan antes de que se produzca la penetración; Belén lo que más aprecia es el cariño de su pareja y los cuidados para que se sintiese cómoda en su debut; Eugenia destaca la conexión con su novio en las relaciones sexuales, "en las que hay mucho amor"; y a Luciana lo que más le gusta de tener relaciones es poder llegar a conocer a una persona de esa forma, sobre todo "cuando la amás, lo cual lo hace [al encuentro] mucho mejor". En síntesis, estas mujeres valoran de sus relaciones sexuales el cariño y el amor por y del compañero



–definido como “tierno”, “dulce” y “cariñoso”–, y la expresión mutua de esos sentimientos mediante caricias, besos y abrazos, a los que refieren mediante diminutivos para atenuar cualquier connotación erótica.

¿Cuál es el patrón común de estas preferencias? Su carácter romántico, un término con el que muchas describen a sus parejas y encuentros sexuales. Estas mujeres diferencian las actividades y momentos que más les gustan de tener relaciones de las prácticas penetrativas propiamente dichas:

**Entrevistadora:** ¿Y qué es lo que más te gusta de tus relaciones sexuales?

**Gabriela:** El principio y el fin.

**Entrevistadora:** ¿Y eso qué es?

**Gabriela:** Empezar con mimitos y qué sé yo, hasta que bueno... Y después terminar y quedarme abrazada con él un rato. No es tan importante para mí estar ahí, en el momento.

**Entrevistadora:** ¿Por qué no?

**Gabriela:** Porque no. Es más lindo para mí, como que tiene más sentimientos, el antes y el después que lo del medio. Lo del medio es más calentura y después el resto puede ser más cariño o amor que otra cosa.

(Gabriela, 17 años, se inició sexualmente a los 14 años).

Gabriela explica su preferencia por las caricias y abrazos asociando estas prácticas a sentimientos y oponiéndolas a las relaciones coitales, que vincula a la excitación sexual. Que use el término “mimitos”, que refiere a caricias sin intenciones eróticas,<sup>24</sup> refuerza la idea de que lo que más le gusta de sus encuentros sexuales son las dimensiones afectivas.

¿Esto significa que a las adolescentes no les importan las dimensiones físicamente placenteras de su actividad sexual? Nada de eso: algunas hablan con su novio y con sus amigas más cercanas sobre qué prácticas o posiciones disfrutaban al tener relaciones sexuales y acerca de si alcanzaron el orgasmo y cómo. Pero, no obstante, ninguna mujer menciona entre sus preferencias algo por fuera del registro romántico. De hecho, en sus testimonios oponen dos tipos de compañeros sexuales: los “románticos”, sus preferidos porque demuestran cariño mediante abrazos y caricias en encuentros sexuales donde la mujer se siente querida y cómoda; y aquellos “desesperados” por y al tener relaciones sexuales, a los que critican porque su actitud va en contra del clima romántico que ellas desean para sus contactos sexuales.

---

24. Es ilustrativo de esto que “Mimitos” sea el nombre de una conocida marca de pañales para bebés en Argentina, término que alude a la suavidad y al cariño maternal (no erótico) hacia quienes los utilizan.

El compañero "desesperado" sería egoísta e ignorante en términos sexuales, al concentrarse exclusivamente en la penetración: "Hay muchos que están en la edad de culo y teta. Totalmente egoístas. No saben lo que les gusta a las mujeres, lo que no les gusta. Están creídos que es penetración y listo", dice Juana. La "desesperación" que les atribuyen remite a la noción de impulso sexual que analizamos en los capítulos previos, que concibe al deseo sexual masculino como algo incontrolable y fácilmente excitable mediante cualquier demostración de la sexualidad femenina. Con este perfil, no es extraño que las mujeres los desprecien como compañeros sexuales: su egoísmo en la búsqueda del propio placer y la desesperación por y al tener relaciones implican que éstos se concentran sólo en la penetración y no se preocupan porque las mujeres disfruten de las relaciones, tanto en lo que respecta al orgasmo como en las dimensiones afectivas del encuentro. Como sintetiza Inés: "Si el tipo no te sabe tratar, por supuesto que no te va a pasar absolutamente nada. Está también en ellos, que hoy sólo les importa ir, 'ponerla' y chau". Que utilice la expresión "ponerla" es coherente con su crítica a los varones, pues refiere a las relaciones sexuales desde la perspectiva de quien penetra (quien mete su pene "lo pone") y supone un desinterés por quien es penetrada (a quien "se la ponen").

Sin embargo, no todos los varones responden a este perfil. Por el contrario, algunos adolescentes destacan cuestiones sentimentales como lo que más les gusta de tener relaciones sexuales, acercándose al tipo de compañero "romántico" que valoran estas chicas. A Esteban lo que más le agrada de sus relaciones es que le permiten estar más cerca afectivamente de la persona que quiere, y a Lautaro lo que más le gustó de su primera y única vez es haberla tenido con alguien a quien quería mucho. Ambos aprecian el vínculo afectivo que los une con quienes tienen relaciones y que éstas fortalezcan dicho vínculo. En este grupo también está Andrés, al que le gusta expresar sentimientos amorosos durante las relaciones sexuales:

**Entrevistador:** ¿Y qué es lo que más te gusta de tener relaciones sexuales?

**Andrés:** Lo que más me gusta es que uno cuando tiene relaciones sexuales descubre a la otra persona de otra forma, que no la ves comúnmente.

**Entrevistador:** ¿Por ejemplo?

**Andrés:** La conocés cuando está desnuda. Las caricias son con más fuerza. Se repite más el "te amo" cuando tenés una relación.

**Entrevistador:** ¿Durante la relación?

**Andrés:** Claro. O sea, por eso te digo, el hacer el amor es amor mutuo y listo.

(Andrés, 18 años, se inició sexualmente a los 15 años).

Entre los varones existe otro tipo de preferencias, centradas en prácticas genitales. A algunos lo que más les gusta es experimentar diferentes posiciones en las relaciones vaginales y a otros que sus parejas les practiquen sexo oral:

Este término refiere a dos prácticas –*fellatio* y *cunnilingus*– que de manera frecuente son vistas como orientadas principalmente hacia el placer del compañero sexual receptivo. A diferencia del coito vaginal, que, de acuerdo a un ideal cultural, produciría placer sexual mutuamente orientado en un solo acto, *fellatio* y *cunnilingus* a menudo son practicadas independientemente por parte del uno al otro (Laumann *et al.*, 1994: 101).

En consonancia con esta extendida representación del sexo oral, quienes recibieron una *fellatio* la definen como un "favor" de su compañera, al considerarla una práctica orientada exclusivamente a su propio placer. Emiliano ilustra la valoración masculina de experimentar diferentes poses durante las relaciones, al contrastar su preferencia por "hacer siempre cosas nuevas, hacer las posiciones medio raras" con su aburrimiento con "las posiciones clásicas, siempre la rutina" en los encuentros sexuales. Estas predilecciones masculinas se centran precisamente en aquello que algunas mujeres mencionan como lo que menos les gusta de sus relaciones: las prácticas genitales penetrativas.

### Relaciones sexuales "con amor" y "sólo por placer"

Hasta acá identificamos dos tipos de preferencias: las relativas a dimensiones sentimentales de las relaciones sexuales, de todas las mujeres y algunos varones; y aquellas centradas en prácticas genitales, de otros varones. Para interpretarlas retomamos de sus testimonios la distinción entre relaciones sexuales "con amor" y relaciones "sólo por placer": mientras que la primera sería una interacción sexual que incluye y expresa sentimientos amorosos mutuos entre la pareja, la segunda refiere a un contacto sexual que se orientaría principalmente a la búsqueda de placer físico individual.

Algunos varones y mujeres asocian esta distinción a la clase de vínculo con la o el compañero. En las relaciones sexuales dentro de un noviazgo habría amor entre ambos, algo que difiere de aquellas con una persona por la que sólo existe atracción y excitación y que, por ende, serían meramente para obtener placer físico: "El sexo con amor es más con tu novia. Y el sexo por placer es con una chica que te gusta, que te calienta", resume Bruno. José es claro al respecto:

**Entrevistador:** ¿Y en la película pornográfica qué viste?

**José:** En la película vi qué cosas se pueden hacer y qué cosas no se pueden hacer, porque aprendés también todo para el tema del placer. Nunca mezclarlo con hacer el amor. O sea, son dos cosas totalmente distintas para mí.

**Entrevistador:** ¿Más vinculado con el coger, digamos?

**José:** Claro, con coger, coger y pasarla bien. Tenés momentos que son románticos, y momentos que no. Momentos que la querés pasar bien, placentemente, llegar a un orgasmo.

**Entrevistador:** ¿Eso lo relacionas con...?

**José:** (Interrumpiendo) Con el sexo. Bueno, también haciendo el amor llegas al orgasmo, pero es distinto. O sea, es más sentimental, más romántico.

(José, 17 años, se inició sexualmente a los 16 años).

José vincula "el sexo" con la búsqueda de placer y lo distingue de "hacer el amor", que sería una relación sexual "más sentimental, más romántica", con la persona amada y que –como sintetiza Andrés– es "amor mutuo y listo". Aunque contrastan amor y placer en la actividad sexual, estos varones y mujeres no plantean ambas dimensiones como irreconciliables. Lo que expresan es una diferencia significativa de énfasis en los rasgos que definen a estos dos tipos de relaciones sexuales y qué les gusta en cada caso. En las relaciones "con amor" aprecian el vínculo afectivo con la otra persona, la expresión de sentimientos a través de caricias y abrazos y el marco romántico que rodea al encuentro, "que hace que te guste absolutamente todo lo que pasa", según Juana. En las relaciones "sólo por placer" cada uno pretende y valora pasar un momento físicamente placentero, sin interesarse demasiado por la otra persona, que simplemente le atrae y excita: "Es hacerlo por el hecho de sentir placer y listo, no te interesa la otra persona", continúa Juana. Esta diferenciación jerarquiza un tipo de relaciones sexuales sobre otro, según qué le gusta a la persona entrevistada: quienes prefieren las prácticas afectivas y rasgos sentimentales de las parejas y encuentros ponderan únicamente las relaciones "con amor", mientras que quienes disfrutaban experimentar posiciones y prácticas genitales apuntan a las relaciones "sólo por placer".

### La influencia de los aprendizajes

¿Cómo inciden las diversas instancias de aprendizaje sobre sexualidad en estas preferencias? Los consejos de padres y madres refuerzan códigos morales diferenciados por género, como profundizamos en el siguiente capítulo. Para las mujeres establecen requisitos sobre con quién y por qué motivo deberían tener relaciones sexuales: de tenerlas, debería ser con un novio y por amor. Ambos requisitos se entrelazan en la percepción de las adolescentes, al ser dos rasgos de las relaciones "con amor", tal como las definen ellas y sus pares. De este modo, se da una evidente afinidad entre los consejos de adultos y aquello que más les gusta a las chicas: al situar al tope de sus preferencias el cariño y el amor por y del compañero y la expresión de esos sentimientos en el encuentro sexual, ellas se refieren a las relaciones "con amor" con un novio. Sólo hay una leve diferencia de énfasis entre tener relaciones *por* amor y *con* amor: en el primer caso el amor actúa como el motivo de la actividad sexual, mientras que en el segundo es una dimensión central de dicha actividad con el compañero (si no fuese así sería "sólo por placer").

¿Cómo explicamos esta afinidad entre las predilecciones de las adolescentes y los consejos de adultos? Por la presencia de valores del modelo del amor romántico, tanto en las charlas sobre sexualidad de estas chicas con padres, madres y amigas, como en revistas, películas, telenovelas y series televisivas.<sup>25</sup> Este modelo, donde los afectos y lazos amorosos predominan sobre el ardor sexual, en sus orígenes y por mucho tiempo se ha visto como un amor feminizado, de ahí que los adultos aún hoy lo transmitan a sus hijas (y no a sus hijos) y que las preferencias de éstas lo reflejen. Los "mimitos", "besitos" y abrazos que estas mujeres adolescentes valoran de sus encuentros sexuales son considerados señales de sentimientos que exceden al interés sexual, bajo un modelo romántico que enfatiza el afecto y la comunicación en la pareja, y donde el "amor" (como sentimiento sublime) prevalece sobre la atracción erótica.

Para los varones, en cambio, los consejos de sus padres sobre sexualidad se sintetizan en la frase "podés tener relaciones sexuales durante tu adolescencia siempre y cuando uses preservativo". Esta recomendación implica mayor aprobación y flexibilidad ante su actividad sexual, ya que no plantea requisitos sobre el tipo de vínculo con la pareja y la motivación. Así como esto ayuda a entender que sean más variadas las respuestas de varones sobre qué les gusta de tener relaciones, otras instancias de aprendizaje influyen más directamente en el contenido de sus preferencias.

Quienes aprecian la experimentación de prácticas genitales se adecuan a un guión heterosexual tradicional que presenta a la disponibilidad, iniciativa y destreza sexual como rasgos inherentes al varón.<sup>26</sup> Dicha expectativa social se reproduce en la interacción con pares mediante bromas, charlas y presiones, y orienta las opiniones y comportamientos de algunos entrevistados: al varón no sólo le correspondería tomar la iniciativa y estar siempre dispuesto a tener relaciones, sino que también debería maximizar cada encuentro sexual como espacio de experimentación y aprendizaje personal. Probar diferentes posiciones y prácticas es un modo de responder a esta prescripción sobre cómo aprovechar (y disfrutar) los contactos sexuales. Además, como la experiencia sexual es fuente del saber erótico que se espera de un varón y un capital reconocido entre pares, todo encuentro sexual (y más aquel donde se ensayan cosas nuevas) supone una ganancia.

En su predilección por probar posiciones al tener relaciones y por recibir sexo oral es central la pornografía. Como desarrollamos en el capítulo 2, estos varones conocieron las diferentes "poses" y el sexo oral a través de los canales pornográficos codificados, Internet y videos, con los que tuvieron un intenso contacto desde el inicio

---

25. A través de estos medios, el modelo del amor romántico ha tenido gran difusión en Argentina, desde 1920 hasta la actualidad (Sarlo, 1985; Feijóo y Nari, 1994; Barrancos, 1999; Lewin y Dinardi, 2007; Cosse, 2008).

26. Rasgos asociados a la masculinidad en América Latina, según registran numerosos estudios (Gutmann, 2000; Vásquez del Águila, 2000; Fuller, 2001; Olavarría, 2001; Viveros, 2002, entre otros).

de la adolescencia. Poner en la cima de sus preferencias a dichas prácticas genitales supone priorizar la búsqueda de placer físico en la interacción sexual, lo que define a las relaciones "sólo por placer".

En cambio, a otro grupo de varones lo que más le gusta es el vínculo afectivo con sus parejas, que las relaciones sexuales fortalezcan este vínculo y las expresiones de sentimientos amorosos en los encuentros, lo que remite a las relaciones "con amor". Estas predilecciones románticas suponen una resistencia ante cierto modelo de masculinidad tradicional, que prescribe esconder una serie de emociones vistas como inconsistentes con el poder masculino (Kaufman, 1995: 131). Que algunos adolescentes manifiesten este tipo de preferencias puede asociarse a la difusión de un modelo alternativo de varón, que no niega el cultivo de la sensibilidad, la afectividad y el contacto físico cariñoso.

La coincidencia entre lo que más le gusta a este grupo de varones y aquello que prefieren las mujeres puede interpretarse a partir de un desplazamiento del amor romántico, que está dejando de concentrarse exclusivamente en el sector femenino, y puede apreciarse en la creciente manifestación y reclamo de afecto y amor por parte de algunos varones en sus relaciones de pareja. Vale la pena recordar que el interlocutor de este tipo de opiniones –el entrevistador– es un joven adulto y desconocido, a quien no volverán a ver. Lo decimos porque no es seguro que estos adolescentes puedan o quieran expresar dichas preferencias ante sus pares con quienes interactúan cotidianamente, en la medida en que los varones que adhieren a nociones del amor romántico muchas veces han sido desvalorizados por contradecir los imperativos tradicionales de seducción masculina (Giddens, 1995: 61).

### 4. Reflexiones finales

Este capítulo exploró el papel del amor, las presiones y el placer en las experiencias sexuales de estos varones y mujeres. Para eso analizamos por qué el noviazgo es el marco más legítimo para las relaciones sexuales de las mujeres, qué sucede con quienes son presionados para tenerlas y, por último, qué es lo que más les gusta a mujeres y varones heterosexuales de tener relaciones sexuales.

Amor, presiones y placer operan de distintas maneras en la producción de jerarquías sexuales entre adolescentes: justifican ciertas actividades sexuales (y deslegitiman otras), tornan valiosas algunas prácticas eróticas, y empujan a los sujetos a adecuarse a las expectativas de género dominantes, bajo la amenaza de desacreditarlos socialmente si no lo hacen. Pero dichas sensaciones y sentimientos también se juegan en las dinámicas que resisten estas mismas jerarquías.

Una buena forma de sistematizar los diferentes papeles que cumplen el amor, las presiones y el placer, es mostrarlos a partir de la coexistencia de valores de género tradicionales con experiencias y opiniones disidentes ante éstos. Considera-

mos *tradicionales* a tres fenómenos que reflejan una concepción asimétrica de las relaciones de género, así como a nociones de sexualidad y normatividades para la actividad sexual rígidamente diferenciadas para varones y mujeres.

En primer lugar, que todas las mujeres que han tenido relaciones sexuales destaquen que lo que más les gusta es el cariño y el amor por y del compañero y su expresión en el encuentro sexual –además de mencionar al amor como motivo de su iniciación–, muestra que estas adolescentes no pueden o no quieren separar sus relaciones sexuales de sentimientos amorosos. La explicación del debut por amor y estas preferencias sentimentales conforman un discurso romántico tan monolítico entre las mujeres que lleva a preguntarnos en qué medida alguna adolescente podría presentar a sus relaciones como motivadas por la curiosidad erótica u orientadas hacia el placer físico –como hacen a menudo los varones–, sin recibir una sanción social.

En segundo lugar, en un sentido opuesto a estas predilecciones románticas se encuentra la preferencia de los varones por la experimentación de prácticas genitales, no expresada por ninguna mujer. Esta valoración refleja la influencia de la pornografía y forma parte de un guión heterosexual tradicional, según el cual el varón debe tomar la iniciativa ante las mujeres, estar siempre dispuesto sexualmente y aprovechar cada encuentro como una instancia de aprendizaje erótico. Dichas expectativas se refuerzan en sus interacciones con pares y operan en las presiones para tener relaciones, lo que nos conduce al último fenómeno tradicional.

Las interacciones coercitivas son favorecidas por los papeles esperados para varones y mujeres en las relaciones sexuales. La disponibilidad permanente y la iniciativa masculinas suponen a un varón sexualmente activo, guiado por impulsos intrínsecos a su naturaleza. Por el contrario, al papel femenino subyace una concepción de mujer incapaz de expresar su deseo sexual, porque es más moderado, por timidez o por temor al desprestigio. Estos papeles de género pueden llevar a comportamientos coercitivos, con el agravante de que no sean percibidos como tales: lo que Eugenia sintió como una presión de su compañero para tener relaciones, él puede haberlo considerado parte de su responsabilidad de llevar la iniciativa sexual e interpretar la resistencia de Eugenia como esperable dentro del juego de seducción. Los papeles esperados también ayudan a entender la presión a Pablo para debutar sexualmente: las burlas, incitación y vigilancia de sus pares apuntan a que tenga relaciones, cumpliendo así con la prescripción de disponibilidad sexual y reafirmando su masculinidad y heterosexualidad.

¿Qué nos enseñan estos fenómenos tradicionales –y los abordados en los capítulos previos– sobre las jerarquías sexuales entre adolescentes? Que el amor y la edad son los principales vectores de legitimidad de la actividad sexual de mujeres y de varones, respectivamente. Es decir, son los criterios que permiten jerarquizar ciertos sujetos (y, por definición, desvalorizar a otros), según la legitimidad de sus actividades sexuales. Entre las chicas, el amor justifica una experiencia sexual, como muestran su apreciación del noviazgo como escenario de iniciación, los esfuerzos de quienes

no lo hicieron con un novio para explicar su primera vez "porque estaban enamoradas" y que todas señalen al amor como motivo de su debut. La prescripción para las mujeres sería "hacelo por o con amor", un imperativo que no enfrentan los varones. Entre ellos, en cambio, la edad socialmente deseable de iniciación (a los 15 años) es la que distingue situaciones legítimas e ilegítimas. Esta expectativa se manifiesta en el tipo de explicaciones de quienes aún no tuvieron relaciones (algo que ningún varón atribuye a una decisión propia) y en las presiones a Pablo para que debute al haber pasado los 15 años. La prescripción para los varones sería "hacelo para los 15 años", un imperativo que no enfrentan las mujeres, cuyo calendario social de iniciación no es tan estricto.

Estos mandatos de género contrapuestos permiten entender que los varones deban argumentar por qué no tuvieron relaciones sexuales, mientras que, por el contrario, las mujeres deban justificar por qué sí las tuvieron. También ayudan a comprender sus silencios sobre las actividades autoeróticas (como mirar pornografía o masturbarse), actividades inaceptables para las mujeres, pues por definición están despojadas de un correlato afectivo, y subestimadas para los varones a partir de cierta edad, por suponer que sólo apelan a ellas quienes no consiguen tener relaciones sexuales.

Ahora bien, estas expectativas tradicionales entran en tensión con algunas experiencias y opiniones de estas mismas mujeres y varones adolescentes. La primera es que a un grupo de varones lo que más le gusta de tener relaciones sexuales es el vínculo afectivo con sus parejas, que las relaciones fortalezcan ese vínculo y expresar sentimientos amorosos en el encuentro sexual. Si le sumamos que para otros entrevistados el cariño por la compañera fue –combinado con el deseo erótico– un motivo de su debut, podemos conjeturar una incipiente sentimentalización de la sexualidad masculina en algunos adolescentes, que supone una resistencia a los mandatos masculinos de ocultar los sentimientos amorosos. ¿Cómo se explica este fenómeno? Por un lado, porque una proporción importante de adolescentes tiene relaciones sexuales con novias, lo que les permite fusionar su actividad sexual con un registro amoroso: en sus relaciones sexuales combinan afecto y deseo por su pareja, a diferencia de quienes las tienen con transas o, como registran otros estudios, con trabajadoras sexuales. Por otro lado, cabe pensar en la influencia de los valores y preferencias románticas de sus amigas, compañeras y parejas: ¿no resultaría incluso conveniente en términos de seducción mostrar un lado romántico y sensible? Finalmente, también incide el avance de un ideal de género más igualitario, que ofrece resquicios a los adolescentes ante las expectativas tradicionales. Reconocer una dimensión amorosa como razón y predilección de sus relaciones sexuales contradice una cultura machista que históricamente ha negado a los varones la expresión pública de su afectividad y sensibilidad, pero que hoy parece devaluada en términos discursivos y con menos jóvenes que la defiendan entre las nuevas generaciones.

Segundo, que a estas mujeres lo que más les guste de sus encuentros sexuales sean los aspectos románticos, no significa que desestimen lo físicamente placentero:



algunas hablan con sus novios o amigas sobre qué prácticas sexuales disfrutan y acerca de los orgasmos. Aunque su énfasis en los sentimientos amorosos muestra cómo los modelos dominantes de feminidad marcan una subordinación de la sexualidad a la afectividad (Heilborn *et al.*, 2006: 211), esto coexiste con el interés de las adolescentes por el placer físico en su actividad sexual, algo que están dispuestas a reconocer ante terceros (como la entrevistadora).

Por último, ciertas experiencias trastocan los papeles esperados para la iniciación sexual. Al explicar que debutó por la presión de sus pares, Pablo cuestiona la supuesta voluntad constante de los varones de tener relaciones: su iniciación no es motivada por un deseo intrínseco a su naturaleza, sino por un grupo de amigos que lo incita y vigila para que lo haga. A su vez, que algunas mujeres y varones hayan tomado la iniciativa para tener relaciones de manera conjunta disuelve una separación clara entre iniciativa masculina y consentimiento femenino y denota cierta adhesión a un modelo más igualitario de interacción sexual.

Estas experiencias que resisten sus jerarquías sexuales se inscriben en un proceso de modernización de la sexualidad, que definimos como orientado hacia la secularización de los valores sexuales, la flexibilización de las normas de género, una mayor igualdad en las relaciones sociales e interacciones sexuales, una individualización de los comportamientos y una creciente reflexividad del sujeto. Esta modernización es parcial, pues permanecen valores y relaciones de género asimétricas entre estos varones y mujeres. En el siguiente capítulo abordamos una dinámica que refuerza dicha asimetría: los diálogos con sus padres y madres sobre sexualidad.



## Capítulo 5

### Padres, madres y preocupaciones sobre las relaciones sexuales

*El debut sexual, la pregunta que más se hace en Google.* Cómo se hace el amor por primera vez es la duda más repetida entre los usuarios del buscador. "El hecho que los jóvenes se dirijan a Internet es una señal de la ausencia de otros interlocutores, no virtuales, a quienes poder hacer las preguntas importantes", indicó el psiquiatra Stefano Pallanti. (Diario *Clarín*, 13/03/2010)

En teoría, si los hijos se mandan una cagada los viejos no les pueden decir nada, porque ellos no les informaron. (Emiliano, 18 años)

Los diálogos con padres y madres sobre sexualidad pueden ser frecuentes, esporádicos o, incluso, reemplazarse por silencios premeditados. Son liberadores, prohibitivos o atemorizantes. Pero jamás son irrelevantes para un adolescente.

Este capítulo explora las charlas y silencios sobre sexualidad de adolescentes con sus padres y madres. Partimos de la hipótesis de que se trata de una dinámica central en la producción de desigualdades de género. Para desarrollarla analizamos los consejos a hijos e hijas y cómo influyen en la configuración de distintas jerarquías de comportamientos y de preocupaciones en las relaciones sexuales para varones y mujeres.<sup>27</sup>

¿Cómo interpretamos esta interacción entre adolescentes y sus padres<sup>28</sup>? Como parte de un proceso de aprendizaje sexual, del que ya abordamos otras instancias (como el consumo de pornografía). Nos referimos a una socialización que va desde el nacimiento hasta la muerte, en la que los sujetos adquieren patrones sexuales (como papeles de género y rituales de interacción) propios de la cultura en la que se

---

27. En la tesis doctoral indagamos las influencias –comparativamente menores– de los diálogos sobre sexualidad con otros adultos, como docentes y figuras religiosas (Jones, 2008).

28. Para facilitar la lectura usamos la expresión "padres" para referir a padres y madres cuando la distinción entre ambos no es analíticamente relevante. De aludir sólo a padres varones, así lo indicamos cuando sea preciso.

insertan. Esto contradice la noción de instinto y de pulsión sexual –tan arraigadas en el sentido común y en tradiciones científicas como la biología y el psicoanálisis–, es decir, se opone a una concepción de la sexualidad como algo natural o innato. Lejos de ser una transmisión unidireccional de normas y valores, este aprendizaje se da mediante una interacción asimétrica pero no exenta de resistencias y adaptaciones de sus participantes. El aprendizaje sexual es, a su vez, parte de la socialización de género y está atravesado por relaciones de género, entendidas como relaciones sociales de poder basadas en las diferencias que distinguirían los sexos “biológicos” (Scott, 1996).<sup>29</sup>

En este proceso, ¿con quiénes hablan de sexualidad las y los adolescentes y con quiénes no? Luego de las amistades de su misma edad, para estas mujeres la madre es su segunda interlocutora más frecuente en temas de sexualidad y para los varones es el padre y los padres (padre y madre, ya sea juntos o por separado). Dos tercios de las mujeres no hablan con su padre de ninguna cuestión de sexualidad, frente a una mayor proporción de varones que sí lo hace con su madre.

De qué y cómo hablan con sus padres es lo que analizamos en este capítulo, lo que nos permite echar una mirada al tipo de educación sexual –en un sentido amplio de la expresión– que reciben las y los adolescentes en sus hogares, una cuestión relevante a la luz de los recurrentes debates públicos sobre el tema.<sup>30</sup>

Para dar cuenta de los diferentes patrones de diálogo de los adultos con sus hijas e hijos, en los primeros apartados desarrollamos dos categorías: para las mujeres *control parental de la sexualidad femenina adolescente*, y para los varones *omnipresencia material y discursiva del preservativo*. En términos metodológicos, reconstruimos la interacción entre adultos y adolescentes tal como la presentan estos últimos en las entrevistas. Sus padres nacieron entre comienzos de la década de 1950 (los mayores) e inicios de la de 1970 (los menores) en Trelew –o vinieron a la ciudad hace 15 años o más–, en términos socioeconómicos pertenecen a clases medias y cuentan con niveles de educación formal y empleos muy variables entre sí.<sup>31</sup>

---

29. Para una mirada crítica sobre la distinción entre “sexo” (como biológico) y “género” (como social), ver los trabajos de Laqueur (1994) y Butler (2001).

30. Estos debates sobre la educación sexual se han intensificado en Argentina en la primera década de 2000, al discutirse proyectos de ley sobre educación sexual escolar y la implementación de la Ley Nacional N° 26.150 del Programa de Educación Sexual Integral, aprobada en octubre de 2006. Básicamente se han enfrentado quienes sostienen que el Estado tiene que definir los contenidos y brindar esta enseñanza a través de las escuelas, para garantizar el derecho a la salud y la educación de los adolescentes, y quienes afirman que la educación sexual es una facultad de la patria potestad, por lo que los padres son los encargados de esta enseñanza y/o de elegir sus contenidos, posición promovida por la jerarquía de la Iglesia Católica.

31. En el capítulo no los distinguimos según estas dimensiones, porque no hallamos ninguna diferencia relevante en los fenómenos analizados.

En el tercer apartado explicamos cómo la sexualidad se ha convertido crecientemente en un tema de conversación entre adolescentes y sus padres y, en particular, por qué predominan los consejos sobre métodos preventivos del VIH/Sida y anticonceptivos. Concluimos el capítulo reflexionando sobre de qué manera las diferentes recomendaciones a varones y mujeres se reflejan en aquello que más les preocupa de tener relaciones sexuales: la falla del preservativo a ellos y el quedar embarazada a ellas.

## 1. El control parental de la sexualidad femenina adolescente

### Cuando la prevención médica también es moral

Las charlas sobre sexualidad entre las mujeres y sus padres se centran en "cuidarse" de embarazos y "enfermedades" y, en menor medida, en las experiencias sexuales de estas jóvenes.<sup>32</sup> El discurso de los adultos combina registros médicos y morales. Con *registro médico* nos referimos a sugerencias e informaciones que presentan como fuente y base de autoridad a un saber biomédico. Por *registro moral* entendemos un conjunto de valores y de reglas de acción que se proponen a los sujetos por medio de diversos aparatos prescriptivos, como la familia. Estos valores y reglas suelen transmitirse de manera difusa y, "lejos de formar un conjunto sistemático, constituyen un juego complejo de elementos que se compensan, se corrigen, se anulan en ciertos puntos, permitiendo así compromisos o escapatorias" (Foucault, 2003: 26).

Mariela, Maite y Julia revelan cómo se articulan ambos registros en los consejos de sus padres:

**Mariela:** En un tiempo mi mamá me hablaba de esas cosas [de sexualidad]. Me prevenía.

**Entrevistadora:** ¿Qué te decía tu mamá? ¿De qué hablabas con ella?

**Mariela:** De las maneras anticonceptivas para cuidarte, del hacerlo por amor... Y después, de no regalarte al primero que se te cruza... El hecho de no tener sexo enseguida... Como que lo hacés y te abriste de gambas [piernas] y nada más. (Mariela, 17 años, se inició sexualmente a los 15 con un novio).

Para orientarla moralmente, la madre de Mariela le plantea cuatro máximas: "no regalarte al primero que se te cruza", "no tener sexo enseguida", no "abrirte de gambas y nada más" y "hacerlo por amor". Estos consejos –mezclados con aquellos sobre anticonceptivos– apuntan a que evite las relaciones sexuales con parejas ocasionales y aquellas motivadas sólo por las ganas, comportamientos desvalorizados según

---

32. Las expresiones entrecomilladas son textuales de las entrevistas. Aunque usan "enfermedades" y "contagio", para las situaciones a las que refieren los términos adecuados serían Infecciones de Transmisión Sexual y transmisión.

indica el tipo de expresiones usadas. "Regalarte al primero que se te cruza" implica otorgarse tan poco valor a sí misma como mujer que –siguiendo la metáfora comercial– se entregaría a cualquier hombre, que no paga ningún *precio* por tener relaciones sexuales con ella (como sería el estar de novios). Estrechamente ligado, "abrirte de gambas<sup>33</sup> [piernas] y nada más" significa aceptar tener sexo sin que haya una dimensión afectiva que exceda al mero interés sexual y, por ende, justifique el encuentro para una mujer. La distinción respecto de "hacerlo por amor" muestra cómo, para su madre, este sentimiento legitimaría las relaciones sexuales de una adolescente, y no así su deseo o placer erótico.

En las charlas con Maite, su padre (ginecólogo y obstetra) también articula los registros médico y moral al explicarle que el mejor método para "cuidarse" de embarazos e Infecciones de Transmisión Sexual (ITS) es la abstinencia, una observación correcta en términos de efectividad, pero que supone no tener relaciones sexuales:

**Maite:** A mí mis padres me explicaron todos los métodos y me dijeron que la abstinencia era el mejor método. O sea, yo tengo 17 años y todavía no me siento lista. Y tampoco tuve nunca una pareja estable más de dos meses. [...]

**Entrevistadora:** Y con tu papá por ejemplo, ¿qué hablas?

**Maite:** Los métodos de cómo cuidarse, todo eso. Mi papá me dio una charla más médico. Me dijo con los métodos cómo cuidarte, que mantenga pareja estable y eso.

(Maite, 17 años, no se inició sexualmente).

Su padre combina ambos registros pues, al darle "una charla más [como] médico" (apelando a la autoridad que le brinda ese saber), le recomienda la abstinencia y que conserve una pareja estable, lo que en la adolescencia es sinónimo de noviazgo –como vimos en el capítulo 3–. En principio, estos consejos parecen contradictorios: ¿para qué Maite debería mantener una pareja si precisamente su continuidad temporal aumenta las posibilidades de que tenga relaciones? Sin embargo, podemos sintetizarlos en una misma orientación normativa de estos adultos hacia sus hijas, que jerarquiza ciertos comportamientos en detrimento de otros: "en lo posible no tengas relaciones sexuales durante tu adolescencia pero, en caso de tenerlas, que sea con un novio, por amor y utilizando algún método de prevención del embarazo y las enfermedades". El planteo de Maite repite el argumento de sus padres: optó por la abstinencia porque aún no se siente preparada para tener relaciones sexuales y no ha tenido una pareja estable más de dos meses, es decir que presenta a este tipo de vínculo y esa duración como condiciones necesarias para hacerlo.

---

33. Una expresión vulgar sobre la disposición corporal femenina para tener relaciones sexuales, que enfatiza negativamente el hecho de que es penetrada.

Su testimonio nos lleva a introducir dos observaciones para matizar nuestra interpretación. Primero, no todos los padres tienen tanto éxito como el de Maite: varias entrevistadas trasgreden las normas transmitidas, al tener relaciones pese al consejo de abstinencia o hacerlo con compañeros que no eran novios. En ambos casos, lo ocultan a sus padres para evitar recriminaciones y castigos. Segundo, como sugerimos en capítulos previos, los comportamientos que se adecuan tan perfectamente a las prescripciones de adultos (como el de Maite) nos hacen preguntarnos cuánto hay de respuesta socialmente esperada (lo que imaginan que un adulto querría oír en una entrevista) o de uso estratégico del argumento ajeno (resulta creíble que una mujer diga "no tengo relaciones porque decidí no hacerlo" y parece más conveniente para sí misma que decir "no tengo relaciones porque nadie me lo propuso", pues esto significaría que no es muy valorada sexualmente).

También articulan registros médicos y morales los padres de Julia, que hablan de sexualidad con sus hermanos (de 17 y 18 años) y con ella:

Mi mamá siempre habla con mis hermanos. Les dice que cuando ellos tengan una relación sexual que se cuiden porque pueden traer enfermedades o pueden dejar embarazada a una chica y capaz que ellos no quieren dejarla embarazada. Cuando ellas... cuando ellos quieran tener un hijo que ahí sí no se pongan condón. [...] Mi papá siempre me dice que si en algún momento yo estoy con un novio "y sienten ganas", pero porque lo quiero [a él]... Que me cuide, que tenga en cuenta todas las enfermedades que me puedo traer, y no quedar embarazada. (Julia, 15 años, no se inició sexualmente).

Es interesante subrayar que el punto de partida común de estos adultos es la presunción de heterosexualidad de sus hijos e hijas, plasmada en consejos que siempre colocan como pareja a una persona del género opuesto o se centran en la anticoncepción. Esta presunción refuerza la heterosexualidad como modelo esperable y deseable, pues al naturalizar las prácticas heterosexuales las constituye como las únicas posibles, aceptables y/o valiosas. Sus consejos no contemplan que podría ser de otro modo.

Aunque los dos diálogos que describe Julia comparten esta presunción y giran sobre los mismos temas, hay diferencias significativas. Con ella, su padre refiere elípticamente a las relaciones sexuales (sin mencionarlas) y plantea con quién y por qué motivo debería tenerlas: las "ganas" de Julia (su deseo sexual) deben subordinarse al amor por el novio. Además, no le señala métodos de prevención, sino sólo que se "cuide". En cambio, con los hermanos varones de Julia su madre habla simplemente de una "chica" como pareja y les indica el preservativo. Esto muestra cómo varían los consejos según sea un hijo o una hija, estableciendo requisitos más estrictos para la actividad sexual de las mujeres: el compañero debe ser un novio

y la motivación el amor. ¿Qué escenarios culturales subyacen a estos consejos? El modelo del amor romántico y el modelo familiar de la domesticidad.

El modelo del amor romántico –desde sus orígenes en Europa a fines del siglo XVIII y en su expansión en Argentina a lo largo del siglo XX– es visto como definitorio de la sexualidad femenina: el afecto por la pareja predomina sobre el ardor sexual y, así, valida las relaciones sexuales de las mujeres. Este modelo subordina la actividad sexual al compromiso afectivo, en tanto es motivada por amor y/o para profundizar un vínculo sentimental (como puede ser un noviazgo).

El modelo de la domesticidad se basa en una doble moral sexual, por la cual existen reglas de conducta diferente para cada género, y restringe el abordaje de la sexualidad por fuera de la pareja sólo a determinado tipo de discursos (entre ellos, los morales y los médicos). Este modelo exalta el amor por la pareja, demarca un único espacio legítimo para la sexualidad (el matrimonio) y promueve una familia reducida. En Argentina, se consolida como norma social entre la década de 1930 y la de 1950, pero en los sesenta empieza a cuestionarse a partir del reconocimiento de que existían distintas formas de vivir las relaciones de pareja (Cosse, 2008: 36-44).

Sin embargo, hasta la actualidad, en vastos sectores sociales el modelo de la domesticidad sigue siendo un imaginario poderoso, como ideal familiar al que aspirarían sobre todo las clases medias urbanas. De hecho, aunque la experiencia vital de los padres de muchas mujeres entrevistadas se aparta de este modelo, algunos de sus valores emergen al aconsejarlas sobre sexualidad. La importancia del amor por el compañero sexual, la idea de una pareja estable como marco legítimo para la actividad sexual femenina (otro el matrimonio, aquí el noviazgo) e, incluso, el énfasis en la anticoncepción, sugieren que ciertos valores del modelo de domesticidad, si bien adaptados, persisten en estos diálogos. Aunque estos adultos posiblemente sepan que este modelo familiar ha perdido parte de su vigencia en Argentina, tal vez crean que por allí sus hijas encontrarán la felicidad en el presente y en el futuro (amor, pareja estable, pocos hijos y más adelante).

Por otra parte, retomando el testimonio de Julia, que el padre no le señale métodos específicos de prevención revela un carácter más elíptico de las recomendaciones de adultos a sus hijas mujeres, que también registran otros trabajos sobre adolescentes en América Latina (Cáceres, 2000: 38; Valdés, 2005: 334). Paradójicamente, la falta de un ofrecimiento de métodos concretos en varias de estas conversaciones sobre sexualidad, coexiste con las persistentes advertencias a sus hijas sobre el riesgo de quedar embarazadas.

Algunos padres les presentan un encadenamiento automático entre el inicio de las relaciones sexuales, el embarazo, la maternidad (no mencionan la opción de abortar) y un derrumbe del proyecto de vida. Esta secuencia retoma la concepción de que el embarazo en la adolescencia es esencialmente un problema que perturba el curso de vida, difundida en América Latina por los servicios educativos y sanitarios y los medios de comunicación (Knauth *et al.*, 2006: 303; Villa, 2007: 50). Estas mujeres



quieren terminar la secundaria e ir a la universidad, para lo que creen condición necesaria no tener hijos. En las jóvenes de Trelew, se da la particularidad de que para acceder a gran parte de las carreras universitarias deben emigrar a ciudades lejanas con mayor oferta educativa, y el embarazo y la maternidad son vistos como obstáculos insalvables para hacerlo.

En este entramado de expectativas y asociaciones, algunos adultos intentan disuadir a sus hijas de tener relaciones sexuales en la adolescencia, mediante argumentos presuntamente médicos que velan el carácter moral del consejo. Un ejemplo paradigmático es la recomendación de abstinencia del padre a Maite, a la sazón de profesión médico. La articulación entre registros morales y médicos es intrínseca a un dispositivo de control social de la sexualidad que excede a la familia, al operar a través de múltiples instituciones y dinámicas sociales (Foucault, 2000b). En Argentina, desde fines del siglo XIX, la iniciativa para juzgar la sexualidad pasó de las iglesias a los encargados de la higiene social y mental, sobre todo médicos (Salessi, 1995). Ésta es una revolución inconclusa, pues en sexualidad los asuntos morales y médicos siguen estando estrechamente vinculados (Weeks, 1998: 94).

Otras charlas de las adolescentes con sus madres surgen de la iniciativa de las primeras de contar que han tenido relaciones sexuales:

**Luciana:** Mi mamá sabe que tengo relaciones, [pero] de eso nunca hablé mucho con ella.

**Entrevistadora:** ¿Qué te decía tu mamá?

**Luciana:** Cuando le conté que tenía relaciones no le gustó demasiado. Creo que esperaba que no las tuviera.

**Entrevistadora:** ¿Y vos qué pensás?

**Luciana:** ¡Qué pensamiento retrógrado! La verdad es que me molestó bastante porque yo fui a contárselo, me parecía que era algo que me gustaría compartir. De hecho me gustaría que mis hijos me lo contaran. Y esperaba que le pareciera mejor. Tampoco que me haga una fiesta.

**Entrevistadora:** ¿Qué te dijo?

**Luciana:** Me dijo: "Yo no quería, yo no esperaba que vos tuvieras relaciones ya. ¿Se cuidan?". Yo se lo quería contar y esperaba que [diga]: "¡Qué bueno que me contaste! Sabés que a mí... Vos sabés que...". Y bueno, pero nada de eso pasó.

**Entrevistadora:** ¿Y no hablaron más del tema?

**Luciana:** No. Ahora estoy yendo a la doctora para ver si tomo anticonceptivos. (Luciana, 17 años, se inició sexualmente a los 16).

Luciana le dijo a la madre que tenía relaciones con el novio, con quien debutó. Esperaba que se alegrara por habérselo contado por su voluntad y que, en consecuencia, compartiera una experiencia propia. Nada de eso sucedió: la madre se disgustó y sólo preguntó si se cuidaban, una reacción atravesada por los registros moral y

médico. En la frase "Yo no quería, yo no esperaba que vos tuvieras relaciones ya", el "ya" refiere a la edad de Luciana y juzga precoces las relaciones sexuales a esta edad, es decir, inadecuadas por ser prematuras. La noción de precocidad sexual (qué se considera precoz) es relativa a una generación dada en un contexto determinado, y nunca es neutral en términos de género. ¿Cómo interpretar, entonces, este disgusto de la madre de Luciana? Por un lado, reflejaría una actitud propia de un modelo de madre o padre que tiene entre sus objetivos demorar las relaciones sexuales de las hijas adolescentes en pos de evitar el riesgo de un embarazo en esta etapa de la vida (de ahí su inmediato y único interés sobre si usa anticonceptivos). Por otro lado, el disgusto de su madre también manifestaría un cambio entre ambas generaciones en la legitimidad de las relaciones sexuales para las mujeres durante la adolescencia. Si bien las investigaciones en Argentina registran que desde los años sesenta comienza una mayor aceptación social de las relaciones prematrimoniales en sectores medios urbanos, este proceso sólo se ha estudiado para la Ciudad de Buenos Aires (Cosse, 2008) y poco se sabe de su impacto y temporalidad en las ciudades del interior alejadas de las grandes urbes. Las percepciones de muchas entrevistadas sugieren que sus padres, pese a haber vivido su juventud entre fines de los sesenta (los mayores) y mediados de los ochenta (los menores), no están totalmente de acuerdo (y en varios casos nada de acuerdo) con que sus hijas adolescentes tengan relaciones sexuales. Al percibirlo como prácticamente inevitable, estos adultos optan por establecer requisitos para dicha actividad sexual.

La situación que narra Luciana muestra un choque de expectativas, pues su esperanza de que la madre se alegre por la confianza depositada y comparta su propia experiencia se topa con una recriminación y una escueta pregunta sobre anticoncepción. Esto lleva a que Luciana no le vuelva a hablar de sexualidad y a que no comente nada a su padre.

A modo de síntesis construimos la categoría *control parental de la sexualidad femenina adolescente* para dar cuenta de los contenidos y dinámicas de las charlas sobre sexualidad de estas mujeres con sus padres. Se trata de una regulación y sanción de la actividad sexual de las adolescentes a través de consejos, restricciones y recriminaciones que, articulando registros médicos y morales, establecen orientaciones normativas sobre comportamientos legítimos e ilegítimos. Dichas orientaciones también guían a las jóvenes sobre las posibilidades de diálogo con sus padres: de qué pueden hablar y de qué no, lo que nos lleva a los silencios.

### **Silencios que importan: la negación como ignorancia y prohibición**

Estas adolescentes opinan que los silencios sobre sexualidad de los adultos ante las hijas apuntan a negar su actividad sexual, en el sentido de ignorar o prohibir. La negación como ignorancia significa que cuando las chicas comienzan con inquietudes sobre sexualidad y, sobre todo, a tener relaciones sexuales, sus padres no les hablan al

respecto porque supuestamente desconocen estas vivencias. Decimos supuestamente porque este desconocimiento sería una mezcla de no saber que sus hijas tienen relaciones y no querer que las tengan en la adolescencia:

**Entrevistadora:** ¿Y con quién nunca hablaste de sexualidad?

**Belén:** Con mi mamá.

**Entrevistadora:** ¿Por qué?

**Belén:** Me da vergüenza.

**Entrevistadora:** ¿Y ella nunca te habló?

**Belén:** No. Pienso que también le debe preocupar que... "Mirá, ya está creciendo y...".

**Entrevistadora:** ¿Y con tu papá?

**Belén:** (riéndose) No, él no. Él siempre cree que soy una nena, piensa que soy una nena. Dice: "Mi nena" y nada más... ya no quiere que crezca.

(Belén, 19 años, se inició sexualmente a los 19).

Mientras que Belén sospecha que, al estar ella creciendo, su silenciosa madre debe estar preocupada por su sexualidad, el padre ejemplifica la combinación entre no saber y no querer que su hija adolescente tenga relaciones sexuales: no hablaría con Belén del tema tanto porque cree que es una "nena" y como tal no tendría relaciones, como porque no quiere que su hija crezca y efectivamente las tenga.

Otros testimonios ilustran la articulación entre la negación como ignorancia y como prohibición: los adultos ignoran todo el tiempo posible que sus hijas tienen relaciones hasta que, cuando lo sospechan fuertemente o se enteran, empiezan los reproches y prohibiciones. Aquí también se da el *control parental de la sexualidad femenina adolescente*, ya no bajo la forma de consejos sino a través de vigilancia y límites a sus actividades:

**Entrevistadora:** ¿Con quiénes es poco frecuente hablar de sexualidad?

**Cecilia:** Y... con los padres generalmente.

**Entrevistadora:** ¿Y a qué lo atribuí?

**Cecilia:** Muchos padres viven la sexualidad de los hijos como algo que es de ellos, o como algo que todavía no existe para algunos o que no debería existir para otros. Entonces, ante la posibilidad de encontrar una respuesta negativa, es preferible no contarle. Ésa es la actitud que se toma generalmente. Porque algunos padres se desilusionan o después están controlando todo el tiempo, y el chico... generalmente en el caso de las mujeres, si vas a salir a bailar, ya es toda una historia, porque atrás de eso imaginan un montón de cosas. Como que pueden esperar cualquier cosa de vos.

**Entrevistadora:** ¿Más en las mujeres que en los varones o es igual?

**Cecilia:** En general más en las mujeres que en los varones. Los padres de los varones suelen ser más piolas, lo tienen más aceptado y algunos hasta prefieren abrirles las puertas de la casa con tal de que no se vayan a otro lado. En las mujeres se vive como más escondido eso.  
(Cecilia, 17 años).

Algunas chicas preferirían no contar de sus relaciones sexuales a los padres por miedo a desilusionarlos o que las empiecen a controlar. La experiencia negativa de Luciana con su madre muestra que dicha desilusión no es una fantasía infundada de las jóvenes. Por otra parte, la noticia de que una adolescente ya tiene relaciones la colocaría bajo sospecha y activaría la vigilancia de sus padres, por ejemplo, al salir a bailar. Mientras que ante los hijos varones los adultos serían más abiertos, incluso ofreciendo la casa familiar para tener relaciones, las mujeres vivirían su sexualidad más clandestinamente, por temor a que sus padres controlen sus rutinas.

## 2. La omnipresencia material y discursiva del preservativo

Los diálogos sobre sexualidad de los varones con sus padres se centran en el preservativo y, en menor medida, en sus experiencias sexuales. El primer tipo de charlas presenta una secuencia común: el padre o la madre aconseja al adolescente sobre el uso de preservativos y acompaña el consejo entregándoselos o dándole dinero expresamente destinado a su compra.

**Entrevistador:** ¿Y cómo es que vos tenías forros [preservativos]? ¿Siempre andás con forros?

**Martín:** Sí, porque mi viejo [padre] me compró.

**Entrevistador:** ¿Cuando empezaste a andar con esta chica o antes?

**Martín:** Antes, antes. "Por las dudas", me dijo. Porque ya me había dado indicaciones de un montón de cosas, después me los compró y cuando tuve la posibilidad los usé.

(Martín, 18 años, se inició sexualmente a los 15).

Muchos de estos varones han recibido preservativos o dinero para comprarlos. Generalmente el padre se los da con bastante anterioridad a su eventual uso, desde que empiezan a salir a bailar a la noche, a los 14 años. En términos preventivos, esta entrega tiene dos tipos de efectos: uno práctico, porque los jóvenes disponen de preservativos para cuando se presente la ocasión de utilizarlos (como hicieron varios en el debut y/o encuentros posteriores); y otro simbólico, pues al proveerlos refuerzan el consejo con una dimensión material. Al terminar la charla con su padre el adolescente cuenta con preservativos e información sobre cómo usarlos, lo que

contrasta con la experiencia de las mujeres que a veces sólo reciben el genérico "cuidate", sin recomendarles o facilitarles métodos concretos.

Sin embargo, los efectos simbólicos de esta secuencia no acaban ahí: la entrega de profilácticos legitima desde y ante los padres que su hijo tenga relaciones.<sup>34</sup> La orientación normativa de los adultos hacia sus hijos varones rezaría: "podés tener relaciones sexuales durante tu adolescencia siempre y cuando uses preservativo". A diferencia de los consejos a las mujeres, a ellos no les plantean requisitos sobre la clase de vínculo con la compañera sexual y la motivación para tener relaciones. Pero igualmente ponen en juego un mensaje moral: presuponen que estos adolescentes ya tienen relaciones o las tendrán en breve y, al entregarles preservativos, tácitamente las aprueban. Este gesto puede interpretarse no sólo como un reconocimiento positivo de la actividad sexual de los varones, sino también como una señal de que ya están en edad de debutar sexualmente: si no considerasen esperable que tengan relaciones, ¿para qué les darían preservativos? La orientación normativa hacia los varones se da en un sentido inverso al *control parental de la sexualidad femenina adolescente*, que indica que en lo posible las mujeres no deberían tener relaciones sexuales en la adolescencia o, en caso de hacerlo, las condicionan a un tipo de pareja y de motivo.

Estas charlas sobre el preservativo entre padres e hijos pueden dar pie a otras centradas en sus experiencias sexuales:

**Entrevistador:** ¿Y alguna vez tus papás te dijeron algo sobre el tema de las minas [chicas]?

**Emiliano:** Siempre me dijeron que tenía que tener el famoso preservativo en la billetera. Porque en un boliche [discoteca] nunca sabés qué pasa. Y por más que vos sepas que con una mina estás hace un mes, no sabés si tiene algo, entonces por las dudas a mí siempre me dijeron: "Vos siempre llevalo, es mejor prevenir".

**Entrevistador:** ¿Y eso te lo dijeron desde qué edad?

**Emiliano:** Desde los 14. Es que yo a los 14 ya empecé a estar [de novio] con una piba. [...]

**Entrevistador:** ¿Y cómo era el tema? ¿Ellos te compraban preservativos?

**Emiliano:** No, me daban plata. Si necesitaba plata para preservativos siempre iba, pedía y me daban. [...]

**Entrevistador:** ¿Y cuando empezaste a tener relaciones le comentaste algo a tus viejos?

**Emiliano:** Yo les dije: "Bueno, hoy les tengo que decir algo". Los senté a los dos y les dije: "Ya tuve mi primera relación, me cuidé, la pasé re bien". Se cagaban

---

34. Un reconocimiento similar se daría cuando la madre acompaña a una hija adolescente a la ginecóloga para que le prescriba píldoras anticonceptivas y/o se las compra –relatado por dos entrevistadas–, pero esto recién sucede luego de que se entera que ya tiene relaciones sexuales. Ninguna mujer recibió preservativos de su madre o padre.

de risa. Así que todo bien, estaban contentos de que me haya cuidado. No me decían nada referido a la edad.

(Emiliano, 18 años, se inició sexualmente a los 14).

Como Luciana, Emiliano les dijo a sus padres que había tenido relaciones sexuales. El contraste entre ambas experiencias ilumina diferencias significativas entre mujeres y varones sobre estos diálogos. Mientras que Emiliano cuenta su debut al padre y la madre juntos, diciéndoles que se cuidó y la pasó muy bien, Luciana se dirige sólo a su madre, refiere a los cuidados por una pregunta de ella y no señala haberlo disfrutado. ¿Qué posibilidad tenía Luciana de contar al padre su iniciación sexual, cuando dos terceras partes de las entrevistadas no hablan con su padre de ningún tema de sexualidad y quienes lo hacen se centran en los cuidados? Por el contrario, varios varones perciben una actitud complementaria del padre y la madre, quienes se muestran interesados y predispuestos para charlar con ellos de sexualidad, juntos o por separado.<sup>35</sup> De hecho, que Emiliano les indique espontáneamente haberse cuidado puede ser por la insistencia previa de sus padres sobre el preservativo.

Entre ambas experiencias hay otras dos diferencias. La reacción negativa de la madre de Luciana contrasta con la alegría de los padres de Emiliano, que él atribuye a que haya usado preservativo. La ausencia de recriminaciones por su edad, que percibe el propio Emiliano, se contraponen al reproche a Luciana, de quien su madre "no esperaba que tuviera relaciones ya", otro ejemplo de las expectativas desiguales de los padres sobre la actividad sexual de hijos e hijas, aún más evidente porque Luciana debutó a los 16 años y Emiliano a los 14. La reacción de los padres de él es coherente con sus actitudes previas: desde el momento en que le insisten para que use preservativo, admiten la posibilidad de que tenga relaciones sexuales y, consecuentes con dicha perspectiva, se alegran porque se cuidó en su primera vez.

A modo de síntesis construimos la categoría *omnipresencia material y discursiva del preservativo* para iluminar los contenidos y dinámicas de las charlas sobre sexualidad de los varones con sus padres. El preservativo ocupa un lugar central en esta interacción, tanto al aconsejar su uso como al entregar algunos o dinero para comprarlos. Estas acciones suponen un reconocimiento simbólico positivo de la actividad sexual de los varones desde y ante los padres, que va en un sentido opuesto al *control parental de la sexualidad femenina adolescente*, que desalienta, condiciona o recrimina las relaciones sexuales de las mujeres.

Esta actitud desigual de los adultos opera como un horizonte regulativo de los comportamientos sexuales de las y los adolescentes: delinea qué puede hacer cada uno (y qué es mejor evitar), con quién y cómo. Adecuarse o no a ese horizonte define,

---

35. Los pocos varones que no hablan de sexualidad con sus padres mencionan tres razones: su vergüenza para tratar temas sexuales con ellos, que sus padres sean muy mayores y la escasa disposición de estos adultos para el diálogo.

en buena medida, qué posibilidades tienen de hablar con los padres sobre sus experiencias sexuales. Así como para las mujeres es claro el sentido restrictivo de estos consejos, que les enseñan qué es conveniente omitir ante sus padres, los varones disfrutaban de un mayor margen de libertad sexual y de más posibilidades de compartir sus vivencias con dichos adultos.

### 3. ¿Por qué se habla de lo que se habla?

Hecho este análisis de sus diálogos, vale la pena recordar que no siempre se habló de sexualidad entre adolescentes y sus padres, ni siempre se trataron las mismas cuestiones. ¿Cómo se explica que la sexualidad se haya convertido crecientemente en un tema de conversación entre adolescentes y sus padres, sobre todo desde la década de 1990? ¿Qué hizo posible hablar hoy con los padres, por ejemplo, de la primera relación sexual e incluso esperar su aprobación? Más allá de las diferencias entre varones y mujeres, vimos que en estas conversaciones predomina el consejo de "cuidarse" en sus relaciones sexuales y, específicamente, de usar métodos anticonceptivos y/o preventivos del VIH/Sida. ¿Cómo explicar la centralidad de estas temáticas en las charlas de sexualidad con sus padres?

La combinación de cinco fenómenos sociales en Argentina nos ayuda a responder estas preguntas: 1) el reconocimiento de los adultos de que una gran proporción de adolescentes tiene relaciones sexuales, independientemente de su valoración al respecto; 2) la concepción del embarazo en la adolescencia como un problema que perturba el curso de vida; 3) la epidemia del VIH/Sida; 4) los debates y políticas públicas sobre salud sexual y reproductiva; y 5) la conjunción entre una larga tradición en regulación de la natalidad y una creciente legitimidad de los anticonceptivos modernos. Detengámonos brevemente en estos fenómenos.

Un punto de partida del reconocimiento adulto de la sexualidad de adolescentes es que los medios de comunicación y ciertos debates políticos en Argentina han puesto de manifiesto que gran parte de los adolescentes tiene relaciones sexuales, les guste o no a sus padres. Esto puede parecernos una obviedad hoy, pero recién en los años sesenta comienza a discutirse en revistas sobre las relaciones sexuales premaritoniales y la educación sexual de niños y adolescentes (Cosse, 2008). A partir de la década de 1990 el tema de las relaciones sexuales de y entre adolescentes se instala públicamente con fuerza. Los diarios nacionales de mayor alcance –como *Clarín*, *La Nación* y *Página/12*– lo ponen en sus tapas o como notas centrales de manera recurrente, informando sobre la edad de iniciación sexual, el uso o no de preservativo y las cifras de embarazos de adolescentes. Programas televisivos periodísticos y de ficción (como las tiras juveniles) abordan sus relaciones sexuales de manera cada vez más explícita, presentándolas como una práctica habitual en la adolescencia y un tema de conversación recurrente entre pares. A su vez, desde mediados de los noventa, la dis-

cusión y aprobación de proyectos de ley de salud sexual y reproductiva y de educación sexual ha implicado admitir que una proporción significativa de adolescentes tiene relaciones y plantear que un objetivo de las políticas públicas para este grupo es prevenir las ITS y los embarazos no planificados, lo que nos lleva al segundo fenómeno.

El embarazo en la adolescencia ha sido construido como un problema social por diversos actores (agencias estatales e internacionales, medios de comunicación, corporaciones profesionales), en Argentina (Gogna, 2005b) y en otros países de América Latina (Guzmán *et al.*, 2001; Knauth *et al.*, 2006), aunque la alarma que despierta no se condice con los diagnósticos demográficos sobre nuestro país.<sup>36</sup> La concepción del embarazo en la adolescencia como un obstáculo para el "proyecto de vida" subyace a la recomendación del preservativo de los padres a sus hijos varones y, sobre todo, a los insistentes consejos a las hijas mujeres de que "se cuiden", si es que quieren continuar con sus estudios.

El tercer fenómeno que explica los énfasis de estas charlas es la epidemia del VIH/Sida desde mediados de la década de 1980, con gran cobertura mediática en Argentina y objeto de campañas de comunicación masiva a partir de los años noventa (Kornblit, 2001). Los jóvenes son considerados una "población prioritaria" y un "grupo de riesgo" ante la epidemia, tanto por la legislación como por gran parte de las intervenciones en salud pública y educación (Villa, 2007).

Otra condición de posibilidad de los diálogos sobre sexualidad entre los adolescentes y sus padres son los debates y políticas públicas sobre salud sexual y reproductiva. En Argentina empiezan con el regreso de la democracia, al suscribirse en 1985 la Convención sobre la Eliminación de todas las formas de Discriminación Contra la Mujer (CEDAW, según sus siglas en inglés) y el Pacto de San José de Costa Rica (garante de los derechos humanos en América), y al desarrollar los primeros programas estatales de planificación familiar y de capacitación docente en educación sexual a mediados de los ochenta (Felitti, 2009:118-124). Estos debates tienen mayor relevancia política y cobertura mediática a partir de la reforma de la Constitución Nacional en 1994, cuando dichas convenciones adquieren rango constitucional y se discute el derecho al aborto. Bajo el paradigma político de las Conferencias Internacionales de Población y Desarrollo en El Cairo (1994) y de la Mujer en Pekín (1995), en 1999 en Chubut se aprueba la Ley Provincial N° 4.545 de Salud Sexual y Reproductiva y en 2002 la Ley Nacional N° 25.673 de Salud Sexual y Procreación Responsable, que crean programas de acción en este campo. En este proceso juegan un papel muy destacado el movimiento de mujeres y grupos feministas, que llevan a la esfera pública la situación sexual y reproductiva de las mujeres, históricamente considerada un asunto

---

36. En Argentina "tanto las tendencias observadas en las tasas de fecundidad adolescente como en el volumen de nacimientos de madres de menos de 20 años muestran que las noticias sobre un aumento de la maternidad en la adolescencia no son fundadas" (Binstock y Pantelides, 2005: 109).



"privado". Las iniciativas legislativas y programas de salud y educación sexual han llevado a discutir en la arena pública sobre sexualidad, favoreciendo las charlas al respecto en los ámbitos cotidianos, al visibilizar determinados temas y generar cierta sensibilidad en la materia.<sup>37</sup>

Un último fenómeno para entender la recomendación del preservativo y de la píldora, es la combinación de la larga tradición en Argentina de regular la natalidad mediante decisiones individuales o de pareja (Cicerchia, 1998: 61-62; Torrado, 2003: 120-121) y la creciente legitimidad social de los anticonceptivos modernos. Que los padres los aconsejen se explica porque vivieron su juventud cuando la píldora ya se había difundido ampliamente en sectores medios urbanos, en la década de 1960 (Fellitti, 2007: 335-336), algo que había sucedido en los años veinte con el preservativo (Barrancos, 1999: 216), luego reimpulsado por el VIH/Sida y hoy visto por los adolescentes principalmente como un método de prevención del embarazo.

Recapitulando, este conjunto de fenómenos ayuda a explicar que la sexualidad se haya convertido cada vez más en tópico de conversación entre adolescentes y sus padres y, a su vez, los énfasis de los consejos de los adultos. Dicho esto, es importante señalar qué temas no son tratados en estas charlas, pero sí con pares. Primero, prácticamente ningún adolescente ha escuchado a sus padres hablar de su propia actividad sexual, presente o pasada. Segundo, ninguna mujer y casi ningún varón refiere al deseo y al placer sexual (qué les gusta y disfrutan hacer) ante sus padres. Tercero, a excepción de la prescripción a las mujeres de "hacerlo por amor", la afectividad que muchas veces rodea a las relaciones sexuales no es un tema de conversación con los padres, ni éstos indagarían al respecto. En síntesis, tanto las cuestiones habladas como aquellas silenciadas en esta instancia de aprendizaje sexual responden a un paradigma médico de la sexualidad, centrado en la prevención de las consecuencias negativas de las relaciones coitales (embarazos no planificados e ITS), que no da lugar a los sentimientos y placeres.

#### 4. Reflexiones finales

Este capítulo exploró los diálogos y silencios sobre sexualidad entre adolescentes y sus padres, así como los fenómenos sociales que explican que la sexualidad se haya convertido en un tema de conversación entre ellos y qué consejos predominan.

Los adultos transmiten a sus hijas e hijos orientaciones normativas sobre la actividad sexual, que sintetizamos en dos fórmulas: para las mujeres, "en lo posible no tengas relaciones sexuales durante tu adolescencia pero, en caso de tenerlas, que

---

37. Para un panorama de los debates y la legislación sobre salud y derechos sexuales y reproductivos en Argentina, ver los trabajos de Petracci y Ramos (2006) y Petracci y Pecheny (2007).

sea con un novio, por amor y utilizando algún método de prevención del embarazo y las enfermedades"; para los varones, "podés tener relaciones sexuales durante tu adolescencia siempre y cuando uses preservativo". Estos consejos son tradicionales en términos de género, en la medida en que producen normatividades sexuales rígidamente diferenciadas para varones y mujeres. Para las adolescentes delimitan una jerarquía de comportamientos que ubica primero a la abstinencia sexual y sólo en segundo lugar a las relaciones sexuales protegidas. También establecen requisitos sobre con quién y por qué motivo deberían tener relaciones (con un novio y por amor) que, de cumplirse, justificarían su actividad sexual ante la mirada de los padres. En cambio, para los varones no especifican el tipo de vínculo con la compañera sexual, ni la motivación para tener relaciones; la única exigencia es el uso de preservativo. En ambos casos, las recomendaciones presuponen y naturalizan la heterosexualidad de las y los adolescentes.

Para dar cuenta de estas dinámicas entre adultos e hijas o hijos, construimos las categorías *control parental de la sexualidad femenina adolescente* y *omnipresencia material y discursiva del preservativo*. El *control parental* no sólo es a través de los mencionados consejos a las mujeres, sino también mediante la negación de su actividad sexual, ignorándola o prohibiéndola. En cambio, la *omnipresencia del preservativo* implica que los padres consideran que los adolescentes tienen o tendrán relaciones sexuales en breve y tácitamente las aprueban al facilitarles preservativos y aconsejarles su uso. Este reconocimiento hacia los varones va en sentido inverso al *control parental* que condiciona, desalienta o recrimina las relaciones sexuales de las mujeres.

Estas interacciones entre adolescentes y sus padres presentan otra diferencia de género relevante: la recomendación de píldoras a las mujeres y de preservativos a los varones. Aunque a primera vista puede parecer obvio el por qué de la diferencia, es interesante conjeturar qué ideas subyacen a la misma. Los consejos de los padres a las chicas asocian casi automáticamente actividad sexual y reproducción: les recuerdan una y otra vez el riesgo de quedar embarazadas y tener un hijo si empiezan a tener relaciones sexuales. Como es algo que no desean para la adolescencia ni ellas ni sus padres, pues les "arruinaría el proyecto de vida" (particularmente la posibilidad de ir a la universidad), la insistente asociación entre relaciones sexuales y embarazo permite que algunos adultos planteen la abstinencia como una alternativa anticonceptiva razonable. La inquietud prioritaria por el embarazo, que rodea a la sexualidad femenina adolescente, también se refleja en que algunas madres que saben que sus hijas tienen relaciones sólo les aconsejan cuidarse con píldoras anticonceptivas. Si esto, por un lado, es un avance en la prevención del embarazo frente al silencio o las recomendaciones poco específicas de otros padres (el repetido "cuidate"), por el otro las deja expuestas al VIH/Sida y otras ITS de no complementar este método con el preservativo (como sólo algunas lo hacen).

El contraste entre recomendar píldoras a las mujeres y preservativos a los varones, sumado a que ninguna recibió profilácticos de sus padres, abre dos interrogantes. Primero, si la insistencia de los adultos en distintos métodos para hijos e hijas tiene que ver exclusivamente con quién los usa, es decir, quién pone el cuerpo y, por ende, quién tendría mayor decisión al respecto (de hecho, cuando estos varones usan preservativo sus parejas casi nunca se oponen, y estas mujeres toman píldoras independientemente de sus parejas). Segundo, si la recomendación exclusiva de pastillas a las chicas descansa en que sus madres ven lejana la posibilidad de que contraigan ITS (porque sus potenciales compañeros sexuales son otros adolescentes de Trelew, de quienes imaginan poco probable que tengan ITS), mientras que simultáneamente evalúan que las peores consecuencias de no usar anticonceptivos recaerán sobre ellas: de producirse un embarazo, son quienes pondrán el cuerpo, eventualmente parirán y criarán un hijo (solas, con su familia y/o su pareja), mientras que los varones pueden no hacerse cargo de la situación ausentándose.

Estas diferencias de énfasis en los consejos recibidos se reflejan en aquello que más les preocupa de tener relaciones sexuales a varones y mujeres adolescentes. En otras palabras, cómo jerarquizan sus preocupaciones sexuales. La principal para los varones es que el preservativo falle, porque esté pinchado, se rompa o simplemente no funcione al usarlo. De esta falla, lo que más les inquieta es que su pareja quede embarazada y, en menor medida, "contagiarse una enfermedad". Su segunda preocupación se centra directamente en contraer el VIH (ninguno contempla la posibilidad de transmitirlo). En cambio, para las mujeres la principal preocupación es quedar embarazada, le sigue contraer una enfermedad, y sólo una teme que el preservativo falle.

Estas inquietudes muestran cómo las y los adolescentes construyen dimensiones de su sexualidad a partir de dinámicas que reproducen mandatos de género desiguales. Para los varones la falla del preservativo es en sí el objeto de su preocupación, pues la *omnipresencia material y discursiva del preservativo* en la interacción con sus padres influye para que consideren su responsabilidad todo aquello que suceda con éste en un encuentro sexual. El varón es el encargado de que el preservativo funcione de modo efectivo, ya que es quien lo usa y habitualmente lo provee. De ser el único método de prevención con su pareja (como declaran varios), su falla implica que el varón sería el responsable de contraer una enfermedad o de dejar embarazada a su compañera. A su vez, que la principal inquietud de estas mujeres sea quedar embarazadas ilustra cuán fuerte son para la sexualidad femenina la asociación entre actividad sexual y reproducción, y para las clases medias el encadenamiento entre embarazo en la adolescencia y derrumbe del proyecto de vida.

En suma, sin atribuir estas preocupaciones de manera exclusiva a los consejos de sus padres, es evidente que hay correspondencias significativas entre ambos. En los varones adolescentes, mediante la centralidad del preservativo, tanto en la interacción entre padres e hijos como en sus temores a que falle. En las mujeres, a través de

## Capítulo 5. Padres, madres y preocupaciones sobre las relaciones sexuales

la asociación entre actividad sexual y reproducción, tanto en los consejos de padres como en el miedo de las chicas a quedar embarazadas.

Esta correspondencia entre recomendaciones y preocupaciones no significa que los y las adolescentes acepten pasivamente lo que dicen sus padres. Lejos de ello, algunas chicas trasgreden las normas transmitidas. Es el caso de las que tuvieron relaciones pese al consejo de abstinencia, y decidieron no compartirlo con sus padres para evitar recriminaciones. También el de aquellas mujeres que, aunque hablan con la madre de sus relaciones sexuales, omiten intencionalmente mencionar la cantidad y el tipo de compañeros (algunos de los cuales no eran novios), al suponer que su comportamiento será cuestionado. Esta resistencia silenciosa de las adolescentes muestra las dificultades que enfrentan los intentos de control sobre su actividad sexual. En el siguiente capítulo exploramos otras dinámicas de control y resistencia alrededor de su sexualidad, a través del circuito del chisme entre pares y la construcción de la figura de la "puta".

## Capítulo 6

### Chismes y control social

Ay Andrea, vos si que sos ligera  
Ay Andrea, qué puta que sos  
Ay Andrea, te gusta la pija  
Ay Andrea, qué puta que sos  
(Los Pibes Chorros, *Andrea*)

A veces la gente deja de hacer cosas  
sólo para que la gente no hable.  
(Luciana, 17 años).

Los chismes sobre la vida sexual de una persona son un arma efectiva para herir su imagen pública y provocarle malestar. ¿Quién no se enojó o entristeció alguna vez por haber sido objeto de este tipo de chisme?

Este capítulo explora la producción y circulación de chismes entre adolescentes como un dispositivo de control social de su sexualidad. Se trata de una dinámica que reproduce normas y jerarquías sexuales marcadamente desiguales entre mujeres y varones, al desprestigiar a ellas por los mismos comportamientos que valorizan a ellos. Esto se plasma de modo paradigmático en la oposición entre la "puta" y el "ganador". Dichas reputaciones sexuales (negativa y positiva, respectivamente) se constituyen a partir de normatividades de género poderosamente arraigadas (que dictan qué implica ser varón y qué ser mujer) y se basan en asociaciones simbólicas precisas (Holland *et al.*, 1996; Ortner y Whitehead, 1996).

Por control social de la sexualidad entendemos al conjunto de estrategias de vigilancia, regulación y sanción de la misma por parte de personas, grupos y/o instituciones. Partimos de la hipótesis de que la producción y circulación de chismes entre adolescentes actúa como un mecanismo de control de su sexualidad, que reviste ciertas particularidades en una ciudad mediana como Trelew.

El chisme es un relato sobre el comportamiento ajeno transmitido entre dos o más personas, percibido por sus interlocutores como información despreciativa sobre terceros y/o potencialmente perjudicial para ellos. El chisme puede servir de entretenimiento, fortalecer lazos de confianza al compartir cuestiones valiosas o definir los límites de un grupo: "No se chusmea sobre extraños, pues a éstos no se imponen las

mismas normas; ser objeto, sujeto del chisme, representa cierta integración en el grupo" (Fonseca, 2000: 42). Los chismes por lo general afectan negativamente de algún modo y dañan la reputación de la persona a la que refieren. Es en este sentido que abordamos su producción y circulación como un dispositivo de control de la sexualidad, con consecuencias en los comportamientos de las y los adolescentes.

En nuestro análisis procuramos evitar tres errores frecuentes al abordar estos temas: concebir a la sexualidad como un fenómeno natural sometido a mecanismos sociales meramente represivos; presentar a las relaciones de poder como una oposición binaria y total entre dominadores y dominados; y dar un tono conspirativo al control mediante chismes. Por el contrario, mostramos cómo las dinámicas de poder producen comportamientos sexuales (y no sólo los reprimen), que en ciertos dispositivos hay quienes ocupan simultáneamente la posición de controlados y la de controladores, y que la mayoría de los chismes no son propaganda negativa deliberada.

Indagamos los chismes sobre comportamientos sexuales heterosexuales ("transar",<sup>38</sup> tener relaciones sexuales) y sus posibles consecuencias (abortos ante embarazos no planificados), dejando para el siguiente capítulo los relativos a prácticas homosexuales. Estos chismes entre y sobre adolescentes son importantes en la construcción de su sexualidad porque en la actualidad los pares han adquirido una creciente centralidad en la elaboración y transmisión de normas y la vigilancia de comportamientos, simultánea al debilitamiento de la autoridad de instancias adultas (como las iglesias, familias y escuelas) en la regulación de la sexualidad juvenil (Bonzon, 2004b: 136; Barrientos, 2006: 89).

En el primer apartado exploramos cuáles son las temáticas más frecuentes de estos chismes, y explicamos cómo influye en su producción y circulación una serie de rasgos que diferencian a Trelew de una gran urbe: la poca cantidad de adolescentes, la escasez de lugares de esparcimiento nocturno juvenil y el alto grado de interconexión entre pares. También reconstruimos los criterios para creer o no un chisme. En el segundo apartado analizamos los modos en que este circuito de chismes opera como un dispositivo de control de la sexualidad. Finalmente, explicamos una estrategia específica de control de la sexualidad femenina: calificar de "puta" a una mujer por tener "muchos" compañeros sexuales o parejas ocasionales, mediante chismes al respecto. Para escapar a esta desvalorización, algunas chicas evitan ciertos comportamientos o los ocultan. Otras, a modo de resistencia, dan argumentos alternativos para defenderse de quienes las tratan de "putas" y critican a esta categoría a partir de su oposición con la de "ganador".

---

38. "Transar" significa besarse, acariciarse y frotarse entre dos personas con distintos grados de intensidad, pero sin penetración.

## 1. ¿Qué y cómo circula entre pares?

### Temas privilegiados

¿Por qué indagar de qué tratan sus chismes? Porque lo que es digno de chusmear depende de las normas y creencias colectivas de cada contexto (Elias y Scotson, 2000: 121). Entre estas y estos adolescentes las principales temáticas son las infidelidades, el hecho de transar o tener relaciones sexuales con parejas ocasionales o "con muchos" (es decir, con diferentes compañeros) y el aborto.

Con infidelidades nos referimos a los contactos sexuales de una persona paralelos a un noviazgo, sin que el novio o la novia lo sepa (como desarrollamos en el capítulo 3, su concepción de noviazgo supone un pacto tácito de monogamia, exclusividad sexual y fidelidad mutua para que continúe la relación).<sup>39</sup> Los chismes sobre infidelidades son muy valorados por el público porque informan de algo que sus protagonistas querían que nadie se entere por fuera de los pares más cercanos. Si una infidelidad se da a conocer públicamente, acarrea diversos problemas para los implicados: un adolescente que transa con una chica que está de novia con otro puede ser amenazado o agredido físicamente por el engañado, la mujer suele ser criticada por engañar a su novio, y el varón y la mujer infiel enfrentan pedidos de explicaciones de sus parejas y la posibilidad de romper la relación. Emiliano ilustra cómo surgen estos conflictos cuando, pese a los esfuerzos por mantener en secreto sus infidelidades, los engañados se enteran:

**Entrevistador:** ¿Transabas con algunas pibas cuando estabas saliendo con tu novia?

**Emiliano:** Sí. "Esto queda acá", le decía a la mina [chica], "yo tengo novia". "Bueno, yo también tengo novio", me decían algunas, otras no.

**Entrevistador:** ¿Y alguna vez se filtró [información]?

**Emiliano:** Sí, llegó, y mi novia me hizo terrible escándalo y yo después decía: "No, nada que ver". Es más, a la piba ella la conocía, y yo le decía: "Bueno, andá, traela y vas a ver". La trajo y los dos dijimos que no.

**Entrevistador:** ¿Y alguna vez te pasó que anduvieras con una mina y el novio se entere?

**Emiliano:** Sí, vino y se me hizo el pesado [me amenazó]. [...] Acá en Trelew se conocen todos. Acá no se puede hacer una mierda: si todos tus conocidos del colegio van al boliche y te los vas a encontrar, entonces no podés hacer una mierda.

(Emiliano, 18 años).

---

39. Usamos el término "infidelidad", pese a su fuerte carga moral, por no haber hallado uno mejor para referirnos al fenómeno analizado. En las entrevistas dicha palabra sólo apareció ocasionalmente, al igual que su sinónimo "trampa".

El transar o tener relaciones sexuales es objeto de chisme cuando una adolescente lo hace con parejas ocasionales o con más de un compañero en un período corto de tiempo: "Las minas 'están'<sup>40</sup> un fin de semana con un pibe y al otro fin de semana 'están' con otro, y son unas putas, viste. [...] Yo creo que no, pero siempre están las malas lenguas", explica José, quien toma distancia de la opinión que prevalece en los chismes.<sup>41</sup>

El patrón común de estos chismes es que versan sobre comportamientos que trasgreden normas sexuales vigentes en este grupo de adolescentes –lo que permite criticar a terceros– y que son valorados porque refieren a acontecimientos que al menos uno de sus participantes prefiere conservar en secreto –porque pueden provocar separaciones, malestar, vergüenza y/o una reputación negativa–. Cuanto más desean mantener la discreción sus protagonistas, más valorado es el chisme, pues el secreto siempre ejerce una atracción social, creciente según el secreto sea más importante (Simmel, 1939: 380).

### Surgimiento y expansión

¿Cómo surge y se expande un chisme entre adolescentes? Porque alguien comenta lo que hizo a sus amistades de confianza y éstas lo transmiten a otros pares, porque se es visto haciendo algo que resulta interesante contar, o porque alguien inventa algo sobre un tercero para perjudicarlo, deslizándose el chisme hacia la difamación premeditada (Fonseca, 2000: 43). El modo de circulación es "de boca en boca", sea personalmente o por teléfono.<sup>42</sup>

La transmisión de chismes entre pares es tan frecuente y extendida que estas y estos jóvenes la ven como inevitable. Parten de lo difícil que resulta mantener algo en secreto en un ambiente pequeño como el de Trelew, tanto en cantidad de adolescentes como en espacios de sociabilidad (siempre en comparación con una urbe como Buenos Aires, parámetro recurrente en sus testimonios). Según Eugenia, "uno se mueve en un solo ambiente y en el que yo me muevo no es tan grande, es el de chicos entre 16 y 20 años, y de todos sabés quién es, con quién salió [estuvo de novio], qué hizo". Luz agrega:

Si yo 'estoy' [transo] con alguien siempre va a ser en el boliche, y en el boliche siempre hay gente que te conoce, y más en Trelew, que no es un lugar grande.

---

40. "Estar" puede referir a transar o a tener relaciones sexuales.

41. Las "malas lenguas" es una expresión que alude a los comentarios que circulan en forma de chismes (Fasano, 2006: 109).

42. Al realizar las entrevistas (en 2003 y 2005), aún no estaba muy difundido el uso del chat o blogs entre adolescentes en Trelew.



Boliches donde van hay Akrópolys y La Recova. Nosotros vamos a alguno de los dos siempre. Después hay otros, pero nunca vamos. Y la gente que vamos ahí son gente del colegio, amigos, y siempre se van a enterar.  
(Luz, 17 años).

Al interior de una ciudad mediana como Trelew, las y los adolescentes de clases medias forman una pequeña comunidad, cuyos miembros comparten un número muy acotado de ámbitos de interacción.<sup>43</sup> La escuela y los pocos boliches –físicamente pequeños y llenos de conocidos– actúan como escenarios de encuentro entre pares y de acontecimientos que pueden ser materia de chismes, por lo que son su punto de partida e intercambio.

Participar de los mismos espacios con poca cantidad de personas conlleva una interacción frecuente que colabora a que "se conozcan tanto", observen qué hace cada uno y hablen al respecto. Esta interconexión incrementa las posibilidades de conocer a una proporción significativa de los adolescentes de la ciudad (al menos de nombre o de vista), aumenta la frecuencia de los contactos entre las mismas personas, permite observar y/o estar al tanto de lo que hacen los demás, favorece el surgimiento de chismes, acelera su velocidad de circulación y expande el alcance de los chismes al interior de las redes de pares:

Me gustaría que fuera más grande Trelew, o que no se conozca tanto la gente, porque al ser tan chico la gente son las mismas caras que vi en el boliche y las mismas caras que vi en el colegio. Es feo. A mí no me gusta porque salís y hacés algo y ya al otro día lo sabe todo Trelew, y eso no me gusta.  
(Gabriela, 17 años).

Su percepción es que si hacen algo que merezca ser materia de chisme, se sabrá rápida y extendidamente, pues en un círculo reducido el mantenimiento de secretos se dificulta porque los miembros están demasiado cerca unos de otros y la frecuencia de los contactos tienta a revelarlos (Simmel, 1939: 382). Esta interconexión entre adolescentes no significa que todos se conozcan e interactúen en igual medida. Sin embargo, la existencia de diferentes grupos de pares socialmente identificables, lejos de obstaculizar los chismes, permite hablar de alguien que no se conoce personalmente ubicándolo dentro del grupo que integra:

---

43. La segmentación entre jóvenes de distintos sectores sociales en Trelew implica que casi no interactúan con adolescentes de clases bajas, que participan de otros ámbitos de esparcimiento.

## Capítulo 6. Chismes y control social

Hay grupos marcados. Vos podés decir: "A Pablo X, ¿lo conocés?". "No, no lo conozco". "Pero, ¿conocés a tal grupo?". "Ah, sí". "Bueno, está metido en ese grupo". "Ah, sí, entonces capaz que lo conozco". Yo creo que no es que haya contacto directo con cada uno, o sea un reconocimiento muy individual, sino que es mucho por grupos.  
(Matías, 17 años).

Estos grupos, enlazados por miembros en común o conocidos entre sí, forman redes que expanden el alcance de los chismes entre adolescentes, lo que ayuda a explicar que el anonimato les parezca imposible y la confidencialidad un bien escaso, sobre todo al tratarse de sus comportamientos sexuales.

### Transformación y credibilidad

Un chisme siempre muta en su contenido y corre el riesgo de no ser creído. ¿Por qué se creen algunos y otros no? ¿Por qué el chisme nunca es mera repetición? La producción de un chisme es inseparable de su circulación, pues un comentario se va constituyendo como chisme sólo al andar:

No hay un momento puntual, originario, en que el incidente se convierta en chisme o, mejor dicho, en que la referencia a él se transforme en chisme. [...] Cualquier chisme requiere de un tiempo de andar para cobrar sentido, [...] durante el cual los acontecimientos adquieren significación de acuerdo a las historias de las personas que los protagonizan, interpretan y comentan (Fasano, 2006: 133).

Producción y circulación también van juntas porque en su deambular un chisme se transforma, se simplifica o expande, o se combina con otros (De Ípola, 1987). Esto significa que la deformación del contenido de un chisme es inherente a su circulación y no necesariamente es intencional. El chisme sufre una mutación en su recorrido, al ser apropiado e interpretado por cada nuevo interlocutor:

**Johnny:** Vos le contás algo a alguien y el otro va y se lo cuenta [a otro] y lo van cambiando. Lo van cambiando, las palabras. Lo que vos le contaste a uno, el otro va y se lo cuenta al otro de otra manera. Como el teléfono descompuesto. Y después cuando viene y llega a otro ya queda en cualquier cosa, todo distorsionado.

**Entrevistador:** ¿Y sobre qué tipo de cosas?

**Johnny:** Por ejemplo, si vos 'estás' con una mina, una sola vez. Podés decir: "Mirá, yo me 'agarré' a esa mina". Y el otro, pasa la mina y le dice a otro amigo: "Uy, mirá, Johnny se 'agarró' a ésa". Y el otro [dice]: "Un amigo de mi amigo se 'agarró' a ésa. Se la re cogió, todo". Entonces la mina se entera y te viene a pegar una

cachetada. Y vos decís: "Yo no dije nada. Yo dije que 'estuve' con vos una vez".  
Todas cosas así, lo van distorsionando.  
(Johnny, 17 años).

Al hablar de "distorsión", Johnny supone que hay cierta información objetiva en su comentario sobre lo que hizo, cuyo significado va desvirtuándose de tal modo que lo termina perjudicando. Sin embargo, el testimonio muestra los límites de esta pretensión de objetividad y cómo la transformación que sufre el chisme al circular no necesariamente es deliberada. Su comentario inicial refiere a un contacto sexual con una expresión ambigua: "agarrarse" a alguien puede aludir sólo a besar y acariciar ("transar") o incluir relaciones sexuales ("coger"). Con esta expresión Johnny exige una interpretación de sus interlocutores que puede dar lugar a equívocos sobre qué pasó y, por ende, generar conflictos con la otra persona implicada, como ilustra la cachetada de su compañera al enterarse del chisme.

No obstante, hay un límite para la deformación del contenido: la verosimilitud. Para ser aceptado y seguir circulando como chisme, lo que se narra (qué pasó y entre quiénes) debe ser considerado posible por sus oyentes. Quién lo trasmite es la otra dimensión que determina en qué medida creerlo. A quienes ven como exagerados se les cree parcialmente y a los mentirosos ni siquiera eso. Por el contrario, quienes acceden de modo directo a ciertas fuentes de información gozan de gran credibilidad y tienen un papel privilegiado para iniciar chismes:

**Juana:** En realidad, también sabés de quién viene [el chisme]. Si a mí vienen algunas personas y me cuentan algo, yo sé que es así. A otras les creés la mitad. Ya sabés a quién creerle, a quién no, quién exagera, quién no. [...] Yo sé de gente que ha abortado y tengo la seguridad de que lo hicieron. Capaz que a la piba la veo ahora caminando por la calle.

**Entrevistadora:** ¿Y por qué estás segura de que lo hicieron y que no son como...?

**Juana:** (Interrumpiendo) Por la gente que te lo cuenta, hijos de médicos.  
(Juana, 19 años).

Que algunos hijos de médicos cuenten qué chicas de Trelew abortaron y que sean identificadas de nombre y en la calle es posible por el bajo grado de anonimato en comparación con una gran urbe, por la menor cantidad de población y la mayor interconexión entre ella.<sup>44</sup> A los fines de lo que analizamos en este capítulo, es menos relevante si los médicos efectivamente cuentan a sus hijos quiénes abortaron, que el

---

44. También puede favorecer este fenómeno la menor oferta de personas que realizan abortos en una ciudad mediana en comparación con Buenos Aires: para quien recurre a una de estas personas en Trelew hay más posibilidades de ser conocida por ella.

hecho de que estas historias sean creídas y difundidas por adolescentes, llevando a identificar públicamente a (y chusmear sobre) quienes lo hicieron.

Aunque del hecho de haber abortado no se deriva una reputación negativa claramente delineada (como la de "puta" que abordamos más adelante), no es casual que haya surgido espontáneamente en las entrevistas al hablar de chismes. El aborto cumple con las mismas dos condiciones que el resto de los acontecimientos que son objeto de chisme: sus participantes prefieren conservarlo en secreto –porque de saberse puede provocar malestar y/o vergüenza– y trasgrede normas vigentes en este grupo –lo que permite criticar a terceras personas–. El juzgamiento negativo de la interrupción del embarazo por parte de estas y estos adolescentes (que nunca vivieron un embarazo, ni ellas ni las parejas de ellos) se justifica bajo la lógica de que una mujer que tuvo relaciones por su voluntad debe soportar las consecuencias reproductivas: "si tu gusta el durazno, aguantate la pelusa", dice Eliana, citando una frase popular repetida en varios testimonios.

Recapitulando, tres criterios se juegan a la hora de creer o no un chisme: la confiabilidad, la sinceridad y la verosimilitud. En el primero el oyente evalúa un chisme en vistas al acceso privilegiado de una persona a cierta fuente de información. En el segundo se juzga si quien relata algo está siendo franco, a partir de su reputación previa sobre la información que transmite (por ejemplo, si es exagerado o mentiroso). En el tercer criterio el oyente juzga el chisme en función de si son posibles o probables los acontecimientos a los que refiere; incluir detalles (como nombres y características de los protagonistas, circunstancias de los hechos) aumenta su verosimilitud. En síntesis, para ver en qué medida creer un chisme, se evalúan los diferentes grados de verosimilitud del contenido y de confiabilidad y sinceridad de su portador. ¿Por qué es tan importante para un chisme ser creído? Porque se trata de un fenómeno de "nomadismo discursivo", cuyo tiempo de vida equivale a su tiempo de circulación (De Ípola, 1987: 189): en cuanto un chisme deja de transmitirse (porque no se cree en él), muere. En cambio, mientras que circula o está latente su amenaza, actúa como pieza fundamental de un dispositivo de control, cuyas dimensiones y consecuencias exploramos a continuación.

## 2. Vigilancia, regulación y sanción

¿De qué maneras la producción y circulación de chismes opera como un dispositivo de control de la sexualidad? Mujeres y varones adolescentes perciben una vigilancia sobre sus actividades a través de la observación en los boliches y la intensa circulación de chismes entre pares. Esta vigilancia –primera dimensión de este dispositivo– hace que eviten u oculten ciertos comportamientos (eligiendo cuidadosamente a quién contarlos), y genera peleas y malestar de quienes son objeto de chismes:

**Eugenia:** A una le importa que lo ande diciendo todo el mundo cuando es algo súper íntimo, súper personal. Eso sí molesta.

**Entrevistadora:** ¿Y qué sería "algo súper íntimo"?

**Eugenia:** La primera vez de alguien, por ejemplo, que es súper personal. Y que se entere todo el mundo, y que todo el mundo lo ande diciendo, eso no es muy lindo.

(Eugenia, 17 años).

La opinión de Eugenia se basa en una experiencia bien concreta: a los 13 años fue presionada por un adolescente para tener relaciones sexuales, que luego divulgó ampliamente que lo habían hecho. Estas mujeres se enojan y entristecen tanto porque circulan chismes sobre su vida sexual, como porque muchas veces el contenido se inventa o distorsiona: "Te genera mucha impotencia y bronca el hecho de que anden hablando de eso cuando por ahí no te conocen o anden diciendo cosas que no son ciertas", sostiene Luna. Estas sensaciones de malestar (no expresadas por los varones) reflejan cómo el chisme es un recurso eficaz para herir a las personas que alude. Amén de sentir invadida su intimidad, una parte significativa de la bronca de estas chicas es por las reputaciones negativas que les asignan mediante chismes. Hasta acá, su enojo no implica cuestionar la normatividad que presuponen y refuerzan los chismes: el problema para ellas es ser difamadas por sus comportamientos sexuales (supuestos o reales), y no que las mujeres adolescentes (en su conjunto) estén sometidas a normas sexuales más estrictas que los varones y, por ende, sean criticadas más frecuentemente, lo que nos lleva al siguiente punto.

Una segunda dimensión de este dispositivo de control es la regulación de los comportamientos. Los chismes informan sobre terceros, perjudicándolos y/o dañando su imagen pública. Simultáneamente, indican de modo tácito normas sexuales a quienes los oyen. Un buen ejemplo es el chisme sobre infidelidad: para estas y estos adolescentes es algo cuestionable por romper el pacto de exclusividad sexual y fidelidad mutua que consideran propio del noviazgo. Su rechazo a la infidelidad provendría de que en las últimas décadas en Occidente se ha revalorizado el vínculo amoroso exclusivo (Giddens, 1995) y de que la juventud es una etapa de la vida en que se exige de las parejas una fidelidad sexual más estricta (Bozon, 2004a: 70).<sup>45</sup> En este caso, comentar una infidelidad de terceros mediante un chisme actualiza discursivamente la norma de fidelidad y exclusividad entre novios.

En suma, nuestra hipótesis es que, si los acontecimientos que son materia de chisme siempre implican trasgresiones a una norma sexual, la producción y circulación de chismes constituye un modo específico de regulación de la sexualidad: al

---

45. No obstante critiquen la infidelidad de terceros –haciéndose eco de chismes–, esto no significa que ninguna o ninguno de estos adolescentes haya sido infiel, como dejan ver sus relatos.

referir críticamente a un comportamiento trasgresor, el chisme clarifica y actualiza la norma trasgredida. Su importancia reside en que transmite qué ven como apropiado e inapropiado estos varones y mujeres de acuerdo a sus normas grupales, que retoman valores de escenarios culturales más amplios.

Sin embargo, a excepción de la infidelidad, las otras cuestiones que tratan sus chismes se plantean como comportamientos criticables sólo en mujeres: transar o tener relaciones sexuales "con muchos" o con parejas ocasionales. El primero refiere a que una chica lo haga con diferentes compañeros (al menos dos), en una misma noche o con una semana de diferencia. Los contactos sexuales con parejas ocasionales son aquellos que dan fuera de noviazgos. Si ambos comportamientos son objeto de chisme, siguiendo nuestra hipótesis, se pueden reconstruir las normas que trasgreden. La primera rezaría que una adolescente no debe transar ni tener relaciones sexuales con más de un compañero en un período de tiempo socialmente considerado corto (aquí una semana). La segunda norma indicaría que no debe tener relaciones sexuales ni transar por fuera de noviazgos. Mientras que la primera limita la cantidad de parejas que puede tener una mujer en un determinado lapso de tiempo, la segunda establece al noviazgo como el único marco legítimo para su actividad sexual (como desarrollamos en los capítulos 3 y 4). Vale subrayar que ambas normas sólo rigen para las mujeres, como lo refleja el hecho de que si un varón transa o tiene relaciones con "muchas" y/o con parejas ocasionales no es criticado por sus pares, ni su comportamiento es objeto de chisme.

Finalmente, violar una norma siempre implica una sanción, la tercera dimensión de este dispositivo. ¿Cómo se sanciona a quienes trasgreden estas dos normas? Calificándolas de "putas", una estrategia específica de control de la sexualidad femenina que analizamos a continuación.

### 3. La "puta": desvalorización y subversión femenina

#### Razones de una reputación negativa

Al hablar de chismes, las y los adolescentes mencionan espontáneamente la figura de la "puta",<sup>46</sup> una reputación negativa asignada a una mujer por su comportamiento sexual:

---

46. También usan como sinónimos –con menor frecuencia– "trola" y "atorranta". En Argentina, estos términos refieren despectivamente a mujeres que ejercen la prostitución. Por extensión, también designan de manera peyorativa a otras cuyo comportamiento sexual se cuestiona moralmente, un uso de larga data en la zona del Río de la Plata: ya en el siglo XVIII "expresiones como 'puta arrastrada', 'puta alcahueta' y 'oveja puta' son de las más populares y ofensivas que circulan" (Cicerchia, 1998: 73).

Generalmente son rumores agresivos o que son verdad pero no dejan de ser terribles, que toda la gente los sepa y los rumoreé. [...] A las chicas siempre las critican que son atorrantas porque 'estuvieron' con tal, o porque son feas o porque son gordas... Bah, igualmente todo tiene que ver más con el sexo. Generalmente no critican a las gordas. Critican a las que 'están' con muchos.  
(Luciana, 17 años).

Luciana sintetiza tres rasgos de estos chismes que ayudan a entender cómo se produce la categorización de "puta": las temáticas sexuales ocupan un lugar central en los chismes; éstos conllevan una crítica agresiva a quien refieren; y cuando una chica es tratada de "puta" en un chisme su contenido justifica por qué lo sería. Así, partimos de considerar a la producción y circulación de chismes el principal mecanismo entre adolescentes para asignar y dar a conocer la categoría de "puta" para ciertas mujeres (casi nunca tratan a alguien de "puta" en su presencia).

Una chica es calificada de "puta" por la cantidad de compañeros sexuales y por su disponibilidad para tener relaciones ocasionales. En el primer caso, alcanza con que transe o tenga relaciones sexuales con dos varones con una semana de diferencia, violando la norma de que no debe hacerlo con más de uno en un período de tiempo socialmente considerado corto. Este comportamiento supone una variedad y un cambio de parejas que contradicen el ideal de monogamia y de continuidad temporal de una relación vigente para estas mujeres –como indica su valoración del noviazgo como el escenario legítimo para las actividades sexuales de las adolescentes–. A su vez, que una mujer tenga diferentes compañeros en poco tiempo puede ser interpretado por sus pares como la expresión de un interés e iniciativa sexual autónomos, que contradicen a la expectativa de pasividad femenina. Nos referimos a la concepción de la mujer como incapaz de expresar su deseo sexual –por timidez o temor al desprestigio– y de que puede controlarlo –porque es más moderado que el del varón–. En el contexto latinoamericano, donde persisten ciertos valores patriarcales, cualquier forma autónoma de expresión del deseo femenino o de uso de su erotismo fuera del control masculino serán actos calificados de marginales o sucios (Fuller, 2001: 257), con la consecuente sanción social para su protagonista. La única actividad que se espera de la mujer es que elija correctamente al compañero sexual entre las propuestas recibidas.

La segunda razón para calificar de "puta" a una adolescente es su disponibilidad sexual, percibida como tal en la falta de resistencia a los avances masculinos, en la poca selectividad en cuanto a sus parejas y en que accedería a tener relaciones con varones cuyo interés en ella es exclusivamente sexual. A la expectativa de resistencia femenina subyace una división del trabajo de control del deseo sexual según una lógica de género tradicional: los varones se representan como incontrolables, por lo que a las mujeres les cabe la tarea de administrar el deseo, propio y ajeno, para evitar encuentros que no querrían o que escapan a las normas sexuales vigentes para ellas.

## Capítulo 6. Chismes y control social

La imagen estereotipada de una mujer que tendría relaciones con cualquier varón que se lo proponga supone que es poco selectiva con sus parejas y que no les exige ninguna contraparte por el encuentro sexual, como pueden ser los sentimientos amorosos o un horizonte de continuidad del vínculo, dos dimensiones que legitiman la actividad sexual femenina. Como ilustra Juana:

Nosotros teníamos una compañera que no le importaba si se 'agarraba' o no a los chabones. [...] Ella se hacía la linda con [intentaba seducir a] absolutamente cualquier persona que se le cruzara. [...] De hecho, la fama que se hizo con el tiempo fue: "Te hace lo que quieras". Y nadie quiere 'estar' con ella porque la quiera, sino porque realmente la mina te hace lo que quieras.  
(Juana, 19 años).

No es casual que todos los ejemplos y explicaciones de por qué una adolescente es considerada "puta" aludan a contactos con parejas ocasionales: las chicas vistas como sexualmente disponibles son aquellas que trasgreden la norma de no tener relaciones sexuales ni transar fuera de noviazgos.

En síntesis, que una mujer tenga más de una pareja en un período breve de tiempo y/o que presente este tipo de disponibilidad sexual viola las dos normas que reconstruimos y se sanciona con la reputación de "puta", producida y difundida mediante chismes entre pares.

Estas normas son *tradicionales* en términos de género, es decir, implican una concepción jerárquica y asimétrica de las relaciones de género, así como nociones de sexualidad y normatividades para la actividad sexual rígidamente diferenciadas para varones y mujeres. También son tradicionales los valores y expectativas de género que operan al calificar a una adolescente de "puta": el rechazo a la expresión de un interés e iniciativa sexual autónomos de las mujeres (por el contrario, algo estimulado entre los varones); la expectativa de resistencia femenina a las iniciativas masculinas; y la idea de que la actividad sexual de las mujeres debe tener como contraparte necesaria los sentimientos amorosos del compañero y/o una relación monogámica con cierta continuidad temporal (el noviazgo), sino significaría dejarse usar sexualmente (mientras que los varones, en cambio, pueden presentar a sus encuentros sexuales como motivados exclusivamente por la curiosidad o excitación).

### Un horizonte regulativo

La figura de la "puta" actúa como un horizonte regulativo para estas adolescentes: al reflejar trasgresiones a una normatividad sexual femenina muy difundida entre pares, indica aquello que no deberían hacer, ni ser. Quien escucha un chisme que atribuye



esta reputación a una tercera persona percibe qué debe evitar para no ser difamada y, simultáneamente, recuerda la norma trasgredida.

¿Qué consecuencias tiene esta regulación? Que las adolescentes eviten ciertos comportamientos sexuales o los oculten, por el desprestigio que conllevarían. ¿Esto les trae algún tipo de reputación positiva? En los testimonios no aparece ninguna reputación ni modelo femenino positivo, a diferencia de lo que sucede en otros países latinoamericanos con la figura de la "virgen", producto de la influencia católica.<sup>47</sup> La ausencia de un ideal así entre estos adolescentes puede atribuirse tanto a su perfil religioso (en su mayoría bautizados cristianos, pero no practicantes) y el de la sociedad local (con un escaso peso del catolicismo), como a la creciente secularización de los valores sexuales por el impacto de discursos modernos sobre sexualidad (como la psicología y los derechos sexuales y reproductivos). La ausencia de un ideal femenino claramente delineado mostraría una transición en las nuevas generaciones de adolescentes urbanos, que ya no valoran un modelo de mujer asociado a la pureza sexual y la virtud moral (algo que también refleja su total falta de referencias a la virginidad femenina), pero que tampoco cuentan con una figura alternativa que opere como horizonte positivo en términos sexuales. Sólo permanece la "puta" marcando aquello que una mujer no debería ser.

Ahora bien, evitar u ocultar comportamientos no son las únicas opciones ante esta regulación: también dan explicaciones alternativas de la reputación de "puta", que actúan como estrategia defensiva.

**Inés:** Uno de los factores que influye mucho en este tema que venimos hablando es la envidia, el resentimiento. El hecho de que, por ejemplo, si una chica es re linda y se puede poner un pantalón ajustado, ésa ya es una puta. O si todos los chicos andan atrás de ella, o es bonita de cara o es simpática, ella ya, listo, es una puta. [...]

**Entrevistadora:** ¿Y a vos te pasó que digan de vos: "Ah, Inés es re puta"?

**Inés:** Todo el tiempo. Todo el tiempo.

**Jimena:** Inés es la trola y Jimena es la puta.

**Entrevistadora:** Esa diferencia entre trola y puta no la entiendo.

**Jimena:** Es lo mismo.

**Inés:** Pero a lo que voy es que a mí me chupa un huevo [no me importa], porque yo sé que las personas que de verdad me quieren saben que yo no soy ni trola, ni puta, ni nada. Ya con eso a mí me basta. Aunque una chica diga que yo soy trola porque me pongo una minifalda y me queda bien, [igual] la voy a usar. Porque yo sé que me queda bien y me encanta usarla, la voy a usar. Me chupa un huevo,

---

47. Ambas figuras se contraponen: mientras que la "puta" condensa el erotismo, el placer y el pecado, la "virgen" representa la pureza, el pudor y la virtud, según estudios en Chile, México y Perú (Fuller, 1995; Amuchástegui, 2001; Barrientos y Silva, 2006).

porque yo sé que esa chica seguro que es una gorda de mierda que no la mira nadie.

(Inés y Jimena, ambas de 17 años).<sup>48</sup>

Inés introduce al deseo masculino y a la envidia femenina como motores de la reputación negativa de ella y Jimena, su mejor amiga. Plantea que sus atributos físicos y de personalidad provocan atracción en los varones y resentimiento en las mujeres, principalmente en las que no son atractivas. Esta explicación de Inés actúa como una estrategia de resistencia a la desvalorización que implica ser considerada "puta". Al sostener que esto ocurre por sus rasgos socialmente más apreciados y moralmente incuestionables (la belleza física y la simpatía), Inés subvierte y reorganiza la jerarquía de mujeres: ella y Jimena pasan de ser criticadas por sus pares a estar entre las más valoradas por los varones, en ambos casos por los mismos atributos. Así cuestiona dicha reputación negativa, al invertir el tono de sus razones: las tratan de "putas" por la envidia de que ellas sean simpáticas y tengan caras y cuerpos "lindos", que les permiten lucir minifaldas o pantalones ajustados.

Es interesante que su explicación corra totalmente de escena a los comportamientos sexuales. Al leer las entrevistas completas vemos que Inés transó con dos varones en una misma noche y que ambas tuvieron relaciones sexuales con parejas ocasionales. Que den argumentos alternativos y omitan las trasgresiones que justificarían calificarlas de "putas" son formas de resistencia que sólo se comprenden porque dicha categoría es efectiva para desvalorizar a una mujer: si no dañase su imagen pública, nadie se defendería de este modo. Viendo la lógica de este dispositivo de control de la sexualidad, la trasgresión parece ser la condición para que exista la norma, ya que sin ella no se pueden efectuar castigos que hagan manifiesto el ejercicio del poder (Amuchástegui, 2001: 347). En este sentido, que Inés y Jimena continúen con los comportamientos sexuales que sirven a sus pares para desprestigiarlas no significa que se sitúen por fuera de este dispositivo, ni que conmuevan su funcionamiento.

### La oposición "puta-ganador"

Sin embargo, algunas mujeres cuestionan la figura de la "puta", a partir de su oposición con la del "ganador":

---

48. Si bien las entrevistas fueron individuales, este pasaje transcribe el único momento en que dos personas fueron entrevistadas juntas. Como eran amigas, sobre el final del encuentro con Inés llegó Jimena y dio su opinión cuando la primera se lo pidió. Luego Jimena fue entrevistada a solas.

**Entrevistadora:** Y que la gente hable, ¿influye en lo que vos hagás?

**Inés:** No sé en lo que yo haga, pero en general influye en las personas. Porque uno a veces se siente mal: vos salís con un chico un viernes, al otro día transás con otro chico, y después sos una puta de mierda. [...] Un varón que 'esté' con diez mujeres es un ganador. Una mina que 'esté' con diez tipos [varones] es una puta, prostituta. Porque es así acá y en la China. (Inés, 17 años).

Un varón es calificado de "ganador" por cambiar constantemente de compañera sexual o por transar con más de una chica en poco tiempo. "Cuando un chabón en una noche se 'agarra' cinco minas pasa a ser un capo. Y una mina donde se 'agarra' cinco chabones en una noche pasa a ser una puta. Son cosas muy distintas", dice Johnny. En este contexto, "ganador" alude a un varón que "ganaría" contactos sexuales con diferentes mujeres.<sup>49</sup>

Esto significa que los mismos comportamientos confieren reputaciones sexuales de valor diametralmente opuesto a mujeres y varones: mientras que la de "puta" reviste un tono moralmente condenatorio, la de "ganador" posee un carácter elogioso. Además de esta oposición, hay una complementariedad necesaria entre ambas figuras: para que haya "ganadores" tienen que existir "putas", es decir, mujeres sexualmente disponibles como parejas ocasionales y/o que cambien de compañeros sexuales frecuentemente.

Esta desigual valoración explica por qué el capítulo se centra en la figura de la "puta", pues la del "ganador" no se construye mediante chismes. Tal como los definimos, éstos contienen informaciones despreciativas sobre terceros, que pueden dañar su imagen pública; por el contrario, la reputación de "ganador" tiene un tono celebratorio y difícilmente desvalorice a quien es calificado de este modo.<sup>50</sup> Un chisme sobre un "ganador" sería un oxímoron.

¿Por qué estas mujeres no intentan desprestigiar sexualmente a los varones? Porque no se trata de una cuestión de voluntad sino de la capacidad limitada que tienen para hacerlo: si una adolescente que transó o tuvo relaciones sexuales con un varón lo critica públicamente por su desempeño ("cuando me acosté con..."), se expone a sí misma a críticas al revelar su actividad sexual (a diferencia de los varones, de quienes

---

49. Su sinónimo es "capo", que originariamente refiere al jefe de la mafia y entre jóvenes se utiliza para designar a quien es muy capaz en una actividad. Aquí indica que un adolescente merece dicho reconocimiento por su desempeño sexual, reflejado en la cantidad de compañeras y experiencias sexuales que tuvo.

50. Aunque excede al objetivo del capítulo, cabe pensar que la categoría de "ganador" también actuaría como un horizonte regulativo de los comportamientos, incitando a los varones a sumar parejas y encuentros sexuales para así obtener una reputación sexual positiva, lo que refleja otra dimensión productiva del poder.

se espera que hagan alarde de su vida sexual). Esta limitación no es aleatoria: cuando señalamos que operan normas y valores de género tradicionales significa que existe una desigualdad manifiesta entre varones y mujeres que por lo general privilegia a los primeros y perjudica a estas últimas. En suma, como venimos mostrando a lo largo del libro, las expectativas de género y la normatividad sexual se imbrican sistemáticamente: la desigualdad entre varones y mujeres se plasma en una desigual regulación de sus comportamientos sexuales.

Algunos varones y varias mujeres reconocen y critican esta desigualdad de género que sustenta las categorías de "puta" y "ganador", lo que no les impide utilizarlas al referirse a sus pares. El carácter machista de la sociedad explicaría por qué ante los mismos comportamientos las mujeres reciben críticas y los varones elogios:

**Eugenia:** Parece que es mucho más interesante contar sobre la vida de una mujer. Incluso un chico que se 'agarra' cinco chicas en una noche, "¡oh, qué chico!" Y si una chica 'está' con cinco, "¡oh, qué puta!" Es esa diferencia: se habla mucho peor de las chicas que de los chicos.

**Entrevistadora:** ¿Y vos por qué pensás que es eso?

**Eugenia:** Porque tenemos una sociedad machista. Y todo lo que haga un hombre está bien, y lo que haga una mujer: "¡Qué mal que estuvo!" "¿Cómo no lo pensó?" "¡Qué puta que es!"

(Eugenia, 17 años).

Estas opiniones cuestionan al machismo, un escenario cultural muy extendido en América Latina (aunque no exclusivo de esta región), que delinea normas y roles de género rígidos y de gran inequidad. El machismo considera a las conquistas sexuales de los varones como expresiones de su masculinidad (a mayor número, mayor virilidad), mientras que divide al universo femenino entre "vírgenes" y "putas" (Fuller, 1995; Gutmann, 2000).

Al criticar las figuras de la "puta" y el "ganador", estas adolescentes apelan a una noción de igualdad de género en las relaciones heterosexuales, deudora del ideal igualitario del feminismo y el movimiento de mujeres, de creciente influencia en las nuevas generaciones de jóvenes de sectores urbanos en América Latina (Cáceres, 2000: 31; Amuchástegui, 2001: 341; Jelin, 2004: 30). Si bien de modo más indirecto, sus opiniones también reflejan el impacto del ingreso masivo de las mujeres al mercado de trabajo y a la escolarización, fenómenos progresivos a partir de la segunda mitad del siglo XX en Argentina, que impulsaron a cuestionar ciertas asimetrías entre varones y mujeres (Torrado, 2003; Wainermann, 2007). Por último, la desigualdad de género exacerbada, traducida en una doble moral sexual evidente a sus ojos, resulta difícil de compatibilizar con el discurso democrático en el que se criaron estas y estos adolescentes, nacidos en la Argentina de fines de los años ochenta. De hecho, algunas

de estas chicas reclaman igualdad y mayor libertad sexual para que las mujeres puedan llevar adelante los comportamientos que deseen sin verse expuestas al desprestigio:

Me parece que la mujer tendría que tener más libertades. Porque, por ejemplo, si vos tenés relaciones con no sé cuántos, porque tengo muchas amigas que las discriminan porque tienen sexo con tantos tipos y dicen: "Ésa es una puta de mierda". [...] Y hay una discriminación, porque si el hombre puede, ¿por qué la mujer no? Entonces me parecería correcto que la mujer tenga los mismos derechos del hombre, que no sea discriminada.  
(Florencia, 18 años).

Para que las mujeres tengan más libertades y alcancen cierta igualdad en el plano sexual creemos que deberían disolverse aquellas figuras moralmente corrompidas o sexualmente degradadas, como la "puta", que son funcionales como estrategias de control de su sexualidad.

#### 4. Reflexiones finales

Este capítulo exploró la producción y circulación de chismes como un dispositivo de control social de la sexualidad de adolescentes, que articula vigilancia, regulación y sanción de sus comportamientos. Lejos de afectar de manera equivalente a mujeres y varones, esta dinámica reproduce jerarquías sexuales entre adolescentes, al desprestigiar a ellas por los mismos comportamientos que valorizan a los varones.

¿Cuál es la particularidad de este circuito de chismes en una ciudad mediana como Trelew? Su particularidad reside en la influencia combinada de tres rasgos locales: se da un alto nivel de interconexión entre pares, por el tamaño reducido de la red social (la cantidad de adolescentes) y la escasa oferta de lugares de esparcimiento nocturno juvenil (pubs y boliches). A diferencia de lo que sucede en una gran urbe como Buenos Aires, para un adolescente Trelew no ofrece circuitos alternativos de diversión adonde huir de la mirada de sus pares (con quienes también comparte escuela), ni otras redes de personas de su edad para juntarse. Desde su percepción, es inevitable este estrecho contacto: pese a vivir en una ciudad mediana de noventa mil habitantes, el conocimiento interpersonal mutuo, la frecuencia de los encuentros y la posibilidad de vigilarse unos a otros aproximan al conjunto de adolescentes de clase media de Trelew a la experiencia de una pequeña comunidad, no por sus dimensiones espaciales (como un barrio o un pueblo) sino a partir de sus claros límites de edad y perfil socioeconómico. La combinación de estos rasgos locales explica la dificultad para mantener en secreto determinados acontecimientos, la intensidad de la producción de chismes, su rápida circulación y extendido alcance. A su vez, quienes producen, transmiten y protagonizan estos chismes conforman una pequeña comunidad de

sentido que comparte normas sexuales, conoce las sanciones por trasgredirlas y sufre los conflictos que se desencadenan por la circulación de estos chismes.

¿Qué dinámicas de poder operan en este dispositivo de control de la sexualidad? Es decir, ¿qué tipo de relaciones de poder se despliegan y con qué consecuencias? Este dispositivo se sustenta en –y simultáneamente refuerza– relaciones asimétricas de género, que se manifiestan en su desigual regulación y sanción de los comportamientos sexuales según se trate de varones o mujeres.

El punto de partida en común es que tanto unos como otras vigilan qué hacen sexualmente sus pares y se sienten vigilados, mediante la observación y los chismes. Sin embargo, de todos sus chismes sólo aquellos sobre infidelidades perjudican a los varones (por la ruptura de noviazgos o peleas con otros varones). A las mujeres, en cambio, también las afectan los chismes sobre haber transado o tenido relaciones sexuales con parejas ocasionales o con "muchos" compañeros en poco tiempo. ¿Cuál es la principal consecuencia para ellas? El desprestigio social al ser consideradas "putas", una estrategia específica del dispositivo de control a través del chisme. La figura de la "puta" actúa como un horizonte regulativo para las mujeres: quien escucha un chisme que define así a una tercera persona aprende qué debe evitar para escapar a esta reputación y, simultáneamente, recuerda la norma sexual trasgredida. Esta estrategia de control implica un ejercicio de poder mediante ciertas acciones entrelazadas (observar conductas, generar y transmitir chismes, actualizar normas, construir reputaciones) que incitan o inhiben otras acciones: algunas chicas ocultan o evitan determinados comportamientos.

Esta dinámica produce una jerarquía sexual entre adolescentes, basada en expectativas de género tradicionales, donde se inscriben las figuras de la "puta" y el "ganador". Sus connotaciones valorativas expresan una desigualdad entre mujeres y varones, que atraviesa tanto la evaluación moral de sus actividades sexuales como el tono de las reputaciones que se desprenden de éstas. Dicho de otro modo, por los mismos comportamientos (tener "muchas" parejas y/u ocasionales) las mujeres son criticadas y los varones elogiados, y pasan a ocupar lugares de valor opuesto en esta jerarquía: la mujer una posición degradada (de "puta") y el varón una prestigiosa (de "ganador").

¿Son las únicas categorías en esta jerarquía de sujetos sexuales? Mientras que para las mujeres no aparece otra figura claramente delineada (que constituya un ideal femenino positivo), los capítulos previos muestran que en los varones a la figura del "ganador" se opone la del "boludo". Esta categoría negativa alude a la incompetencia sexual de un adolescente por no haber tenido relaciones para los 15 años (edad esperada por sus pares para el debut sexual). De ahí que "boludo" habitualmente se asocie a términos como "virgen" y "pajero": un varón que se masturba a esa edad es un "perdedor", porque significaría que aún no tuvo y no consigue parejas para tener relaciones, y por ende ocupa un lugar desvalorizado en la jerarquía sexual.

Sin embargo, hay resistencias a este dispositivo de control y críticas a las jerarquías que produce. Las explicaciones alternativas de Inés y Jimena, que colocan al deseo masculino y la envidia femenina como las razones por las que son consideradas "putas", subvierten estas jerarquías. Primero, al destacar la atracción que despiertan en los varones por su belleza física y simpatía introducen una apreciación positiva del erotismo femenino y, bajo esta nueva coordenada, se sitúan en una posición valorada socialmente. Segundo, al atribuir a la envidia de otras mujeres el hecho de ser calificadas de "putas", subrayan el carácter espurio de su desprestigio. Por último, estos argumentos les ayudan a enfrentar sus experiencias sexuales con los significados negativos que les dan sus pares. Que Inés y Jimena continúen con aquellos comportamientos que pueden acarrearles una reputación negativa (tener parejas ocasionales o transar con "muchos" en una misma noche) muestra que este dispositivo de control dista de ser monolítico. Pero no significa que ellas lo desconozcan: para "seguir haciendo su vida" tienen que elaborar explicaciones alternativas de su desprestigio.

Otra forma de resistencia a este dispositivo son los cuestionamientos de algunas mujeres a las categorías de "puta" y "ganador", que atribuyen al machismo de la sociedad. En sus críticas apelan a una noción de igualdad de género en las relaciones heterosexuales, que refleja la influencia en las nuevas generaciones del perseverante discurso feminista y de la creciente escolarización e ingreso al mercado laboral de las mujeres. Esto también se expresa en su reclamo de igualdad y mayor libertad para las mujeres para poder llevar adelante su vida sexual sin verse expuestas al desprestigio. En suma, varias de estas adolescentes no sólo reconocen la desigualdad entre varones y mujeres que sostiene este control diferenciado de la sexualidad, sino que también demandan cambios.

Para concluir, vale la pena señalar tres límites de sus críticas y resistencias, así no perdemos de vista la vigencia y el impacto de esta estrategia de control. Primero, la aparición espontánea de la figura de la "puta" en los testimonios no implica su cuestionamiento: la mayoría simplemente la usa al contarnos chismes durante las entrevistas. Aunque las razones de esta reputación varían según el contexto, su recurrente presencia entre jóvenes de diferentes países de América Latina<sup>51</sup> permite considerarla el principal estereotipo de la sexualidad femenina en la región, que define (por oposición) el espacio legítimo para la expresión de los deseos sexuales de las mujeres y los vínculos apropiados para tener actividad sexual. Segundo, incluso quienes intentan distanciarse del uso de la categoría "puta" oscilan entre, por un lado, un incipiente discurso igualitario en términos de género y de mayor libertad sexual femenina y, por el otro, los valores tradicionales que subyacen a esta reputación (como el rechazo a un interés sexual autónomo de las mujeres). Así, algunas chicas que denuncian la injusticia que supone esta categoría, también la usan para criticar a otras adolescentes.

---

51. Al respecto, ver los trabajos de Parker (1991), Fuller (1995), Cáceres (2000), Amuchástegui (2001), Castillo (2003), Sosa (2004) y Barrientos y Silva (2006), entre otros.

## Capítulo 6. Chismes y control social

Por último, pero no menos importante, a ninguna de estas mujeres le resulta indiferente ser calificada de "puta": evitar comportamientos sexuales, ocultarlos, defenderlos discursivamente, sentir malestar por ser desprestigiada, cuestionar esta categoría y reclamar igualdad y libertad sexual son buenas pistas de la vigencia e impacto de la figura de la "puta" como estrategia de control social.

Sin embargo, no sólo las mujeres son desacreditadas socialmente en este contexto: los varones homosexuales también ocupan una posición desvalorizada en la jerarquía de sujetos sexuales de estos adolescentes. En el siguiente capítulo exploramos el proceso de estigmatización y discriminación hacia homosexuales que produce su desvalorización social.



## Capítulo 7

### Homosexualidad: discreción o violencia

Se espera que los estigmatizados actúen con caballerosidad y que no fueren las circunstancias; no deben poner a prueba los límites de la aceptación que se les demuestra ni tomarla como base para demandas aún mayores.

La tolerancia, por supuesto, es en general parte de un convenio.  
(Erving Goffman, *Estigma*)

"Puto", "trollo de mierda", "maricón". Burlas, insultos y agresiones físicas, en la escuela, el boliche y la calle. La vida de un adolescente homosexual o sospechado de serlo está marcada por violencias cotidianas.

Este capítulo explora la estigmatización y discriminación hacia adolescentes varones homosexuales.<sup>52</sup> Lejos de tratarse de comportamientos individuales aislados, es un proceso relacional que articula dinámicas que los desvalorizan y violentan.

Este proceso combina prácticas de construcción de sentidos negativos y marcaje (estigmatización) y prácticas de exclusión (discriminación). El estigma es un determinado rasgo físico, identitario y/o de comportamiento de un sujeto, que lo marca y rebaja socialmente (Goffman, 2001). Alguien estigmatizado es visto como inferior, despreciable o peligroso. La discriminación, por su parte, consiste en la exclusión social legitimada. Se basa en un estereotipo que naturaliza una identidad fijándola alrededor de ciertos rasgos, a los que se les atribuye un carácter negativo (Belvedere, 2002). Por ejemplo, considerar una característica intrínseca a la homosexualidad masculina el afeminamiento en los gestos y en la forma de caminar. Decimos que la discriminación es un fenómeno relacional, pues debe haber al menos dos sujetos mutuamente orientados en sus acciones. Para recuperar ambas perspectivas, abordamos el contrapunto de testimonios de adolescentes gays y heterosexuales. A su

---

52. Nos centramos en los varones homosexuales pues en las entrevistas casi no mencionan a otros sujetos no heterosexuales. Para un panorama de la discriminación y la violencia hacia estos sujetos en Argentina, ver los trabajos de Berkins y Fernández (2005), Figari *et al.* (2005), Jones *et al.* (2006) y Berkins (2007).

vez, la discriminación puede ser real o presentida (Pecheny, 2002), es decir, efectivamente ejecutada (por ejemplo, mediante un insulto) o cuando, anticipándose a un rechazo, una persona deja de hacer algo (por ejemplo, no va a un lugar) o su entorno la protege (por ejemplo, ocultándola).

Si bien la estigmatización y la discriminación son fenómenos muy extendidos socialmente, tienen ciertas particularidades cuando afectan a homosexuales en una ciudad mediana y alejada de las grandes urbes. En el primer apartado presentamos dichas particularidades. En el segundo proponemos un modelo para interpretar y sistematizar las dinámicas de este proceso de estigmatización y discriminación. Es un modelo analítico construido a partir de las experiencias y opiniones de los propios adolescentes, tanto de los dos que manifestaron ser gays (Santiago y Fredy),<sup>53</sup> como del resto de los varones y todas las mujeres entrevistadas (que dieron a entender o expresaron ser heterosexuales).<sup>54</sup>

## 1. "Ciudad chica, infierno grande"

Judíos, bolivianos, pobres, indígenas, prostitutas. Muchos y diversos sujetos son estigmatizados y discriminados en Argentina. ¿Cuáles son las particularidades de estos fenómenos cuando se trata de homosexuales?

En las sociedades occidentales históricamente se ha ubicado a los actos y/o personas homosexuales en el campo del pecado, la perversión, la patología o el delito (Figari, 2009). Los varones heterosexuales entrevistados dan este tipo de definiciones: para ellos la homosexualidad es una "enfermedad", "degeneración" o "anormalidad". Repiten una y otra vez que "no comprenden" a los homosexuales, algo que se explica tanto por su falta de amistad y charlas con homosexuales, como porque jamás han hablado en serio sobre el tema, ni en la escuela, ni con su familia o sus pares. Son precisamente los varones heterosexuales quienes discriminan a los varones homosexuales de manera más frecuente y abierta. Las mujeres ocupan un papel secundario en este proceso, ya sea participando ocasionalmente de las dinámicas de discriminación menos violentas o como amigas de los gays discriminados.

---

53. Utilizamos "homosexual" o "gay" para referirnos a varones que tienen relaciones eróticas con otros varones. Mientras que "homosexual" es la palabra que utilizan mayoritariamente las y los heterosexuales entrevistados, "gay" es la que usan los dos adolescentes que se identifican como tales. En el capítulo usamos uno u otro término según qué perspectiva del proceso queremos destacar.

54. Además de las entrevistas, hicimos observaciones durante dos meses en espacios de sociabilidad juvenil (como plazas, boliches y pubs), donde tuvimos charlas informales con otros adolescentes gays y heterosexuales.

La homosexualidad como motivo de estigmatización y discriminación tiene dos singularidades. Por un lado, su relativa no evidencia ante los demás (en contraste con el color de piel, por ejemplo) permite a los sujetos un manejo diferenciado de la información, que actúa como un recurso de protección. Hasta cierto punto, un varón homosexual tiene la capacidad de simular, optando por revelar u ocultar su homosexualidad y ante quién, cómo, dónde y cuándo (Goffman, 2001: 56). Por otro lado, en principio la homosexualidad no es compartida por la familia, lo que diferencia a los homosexuales de los miembros de otras categorías discriminadas (religiosas, étnicas, nacionales): un adolescente que va descubriendo su deseo por personas del mismo sexo teme el rechazo de ese entorno primario, lo que puede demorar su decisión de comunicarlo, y una vez que lo haga posiblemente no encuentre el apoyo espontáneo de su familia (Pecheny, 2002: 127-128).

Estas capacidades y expectativas de y sobre los homosexuales varían según el contexto en que se encuentren. Los varones y mujeres que entrevistamos comparan el día a día de un adolescente homosexual en Trelew y cómo imaginan o han visto que es en la ciudad de Buenos Aires, y su conclusión unánime es que resulta más difícil ser homosexual en una urbe menor. ¿Por qué? Porque existe una serie de particularidades locales que favorecerían su estigmatización y discriminación.

Primero, la combinación entre una mayor homogeneidad cultural y una mentalidad más conservadora<sup>55</sup> torna a un homosexual alguien "súper raro" en Trelew:

**Entrevistadora:** ¿Y cómo sería ser homosexual y adolescente en Trelew?

**Malena:** Todos lo verían como que es súper raro, re distinto. Capaz que lo dejarían de lado porque, o sea, adolescentes así no se ven muchos. Por ahí vos ves alguno que camina medio medio y te das cuenta que es así.  
(Malena, heterosexual, 17 años).

**Santiago:** Trelew es una ciudad chica y un infierno grande.

**Entrevistador:** ¿En qué sentido?

**Santiago:** En el sentido de que acá la gente tiene mente de mosquito, cerebro de mosquito. No acepta a gente diferente a ella. Cuando todos somos diferentes en la vida. Si te ponés a pensar, nadie es igual. Y lo que más me molesta es que todo el tiempo la gente se esté fijando en cómo sos. Por ejemplo, cuando me gritan cosas, eso me parece que es meterse en mi vida.  
(Santiago, gay, 17 años).

En este contexto un homosexual es "súper raro" porque llama la atención al trasgredir normas de género muy difundidas (por ejemplo, cómo debería caminar

---

55. Cuando describimos a Trelew en términos relativos ("mayor", "menor", etc.), el parámetro de comparación es la ciudad de Buenos Aires, usado por las y los adolescentes en las entrevistas.

un varón) y, además, porque son muy pocos los que se auto-identifican en público como gays. Esto explica por qué los dos gays entrevistados durante mucho tiempo no conocieron a otros gays en Trelew, ni siquiera de vista.

Una segunda particularidad local es la escasa oferta de lugares de encuentro y esparcimiento nocturno, que favorece el marcaje de homosexuales y genera una discriminación presentida que restringe sus espacios de circulación y permanencia. Anticipándose a formas de discriminación efectiva, algunos gays dejan de ir a los pubs y boliches porque se sienten observados y presumen que serán objeto de burla. Este retraimiento defensivo limita notablemente las posibilidades de contactos: en Trelew no existe un circuito específico para gays –a diferencia de las grandes urbes de Argentina (Sívori, 2004)–, ni se está cerca de otras ciudades que sí lo tengan (una alternativa para quienes viven próximos a Rosario, Córdoba o Buenos Aires). Para los homosexuales de Trelew, la disyuntiva es entre permanecer en casas de amigos o aceptar los riesgos de ir a boliches donde no suelen ser bienvenidos.

Tercero, en un contexto en el que las personas jóvenes están fuertemente interconectadas (como desarrollamos en el capítulo anterior), la información que resulta atractivo difundir circula con gran rapidez a través de chismes:

**Entrevistadora:** ¿Y qué opinás acerca de las personas homosexuales en ciudades como Trelew?

**Cecilia:** Probablemente van a ser más juzgadas porque van a ser conocidas por más gente a la que le pueda interesar eso. Porque es algo que corre enseguida y que es comentario. Tenés que estar muy bien parado frente a eso para que no te afecte. Eso por un lado. Y por el otro, el hecho de que tal vez hay menos. Desconozco las proporciones, pero tal vez Buenos Aires permita para una minoría una mayor cantidad de posibilidades de conocer gente, ¿no?

(Cecilia, heterosexual, 16 años).

Los chismes siempre refieren a terceras personas, a quienes perjudican y/o dañan su imagen pública. Para los homosexuales, ser objeto de chisme supone su marcaje y potencial hostigamiento de parte de los varones que se enteran.

Por último, la combinación de los rasgos previos produce una falta de anonimato y de confidencialidad respecto de los comportamientos sexuales y afectivos:

**Santiago:** Trelew es tan chico que cuando yo conozco a una persona, yo a esa persona la voy a ver una, dos, tres, cuatro veces por semana o por mes. Yo a una persona de Buenos Aires o una ciudad más grande no la veo tan seguido. O quizás no la veo más. De hecho, en Buenos Aires conocés a una persona un sábado [en el boliche] y por ahí no la vez más en tu vida. Es una ciudad tan grande que quizás no la volvés a ver más.

**Entrevistador:** ¿Y acá en Trelew?

**Santiago:** Acá en Trelew son de enterarse muy rápido de las cosas. Yo te cuento algo a vos, vos se lo decís a otra persona y por ahí a la semana se enteró todo el mundo. Me pasó [cuando me puse de novio] con Eduardo. Se enteró [mi amigo] Javier –no sé de qué forma se enteró– de que estaba con Eduardo y se encargó de contárselo a toda la escuela. Y toda la escuela sabía que yo tenía pareja. (Santiago, gay, 17 años).

En suma, en Trelew es muy dificultosa la posibilidad de una "doble vida" (esto es, el mantener un vida gay en secreto, por ejemplo, estando en pareja con otro varón), tanto por la falta de circuitos gays de encuentro y la enorme distancia hasta las urbes que los tienen, como porque incluso aquello que se haga en privado puede volverse público por la intensa circulación de chismes. Esta circunstancia obliga a evaluar los costos sociales de determinadas prácticas sexuales antes de llevarlas adelante, regulando de este modo los comportamientos de los adolescentes.

## 2. De la sospecha a los golpes

La estigmatización y discriminación a homosexuales reproduce jerarquías sexuales donde ellos ocupan una posición desvalorizada. ¿Cómo opera este proceso? Para responderlo construimos un modelo que identifica seis dinámicas, donde cada una involucra una o más prácticas de marcaje y/u hostigamiento: a) detección; b) tolerancia; c) burlas y chismes; d) señalamientos y cargadas; e) insultos gritados; y f) agresiones físicas. Ordenamos estas dinámicas, primero, por su creciente violencia simbólica y física y, segundo, por quién es su público. Es decir, quiénes perciben estas prácticas en el momento en que suceden: los sujetos que las realizan, el que es su objeto y/o terceras personas.

Con este modelo pretendemos mostrar cómo se da en el día a día la estigmatización y discriminación a adolescentes varones homosexuales –a partir de sus protagonistas y testigos– y, simultáneamente, ofrecer un marco para explicar dicho proceso.

### DetECCIÓN

El punto de partida de cualquier estigmatización es detectar quién posee el rasgo desvalorizado, cuando éste no es inmediatamente evidente (como el color de piel). Los varones homosexuales precisan ser detectados "porque son bastante parecidos a nosotros, nada más que les gustan los hombres", dice Pablo.

En la adolescencia, la sospecha de homosexualidad pesa potencialmente sobre todo varón (Fuller, 2001: 100-117; Viveros, 2002: 203-216). Cuando alguna actitud alimenta esta sospecha sobre alguien, empiezan a construirse sentidos negativos al hablar de él –en su ausencia y sin que lo sepa– mediante términos de connotaciones

peyorativas, como "puto", "trollo" o "maricón". Es importante notar que en el lenguaje discriminatorio "no es tanto que haya una verdad previa por develar, sino que el mismo discurso que refiere al discriminado lo constituye como tal" (Belvedere, 2002: 60), por eso planteamos que esta detección ya inicia el proceso de discriminación.

¿Cómo detectan a los varones homosexuales? Porque se juntan sólo o mayoritariamente con mujeres, por su modo de vestirse (por ejemplo, con remeras muy ajustadas) y, sobre todo, por la forma afeminada de hablar, gesticular y caminar (por ejemplo, moviendo las caderas). Esto significa que la información sobre la homosexualidad, en tanto estigma, es corporizada: es transmitida por la misma persona a la que marca a través de la expresión corporal (Goffman, 2001: 58), aunque luego sea expandida por otras vías (como el chisme).

Vale la pena adelantar que, a lo largo de este proceso, operan simultáneamente dos criterios de detección y rechazo a los homosexuales: a la orientación del deseo y la actividad sexuales, se suma la expresión de género (cuán femeninos o masculinos se muestran). Para estos adolescentes, los rasgos considerados femeninos en un varón indican su potencial homosexualidad. ¿Cómo se explica esta relación? En sociedades con valores patriarcales se identifica masculinidad con heterosexualidad, por lo que cada varón debe demostrar su identidad masculina convenciendo a los demás de que no es homosexual (Badinter, 1994: 62). Tal como apuntamos en el capítulo 4 sobre las presiones a Pablo para que debute sexualmente con una mujer, la prescripción de heterosexualidad está asociada a la masculinidad hegemónica: para encarnar dicha masculinidad, el varón sí o sí debe tener relaciones sexuales con mujeres. Como reverso de esta asociación, el desprecio a aquello visto como afeminado en un varón refleja cómo la heterosexualidad hegemónica (naturalizada y obligatoria) también prescribe un tipo de masculinidad específica: aquella que presenta una estética y actitudes viriles, "de machos". En este sentido, la existencia de la homosexualidad es fundamental para la constitución de la identidad masculina heterosexual, pues materializa todo aquello que un varón no debe ser ni hacer en términos sexuales y de género.

### Tolerancia

A pesar de su rechazo a la homosexualidad y a comportamientos que atribuyen a los homosexuales, muchos varones heterosexuales los toleran dentro de ciertos límites:

**Leonardo:** Yo te diría que la mayoría [lo] acepta, pero por lo general le piden que vaya paralelo: "Que seas puto sí, pero a mí no me toques".

**Entrevistador:** ¿Hay cierto temor al "lance" [propuesta sexual] o...?

**Leonardo:** Y claro, sí, al "lance" y a que esté cerca también. Los comentarios por ahí son: "No hay drama que sea puto, pero que se mantenga de lado, al costado, que no haga... que no te roce, que no te venga a hablar" y ese tipo de cosas. [...]

Hay todo un tema de discriminación, digamos, como que no se los ataca, pero no se les permite tampoco que se acerquen. [...] En mi colegio, como que se lo mantiene al costado. Intentan no juntarse.  
(Leonardo, heterosexual, 18 años).

La tolerancia es permitir la manera de vivir de aquel que se considera diferente, "pero significa al mismo tiempo admitir la presencia del otro a regañadientes, la necesidad de soportarlo o simplemente dejarlo subsistir" (Pecheny, 2002: 131). Está muy lejos de la plena aceptación y del reconocimiento social: sin una definición negativa de la homosexualidad, la tolerancia no tendría razón de ser (Meccia, 2006: 77). La mera existencia de homosexuales demanda un esfuerzo de tolerancia de estos adolescentes porque los consideran –en algún sentido relevante– despreciables y amenazantes.

Así las cosas, los toleran porque existen y van a seguir existiendo, "nos guste o no" dice Andrés, pero pueden permanecer relativamente indiferentes a ellos. Una indiferencia limitada y –aunque parezca un contrasentido– más actuada que espontánea constituye su estrategia de tolerancia.

Es una indiferencia *limitada* porque la homosexualidad "no les da lo mismo" (no les resulta indiferente), sino que les desagrada y la rechazan. ¿Cómo lidian con este rechazo? Mediante una especie de pacto tácito para recorrer caminos paralelos: no atacan a los homosexuales, pero tampoco les permiten acercarse. "No hay drama [con] que sea puto, pero que se mantenga de lado, al costado..., que no te roce, que no te venga a hablar", sintetiza Leonardo. Son los heterosexuales quienes plantean este pacto, porque la tolerancia siempre es un acto de poder que supone una concesión a los más débiles, en este caso, a los homosexuales en tanto potencial objeto de agresión. La tolerancia se desarrolla en un campo de fuerzas desiguales, donde los más poderosos crean un horizonte legitimante del estado de cosas existente, que imprime en la conciencia de algunos sujetos el deber de tolerar y en otros la necesidad de ser tolerados (Meccia, 2006: 79). Para gozar de esta indiferencia tolerante, además de la distancia, se les exige discreción: "Puede interpretarse como si los no-homosexuales y los homosexuales hubieran establecido una suerte de pacto implícito en cuanto al estatus de la homosexualidad: la tolerancia social a cambio de la discreción y la invisibilidad" (Pecheny, 2002: 131).

Lejos de ser espontánea, esta indiferencia es más bien *actuada*, pues los adolescentes heterosexuales adoptan una actitud planificada y activamente indiferente. Se trata de acciones negativas –abstenciones intencionales de actuar–, como no acercarse, juntarse o hacerse amigo de homosexuales, así como evitar hablar de su deseo y actividad sexuales (temas de los que sí hablan con los pares heterosexuales). Esto lleva a un desconocimiento y una distancia que refuerza estereotipos y favorece otras dinámicas de discriminación. El *otro* homosexual se mantiene tranquilizadamente lejano (afectiva, simbólica, cognitivamente) y, por ende, es fácil de despreciar: a los

compañeros afeminados –sospechados de homosexuales–, sólo los ven en la escuela y no son sus amigos; a las parejas homosexuales de sus barrios, las conocen únicamente de vista y jamás hablan con ellas. Los testimonios reflejan un temor a la “contaminación” de la homosexualidad, pues “la tendencia del estigma a difundirse desde el individuo estigmatizado hacia sus relaciones más cercanas explica por qué dichas relaciones tienden a evitarse” (Goffman, 2001: 44).

Ahora bien, ¿por qué incluimos a la tolerancia como dinámica del proceso de estigmatización y discriminación? ¿No sería una actitud a celebrar en un ambiente hostil? Si bien resulta menos grave que las agresiones físicas, debemos subrayar que la tolerancia siempre implica violencia simbólica: son los heterosexuales quienes, a partir de su posición privilegiada, pueden definir qué son los homosexuales (y, dicho sea, no son muy benignos al respecto) y decidir ejercer la tolerancia; la situación inversa resulta impensable en este contexto. A su vez, esta tolerancia es muy frágil, ya que se rompe cuando los homosexuales “perturban” de algún modo a personas no homosexuales, lo que nos lleva a los límites de lo tolerable. Identificamos tres situaciones en que se quiebra la tolerancia.

La primera es cuando un homosexual (o sospechado de serlo) trasgrede en un ámbito público la expresión de género tradicionalmente esperada para un varón, rompiendo así el pacto tácito de discreción a cambio de no agresión. Que Santiago camine, gesticule y hable de manera afeminada motiva los insultos de otros adolescentes. Por eso sus padres le piden que no muestre y demuestre de este modo que es gay:

**Entrevistador:** ¿Y cuando vos salís hay algo que tus viejos te recomienden?

**Santiago:** Mi mamá me dice: “Moderación, moderación”. Me dice que no ande con un plumero en el culo, que no ande demostrándole a todo el mundo: “¡Ay, soy gay, soy gay!”. Nada más. [...] Cuando hemos tenido que hablar con mi papá del hecho de que yo soy muy extrovertido, andaba mucho por la calle, mostrándome, llamando mucho la atención. Ahora bajé, ya no soy tan así de perfil alto. Tengo el perfil un poco más bajo que antes. Hemos hablado con mi papá de eso y me dice: “Vos no tenés que andar con un florero en el orto, ni con plumas por todo el cuerpo. Porque no tenés necesidad. No te lleva a nada”.  
(Santiago, gay, 17 años).

El consejo de “moderación” y las peyorativas imágenes de sus padres, asociando linealmente la homosexualidad con el culo y el escándalo propio de una vedette (“un plumero en el culo”, “plumas en el cuerpo”, “florero en el orto”), apuntan a que Santiago no llame la atención siendo abiertamente afeminado en espacios públicos, algo que demostraría que es gay y podría suscitar agresiones.

Una segunda situación en que se quiebra la tolerancia es cuando un varón se besa en público con otro varón, una vez más, violando el pacto que exige discreción a cambio de la no agresión. Tanto Santiago como Fredy lo hicieron, y sus amistades más



cercanas ocultaron el beso (tapándolos o separándolos de su compañero), para evitarles insultos, agresiones u otra sanción social. Según Blumenfeld (s/r), a las personas homosexuales se las acusa de ser muy "llamativas" en sus expresiones públicas de afecto, se les transmite el mensaje de que hay algo intrínsecamente errado en su deseo homoerótico y que deberían mantenerlo para sí mismos, bien escondido. En este sentido, en Trelew –como en muchos otros lugares– opera un doble estándar de juicio respecto de la homosexualidad, según sea un espacio privado o público: mientras que se toleran las actividades sexuales entre dos varones en el refugio de las paredes de un cuarto (fuera de la vista del resto), es mucho más difícil soportar las expresiones públicas de afecto, como caminar de la mano por la calle o besarse en un boliche. Por caso, cuando dos amigos varones de Santiago se besaron y acariciaron en la pista de un boliche, a la semana siguiente el portero le prohibió la entrada a todo el grupo alegando que "sus amigos hicieron un espectáculo bastante subido de tono".<sup>56</sup>

Una última situación intolerable para los heterosexuales es cualquier acercamiento erótico de un homosexual. Experimentan un gran temor y rechazo a "que se metan" con ellos, pues consideran que las intenciones de los homosexuales siempre tienen un carácter sexual:

Es algo que a mí me da bastante bronca que al hombre le guste otro hombre. Es algo que no lo puedo terminar de entender. Yo tengo varios compañeros que son. [...] Te podés tratar, pero es algo que ellos por ahí quieren tener relaciones con vos. Te llevás cada porrazo, porque a lo mejor vos estás lo más bien con él y medio que él se te acerca...  
(Ignacio, heterosexual, 15 años)

Si bien hablan de intentos de "levante" de homosexuales a heterosexuales, son conjeturas o historias muy vagas porque no provienen de sus propias experiencias, sino que les fueron contadas por personas que muchas veces tampoco fueron sus protagonistas (es decir, chismes cuya fuente y contenido son difusos). Sin embargo, como ilustra el testimonio inicial de Leonardo, la sensación de amenaza es la forma preponderante de vivir la proximidad con un homosexual de parte de estos adolescentes heterosexuales. Según sus experiencias y opiniones, esa sensación está más presente en los adolescentes que en los adultos, y suele traducirse en un hostigamiento a los homosexuales. La sensación de amenaza de los heterosexuales ante un

---

56. Este ejemplo también da cuenta de cómo opera simultáneamente otro doble estándar de juicio: una actividad sexual similar (como besarse en un boliche) es evaluada de modo muy diferente según se trate de una pareja heterosexual u homosexual.

posible acercamiento erótico homosexual también es percibida por Santiago, que así explica el no tener ningún amigo varón heterosexual.<sup>57</sup>

### Burlas y chismes

Estas dos prácticas tienen como denominador común no interpelar directamente a la persona homosexual, ya que son realizadas en su ausencia. Para los adolescentes el punto de partida de las burlas es su incapacidad para hablar seriamente sobre la homosexualidad. En las charlas en los grupos de varones (y, en menor medida, en los mixtos) ridiculizan a un homosexual ausente, y difícilmente alguien salga en su defensa, por miedo a que recaiga en él la sospecha de homosexualidad. A su vez, los chismes sobre cómo un varón camina y se viste de modo afeminado o sobre sus contactos eróticos con otros varones también lo estigmatizan, sedimentando sentidos negativos en torno a la homosexualidad. Como en estas prácticas no está presente quien es objeto de burla o crítica, son comunes incluso entre quienes no se animan a discriminar de manera más abierta y directa (como algunas mujeres).

### Señalamientos y cargadas

El patrón común de estas dos prácticas es marcar al homosexual en su presencia y hacerlo de tal modo que él lo perciba (a diferencia de la detección y la burla). El señalamiento se da a través de miradas sostenidas por dos o más personas, acompañadas de comentarios que –de manera evidente– critican a quien está siendo mirado (en sus palabras, lo "rebajan"). En el mismo sentido, la cargada es una broma con ánimo de molestar a la persona que es su objeto, quien debe registrarla al momento de hacerse.

Ambas prácticas suceden en espacios públicos o semipúblicos –como la calle, la escuela, los boliches y los pubs– y pueden alterar los comportamientos de quienes las padecen. A modo de ejemplo, ante las miradas en el boliche, muchas veces Santiago se ha esforzado para pasar desapercibido, ya sea dejando de bailar (porque podía ser considerado afeminado) o evitando contactos con varones que pudieran interpretarse como "levantes". En esta dinámica influyen tanto la reducida oferta de esparcimiento nocturno como la falta de anonimato en Trelew: una vez que un adolescente es identificado como homosexual, sabe que esto se difundirá mediante chismes entre pares y que los escasos lugares para salir por la noche se convertirán en potenciales escenarios de marcaje y hostigamiento. Así, se genera un fenómeno de discriminación presentida: anticipándose al rechazo y para evitar malos momentos, restringe

---

57. Su grupo más íntimo está formado por otros varones gays y mujeres heterosexuales. Santiago interpreta que las mujeres se sienten más cómodas con él como amigo, al saber que no tiene ningún interés sexual en ellas.

sus espacios de circulación y sus actividades en ellos (como bailar o contactar otros varones), una alternativa razonable en vistas del horizonte que describe Luna:

**Entrevistadora:** ¿Y cómo sería ser homosexual y adolescente en Trelew?

**Luna:** Ay, re difícil. Porque todos dicen: "Ahí va el puto". Debe ser feo, porque debés sentir que todos te señalan, porque todos somos así en ese momento. Por ejemplo, vas a un pub y ves a un chico bailando re afeminado y se habla "Es éste, es éste, es éste". Es el señalado y el nombrado por todos... entonces debe ser difícil, muy difícil. Yo creo que te debés sentir señalado y mirado por toda una ciudad y tenés que salir a pelearla. Debe ser muy difícil ser aceptado en una sociedad así. Por ahí en Buenos Aires es distinto. Es un lugar más grande, es distinto. Pero acá, que es un lugar tan chico, debe ser re difícil ser aceptado por esta sociedad. (Luna, heterosexual, 17 años).

Su testimonio sugiere el impacto en esta dinámica de otra particularidad local: una mayor homogeneidad cultural y una mentalidad más conservadora que en Buenos Aires. En cuanto a las cargadas, los términos "puto", "trollo" y "maricón" sirven para marcar y hostigar a quien es homosexual o está sospechado de serlo.<sup>58</sup> La carga recurrente, generalmente en la escuela y de parte de otros varones, produce una sensación de opresión y desgaste para los afeminados y/o gays. Ante esta perspectiva, Fredy (un entrevistado gay) prefiere mantener su identidad y actividades sexuales en secreto, sobre todo en el ámbito escolar.

### Insultos gritados

Una de las prácticas más frecuentes de este proceso es gritar insultos a los homosexuales: "trollo", "puto" o "maricón", reforzados con la adjetivación "de mierda". Los gritos provienen casi siempre de varones jóvenes y se dirigen a homosexuales detectados como tales por su forma de caminar y/o hablar afeminada y a las parejas de varones que se muestran en público. Como en la anterior dinámica, se marca y hostiga al homosexual en su presencia, pero con la particularidad de que el resto de los presentes también debe percibirlo: el insulto gritado apunta a ser oído tanto por el agredido como por las otras personas que comparten la escena. Por ejemplo, varias mujeres mencionan de manera espontánea a un adolescente conocido como "el puto de la ENET" (en referencia a la escuela técnica de Trelew), a quien habitualmente otros varones insultan a viva voz en la calle. Santiago vive algo similar, cuando le

---

58. También son usados como insultos en diferentes contextos y su objeto puede no ser un homosexual. Por ejemplo, decir que alguien actuó como un "puto" en una pelea subraya su cobardía. Esto muestra cómo los términos vulgares para referir a los homosexuales, aun utilizados con otros fines, refuerzan su asociación con significados negativos.

gritan "puto" o "hacete hombre" en el pasillo de la escuela. En ambos casos, esto se lleva adelante de tal modo que necesariamente las terceras personas presentes tomen nota de qué está ocurriendo.

La manifestación de prejuicios contra los homosexuales por parte de un varón heterosexual puede servirle para obtener la aprobación de los demás varones (Badinter, 1994: 196). De hecho, varios varones y mujeres heterosexuales que entrevistamos consideran que estos insultos son expresiones de un rechazo a los homosexuales que debe escenificarse públicamente como prueba de la masculinidad del agresor. Por eso los escenarios privilegiados para hacerlo son los más públicos: las calles y la escuela fuera de la situación de clase (en el horario de ingreso, salida o recreo).

La cuestión de la masculinidad nos reintroduce a un punto clave para interpretar esta estigmatización y discriminación: una dimensión fundamental de lo que se rechaza en este proceso es el afeminamiento estético, gestual y actitudinal de un varón, más allá de su deseo y comportamientos sexuales. Dos situaciones apoyan esta idea. La primera es la diferencia entre los dos gays entrevistados en cuanto a ser o no insultados en público: mientras que Santiago vive esta experiencia frecuentemente, a Fredy jamás le sucedió. Esto se explica porque Fredy mantiene una apariencia y actitud ceñidas a un modelo masculino tradicional: si no da indicios que lo delaten como homosexual, difícilmente se active el hostigamiento. Esta presentación de sí mismo no necesariamente es espontánea: para quien puede llegar a ser estigmatizado, ocultar signos asociados a su estigma es una estrategia defensiva de manejo de la información (Goffman, 2001: 112). La vestimenta, el peinado, el modo de hablar, gesticular y caminar de Fredy, a nuestro entender, no pueden considerarse afeminados, un adjetivo que sí puede (y suele) aplicarse a rasgos estéticos, gestos y comportamientos de Santiago. Este perfil masculino tradicional de Fredy se complementa con una relación de noviazgo que tuvo con una mujer (en sus propias palabras, "para aparentar"), opiniones machistas en público y una actitud violenta hacia otros varones, con quienes resuelve sus conflictos (por diversas razones) mediante amenazas de agresión física y peleas a las trompadas.

Esta centralidad del rechazo al afeminamiento también se refleja en una segunda situación. Quien es visto como afeminado es sometido al mismo trato que describimos para los homosexuales, aun cuando sus compañeros sepan que no es homosexual y/o se muestre con una novia:

**Esteban:** Yo conozco a uno, pero no es homosexual, yo lo sé porque sale con una chica y esas cosas. Pero siempre lo cargan, porque se ve que lo venían cargando desde primer grado en la escuela por pavadas y era un juego del curso. Y después se enteró toda la escuela, y cada vez que pasaba por su barrio le gritaban de todo.

**Entrevistador:** ¿Y el pibe no es gay?

**Esteban:** No, no es gay. El chico al final le terminó contando a la directora [de la escuela] que estaba cansado de que le digan gay, y no le gustaba a él. Porque si él se sentía hombre, ¿por qué le tenían que decir otras cosas? Y a él no le gustaba andar peleando, entonces directamente no le prestaba atención. [...]

**Entrevistador:** ¿Y cómo pensás que sería la vida de un gay a esta edad en Trelew?

**Esteban:** La verdad, difícil, porque si a este chico que no lo era lo discriminaban un montón, le decían cosas, y hasta algunos le llegaban a pegar. Porque en mi barrio le tiraban piedras...

**Entrevistador:** (Interrumpiendo) ¿Le tiraban piedras sólo porque pensaban...?

**Esteban:** (Interrumpiendo) Porque pensaban que era gay, por eso... Me parece totalmente estúpido, porque si lo hubiesen visto... lo mataban directamente si era gay. (Esteban, heterosexual, 15 años).

En síntesis, en este proceso la expresión de género (afeminada) tiene tanta o más importancia que la orientación del deseo y la actividad sexual (homosexual) como razón para hostigar a un varón. En la base de este rechazo opera una identidad masculina tradicional, que se define por varias oposiciones a sostenerse simultáneamente: "Ser hombre significa no ser femenino, no ser homosexual; no ser dócil, dependiente, sumiso; no ser afeminado en la apariencia física o en los modales; no tener relaciones sexuales o demasiado íntimas con otros hombres" (Badinter, 1994: 192). La relación entre masculinidad y heterosexualidad se revela así como el trasfondo de la estigmatización y discriminación a varones homosexuales. No es casual que quienes los discriminen sean, principalmente, otros varones: participar de agresiones a afeminados y/u homosexuales sirve como prueba de su masculinidad y despeja la sospecha de homosexualidad sobre uno mismo. Por eso el proceso que estamos analizando es clave en la propia construcción de la heterosexualidad: excluir simbólicamente y físicamente a homosexuales y afeminados del círculo de pares ayuda a producir y recrear la identidad social como varones heterosexuales.

### Agresiones físicas

Esta dinámica implica un salto significativo respecto de la anterior, al pasar del registro verbal al de la violencia física. Tirar piedras y golpear a los homosexuales no son prácticas excepcionales en Trelew. El apedreamiento se da en las calles y los agresores son otros varones adolescentes, "porque algunos se creen re machos", explica Bruno en tono crítico. Si bien la violencia actúa en diversas circunstancias como prueba de masculinidad, muestra ciertas particularidades cuando apunta a los homosexuales: "El afeminado de la clase o del barrio es el blanco de ataques de los compañeros y, al encarnar lo que no se debe ser, permite a los jóvenes reafirmar su identidad masculina" (Fuller, 2001: 102).

Los dos gays entrevistados narran situaciones de violencia física contra homosexuales que parecen tener otro objetivo: disciplinar sus comportamientos en el espacio público. Santiago cuenta cómo fue agredido por un adulto cuando viajaba en colectivo en la ciudad:

**Entrevistador:** ¿Alguna vez te pasó algo que vaya más allá del insulto?

**Santiago:** A fin de año pasado, un señor mayor me agarró de los pelos y me zamarreó. Estábamos para tomar el colectivo. Yo iba con Javier, que somos los dos gays, y un tipo nos empieza a decir: "Estos putos de mierda, estos putos de mierda". Él estaba solo y yo estaba con Javier y una amiga, Marisa. El tipo le decía a mi amiga: "No te das cuenta que estos pendejos son una basura, que arruinan el mundo. No te juntes con ellos que arruinan la vida".

**Entrevistador:** ¿Todo esto lo hacía delante de la gente del colectivo?

**Santiago:** Sí, éramos cuatro y el colectivero, cinco. El tipo me lo gritaba a mí, a mí y a Javier. Pero personalmente a mí, porque yo lo tenía enfrente. Me lo decía en voz baja, no es que lo gritaba. Me puteó todo el viaje y yo ni bola [no le presté atención]. La indiferencia es como que a las personas les molesta más. Que me griten "puto" por la calle y yo no le dé bola es como que les da más bronca. Entonces me gritan cosas. Pero este viejo evidentemente se calentó [enojó]. Cuando se va a bajar del colectivo, se baja, vuelve a subir, se me acerca y me agarra de los pelos. Me caza de los pelos y me sacude. Entonces yo, en un acto, estaba medio paralizado, mi amiga Marisa le saca los brazos, yo me paro y lo empujo al viejo para atrás. "¿Qué hacés? ¡Viejo de mierda, viejo loco!". No sé qué mierda fue lo que le dije. Lo tiro para atrás, ni me acuerdo.

**Entrevistador:** Cuando te agarró de los pelos, ¿dijo algo?

**Santiago:** No, nada. Me agarró así y me sacudió. Me habrá hecho uno, dos y Marisa le sacó las manos. Marisa reaccionó rápido y yo lo empujé. Y el viejo se fue por la escalera, se bajó. Después de eso, yo no me animé a subir más al colectivo. Hasta que un día dije: "¿Sabés qué? Si el viejo ése está, si me trata de hacer algo, lo mato. Lo cago a palos a ese viejo choto. ¡Que se deje de joder!". [...] Yo me volví a subir al colectivo porque hay que enfrentar esto, a los medio inestables. Sino uno nunca llega a nada.

(Santiago, gay, 17 años).

Aunque Santiago muchas veces ha sido molestado por desconocidos y compañeros a causa de su afeminamiento, este tipo de agresión lo lleva a cambiar de respuesta: de su acostumbrada indiferencia ante los insultos, pasa a tener que defenderse de un ataque físico. Santiago lo presenta como una bisagra en su biografía, no sólo por resistirse corporalmente a ser agredido, sino también por decidir enfrentar en el futuro a sus potenciales atacantes. En esta resistencia defensiva juegan un papel muy importante sus amistades, un grupo de adolescentes gays (más algunas mujeres hete-

rosexuales) con quienes comparte un acervo de experiencias de insultos y violencias. Durante y luego de situaciones como la que relata Santiago, esta clase de grupos sirve de apoyo afectivo y protección para un sujeto discriminado, como ilustra la rápida reacción de su amiga ante la agresión y el hecho de que lo oculten cuando se besa en público con otro varón, para evitarle un mal momento.

Fredy no fue atacado físicamente por ser homosexual, pero comenta historias de violencia que circulan entre los adolescentes gays de Trelew y su entorno:

**Fredy:** Mis amigos [gays], por ahí pasa uno y hay gays que se prenden... pasa un auto y te quiere levantar, te pinta ir, vas y capaz que te cagan a piñas [golpear].

**Entrevistador:** ¿A vos alguna vez te amenazaron? ¿Te quisieron "cagar a piñas" por ser gay?

**Fredy:** No. [...] Mi vieja siempre me dijo que me cuide, que no me meta en quilombos [problemas].

**Entrevistador:** ¿Por miedo a qué?

**Fredy:** A que me agarre un viejo, me lleve y me haga las cosas que le hicieron a muchos. O que me haga otras cosas peores.

**Entrevistador:** ¿Qué "le hicieron a muchos"?

**Fredy:** Como meterle palos en el orto [culo], cagarlos a palos [golpearlos]. "Pasar" por todos [violarlo varios] y después lo tiran a la mierda.

(Fredy, gay, 15 años).

Cuando quisimos profundizar en estas historias, descubrimos que son difíciles de comprobar para Fredy, ya que le fueron contadas de manera vaga y no conoce personalmente a sus protagonistas. ¿Esto las vuelve poco confiables o irrelevantes? Nada de eso. Por un lado, pueden remitir a las salvajes agresiones y asesinatos de homosexuales en otras ciudades de Argentina, con gran cobertura mediática en la última década.<sup>59</sup> Por otro lado, hayan sucedido o no tal como son narradas, lo más importante es que, en un contexto de hostilidad cotidiana y manifiesta hacia los homosexuales, estas historias resultan verosímiles y efectivas para generar temor en los adolescentes gays y su círculo de amistades y familiares (de ahí el consejo de la madre de Fredy).

---

59. Las agresiones a homosexuales que concluyeron en brutales asesinatos han recibido amplia cobertura mediática en Argentina desde 2000, como el caso de "La Ripiera" en Catamarca, donde un joven es violado, torturado y asesinado por un grupo de varones clavándole un destornillador en la cabeza –una situación similar a la que sugiere Fredy– o los asesinatos de figuras mediáticas, como el relacionista público Clota Lanzetta y Mariano Bongiorno, decorador de Susana Giménez (suplemento *Soy* del diario *Página/12*, 25/04/2008; diario *El Ancasti*, 04/12/2008).

En suma, se trata de una violencia disciplinadora: lo que vivió Santiago y las historias de Fredy advierten que el espacio público no es un lugar seguro para los gays. Esto puede desalentarlos de circular por determinados lugares o de llevar adelante ciertas prácticas sexuales (como aceptar "levantes" de desconocidos en la calle), pues podrían dar lugar a situaciones de violencia extrema.

### Resistencias

Si cerrásemos acá la descripción de este proceso, dejaríamos una imagen victimista de los adolescentes homosexuales. La tentación es grande: no hay duda de que son objeto de violencia cotidiana, y las víctimas siempre generan empatía (aunque sea bajo la forma de lástima). Pero mostrarlos como meros receptores de agresiones sería desconocer su capacidad de resistencia ante este horizonte hostil.

En primer lugar, en las entrevistas estos adolescentes plantean la sospecha de homosexualidad de quienes molestan o critican a los homosexuales:

Mi curso es un nido de ratas. Hay un chico que se llama Marcelo y es el que más jode a estos chicos medios afeminados del curso, que les dicen "putos". Y yo creo que, en el fondo, él es [homosexual]. Y como él no lo acepta, no acepta a los demás. Porque se siente reprimido. Y porque quiere resaltar. Como se junta con todos hombres, quiere resaltar porque siente como que si él no les dice ["putos"] los otros lo van a mirar.  
(Santiago, gay, 17 años).

Santiago cuestiona la discriminación a los afeminados en la escuela, al atribuirle a la "represión" de la propia homosexualidad del principal agresor, un compañero que procuraría ocultarla ante el resto de los varones poniendo en escena su abierto rechazo a los homosexuales. En esta línea, Johnny sostiene que "los que se hacen los re machos" y lo insultan a sus espaldas por ser homosexual, ante sus avances terminan accediendo a tener relaciones sexuales: "de última, por lo que yo hice, por lo que yo sigo haciendo y me da resultado, son pocos los que hay re machos".

En segundo lugar, ambos gays hacen un manejo diferenciado de la información sobre su identidad y comportamientos sexuales, evaluando qué mostrar y/o contar a quién, cuándo y cómo. Esto les evita malos momentos y les permite seguir con algunas de las actividades que desean. Así, pese al contexto adverso, salen a divertirse y entran en contactos eróticos y/o afectivos con otros varones (muchas veces presentados por amigas), por lo general de manera discreta.

En tercer lugar, la experiencia de Fredy refleja que esta discreción puede ser acompañada por la amenaza e incluso la agresión física a quien haga público que él es gay. A este fin, Fredy también ejerce una extorsión: tuvo relaciones



sexuales con un varón que lo criticaba por ser homosexual y, de este modo, lo comprometió a guardar silencio.

Hasta aquí consignamos estrategias defensivas que no subvierten el proceso de estigmatización y discriminación, pero ayudan a sobrellevarlo a quienes lo padecen. ¿Alguna opinión cuestiona los fundamentos de este proceso? El planteo de Santiago de que ser homosexual no está mal, porque cada persona tiene derecho a elegir cómo ser feliz, sin que la critiquen por eso:

La sociedad viene luchando, y no les sirve de nada, porque la gente que tiene madurez en su cerebro, se va a dar cuenta que cada uno es feliz como quiere. Si quieren estar con hombres, están con hombres. Reconozco que vos les digas que se les va a hacer la vida más difícil, pero no porque te digan a vos: "Mirá, estás con un hombre. Ay qué asco que me das", vas a dejar de estar con una persona que te hace feliz. Si vos sos feliz porque te gustan los hombres, nadie te va a poder decir nada. [...] Me parece que el que grita esas cosas [insultos] no está feliz con él mismo.

(Santiago, gay, 17 años).

El carácter subversivo de su argumento descansa en rechazar la definición negativa de homosexualidad de la que parte esta estigmatización y discriminación, a la que contrapone una idea positiva de ser homosexual, en tanto forma legítima de alcanzar la felicidad. En un razonamiento en el que resuenan las consignas del movimiento político de la diversidad sexual, Santiago concluye que sólo se trata de que la gente acepte a quien es diferente a ella, en este caso, los heterosexuales a los homosexuales.

### 3. Reflexiones finales

Este capítulo exploró la estigmatización y discriminación hacia adolescentes varones homosexuales. Se trata de un proceso que articula dinámicas sociales que los desvalorizan y violentan.

¿Qué particularidades propias de una ciudad mediana y alejada de las grandes urbes influyen en estas dinámicas? Primero, la combinación entre una mayor homogeneidad cultural y una mentalidad más conservadora torna a un homosexual alguien "súper raro" en Trelew, porque llama la atención al trasgredir normas de género socialmente difundidas y al ser numéricamente pocos los que se auto-identifican en público como gays. Segundo, la escasa oferta de lugares de encuentro y esparcimiento nocturno favorece el marcaje social y genera fenómenos de discriminación presentida que restringen los espacios para los gays (quienes no cuentan con un circuito específico en Trelew, ni en las ciudades cercanas). Tercero, en un contexto

donde las personas jóvenes están estrechamente interconectadas, la información que puede ser atractiva (por ejemplo, de la presunta homosexualidad de alguien) circula con gran rapidez mediante chismes. Por último, la combinación de estos rasgos lleva a una falta de anonimato y confidencialidad respecto de los comportamientos e identidades sexuales.

¿Qué activa esta estigmatización y discriminación? La expresión de género tiene tanta o más importancia que la orientación del deseo y la actividad sexual. El afeminamiento estético, gestual y actitudinal de un varón es fuertemente desvalorizado, sea o no homosexual, lo que deja abierta la pregunta acerca de qué se rechaza en este proceso: ¿la homosexualidad (en tanto deseo y actividad sexual), sólo aquella acompañada por un afeminamiento o el mero afeminamiento de un varón? En cualquier caso, su telón de fondo es la estrecha relación entre masculinidad y heterosexualidad, de ahí que para un adolescente insultar públicamente a afeminados y/u homosexuales ayude tanto a probar su virilidad como a despejar la sospecha de ser homosexual.

Pero no se trata sólo de palabras hirientes. Las agresiones físicas nos muestran que este proceso no puede concebirse exclusivamente en términos discursivos. Las burlas, los insultos y los golpes apuntan en la misma dirección: presuponen y reproducen jerarquías y modalidades de interacción entre varones homosexuales y heterosexuales. Esto se refleja en tres fenómenos que son consecuencias de esta estigmatización y discriminación.

El primero es la naturalización del pacto de discreción a cambio de no agresión directa, tanto de los potenciales agresores (varones heterosexuales) como del entorno afectivo de los gays (amistades y familia). Naturalizar este pacto supone no cuestionar la definición negativa de homosexualidad de la que parte (si no fuese algo negativo, no exigiría un esfuerzo de tolerancia). Esta naturalización, a su vez, implica aceptar el funcionamiento del pacto, lo que explica el pedido de discreción de los padres de Santiago (para que no sea llamativamente afeminado) y el hecho de que cuando una pareja gay se besa en un boliche sus amigos la oculten. En ambos casos se trata de una discriminación anticipada por terceros –pues se procura evitarles un mal momento a los gays–, cuyos efectos de invisibilización son otra consecuencia de este proceso.

Las mismas prácticas que naturalizan la exigencia de discreción producen la invisibilización de los rasgos y comportamientos de los homosexuales que resultan más perturbadores para los heterosexuales. Cuando alguno no se adecua a esta exigencia, se rompe la tolerancia y empiezan los insultos y agresiones. Amén de los bienintencionados consejos de padres y amigos, recibir el grito de "puto de mierda" o un inesperado tirón del pelo les recuerda cuán importante es no vestirse, hablar, gesticular o caminar de una manera afeminada, ni expresar su deseo por otro varón, en espacios públicos y/o frente a desconocidos.

No obstante, controlar dichos comportamientos o actitudes puede no ser suficiente para estar a salvo de la discriminación. Por eso, la tercera consecuencia de este

proceso es el ocultamiento de algunos gays, que optan por no identificarse públicamente como tales. Ante un horizonte de probable hostigamiento, parte de los gays de Trelew, como estrategia defensiva, hace un manejo sumamente cuidadoso de la información sobre su orientación sexual (comunicándola sólo a su círculo más íntimo de amistades) y no asiste a boliches donde podría ser señalado. Este ocultamiento explica por qué Santiago y Fredy durante mucho tiempo, mientras que mantuvieron en total secreto su orientación sexual, no conocieron a otros gays en Trelew.

En síntesis, la naturalización del pacto de discreción a cambio de no agresión directa, la invisibilización de los rasgos más perturbadores de los homosexuales y el ocultamiento de algunos gays como tales son consecuencias de este proceso de estigmatización y discriminación, que actúan como garantías de una jerarquía sexual donde los varones heterosexuales ocupan una posición privilegiada. La visibilidad y la proximidad de actitudes y sujetos que podrían "contaminarlos", y hacerles perder así su privilegio, se resuelve mediante el marcaje, la exclusión y la violencia.

¿Se trata de dinámicas sociales inexorables, que reproducirían esta jerarquía sexual una y otra vez? Si bien los sujetos siempre tienen la posibilidad de actuar de otro modo, parece difícil sustraerse a la estigmatización y discriminación en tanto proceso societario. Las definiciones negativas de homosexualidad de estos adolescentes varones y las presiones sociales para que demuestren una masculinidad automáticamente asociada a la heterosexualidad, no les dan mucho margen para presentar una actitud opuesta a la discriminación: el costo puede ser la sospecha de que ellos son homosexuales. En este contexto, a lo sumo tolerarán a los homosexuales mediante cierta indiferencia (tolerancia con límites bien claros), pero difícilmente los reconozcan de manera positiva.

¿Y cómo enfrentan los adolescentes gays estas dinámicas y las jerarquías que reproducen? Fuera de la discreción y el ocultamiento (que en buena medida les son impuestos), identificamos formas de resistencia, como introducir la sospecha de homosexualidad de quienes los molestan y la extorsión de Fredy con dar a conocer un encuentro sexual homosexual de un varón que lo desprestigiaba públicamente. Estas resistencias son meramente defensivas, pues no subvierten los fundamentos de la estigmatización y discriminación hacia los homosexuales. Sin embargo, el rechazo de Santiago a una definición negativa de la homosexualidad (a la que contraponen la idea de que es un modo legítimo de alcanzar la felicidad), sí cuestiona las bases sobre las que opera este proceso social, reflejando una toma de conciencia de su injusticia y un auto-reconocimiento positivo del hecho de ser gay.



## Conclusiones

A lo largo del libro analizamos dinámicas sociales que producen diferentes jerarquías sexuales entre adolescentes, procurando desmontar los prejuicios y pánicos morales que rodean su sexualidad. Con ese objetivo abordamos sus opiniones y prácticas alrededor de la pornografía, la masturbación y la primera relación sexual, sobre las que los pares transmiten expectativas de género desiguales y presionan para que varones y mujeres se adecuen a ellas. Vimos cómo estos mismos adolescentes participan de la circulación de chismes y de la discriminación a homosexuales –dos dispositivos de control social de la sexualidad– y cómo también los adultos inciden en sus opiniones y comportamientos mediante charlas y silencios sobre sexualidad entre padres e hijos.

Estas dinámicas producen jerarquías entre actividades, entre sujetos o combinando ambos. Masturbarse, mirar pornografía, besarse, acariciarse y tener relaciones sexuales (con alguien de otro o del mismo sexo) son prácticas con diferente valor social y, a su vez, son juzgadas de distinta manera si las lleva adelante un varón o una mujer, un heterosexual o un homosexual. Estas diferencias se convierten en desigualdades al restringir determinados comportamientos y desvalorizar a ciertos sujetos de manera sistemática.

En estas conclusiones presentamos brevemente las particularidades locales que influyen en la producción de jerarquías sexuales en una ciudad mediana de la Patagonia argentina: Trelew. Luego desarrollamos cuatro jerarquías muy vinculadas entre sí en la experiencia de los y las adolescentes. La primera sintetiza sus preocupaciones relativas a tener relaciones sexuales y la segunda sus preferencias (qué les gusta y disfrutan sexualmente y qué subestiman o les desagrada). La tercera jerarquía esquematiza los niveles de legitimidad de distintas actividades sexuales, esto es, cuán aceptadas o rechazadas son por las y los adolescentes, y la cuarta las reputaciones sexuales que dichas actividades les confieren.

Estas jerarquías son tradicionales en términos de género, es decir, reflejan una concepción asimétrica de las relaciones de género, así como nociones de sexualidad y normatividades para la actividad sexual rígidamente diferenciadas para varones y mujeres. Pero distan de ser monolíticas: también existen prácticas y argumentos que las resisten y eventualmente las subvierten.

## Singularidades locales

En las dinámicas que producen jerarquías sexuales entre los y las adolescentes de Trelew influyen dos rasgos locales que diferencian sus experiencias de las de adolescentes en ciudades como Buenos Aires o como las del Norte o Cuyo argentino.

La primera particularidad está vinculada al tamaño de la ciudad. Trelew cuenta con noventa mil habitantes y casi nueve mil tienen entre 15 y 19 años. En los capítulos 6 y 7 mostramos cómo se da un alto nivel de interconexión entre pares, por la poca cantidad de adolescentes y la reducida oferta de lugares de esparcimiento nocturno. A diferencia de una gran urbe como Buenos Aires, una ciudad mediana como Trelew no ofrece circuitos alternativos de diversión adonde huir de la mirada de los pares con quienes también comparten escuela, ni tampoco otras redes de personas de su edad para reunirse. A su vez, las distancias geográficas dificultan la posibilidad de interactuar cara a cara con gente de otros lugares (por ejemplo, yendo a bailar a otra ciudad), porque suponen largos viajes y dinero no siempre disponible a esa edad. La combinación de estos rasgos genera una falta de anonimato y de confidencialidad respecto de los comportamientos sexuales que afecta negativamente sobre todo a los varones homosexuales y a las mujeres, como vimos al analizar la discriminación a los primeros y la circulación de chismes sobre las segundas.

La otra particularidad local es el menor peso cultural e incidencia social del catolicismo y de la Iglesia Católica en comparación con el Norte o Cuyo argentino, por la temprana influencia protestante en la zona, con la inmigración galesa en el siglo XIX, y la tardía presencia católica, recién a comienzos del siglo XX (algo que se repite en otras partes de la Patagonia). Muy pocos de estos y estas adolescentes participan de actividades religiosas o han hablado con sacerdotes sobre sexualidad. Sus testimonios reflejan el escaso peso del catolicismo: nadie menciona razones religiosas para explicar el no haber tenido relaciones sexuales aún, ni refieren a la virginidad femenina prematrimonial como un horizonte deseable, y no aparecen imágenes femeninas asociadas a la pureza sexual en tanto modelos apreciados (como la "virgen"), cuestiones muy presentes en las opiniones de jóvenes de otras regiones de América Latina con mayor influencia católica (Fuller, 1995 y 2001; Amuchástegui, 1998 y 2001; Cáceres, 2000; Castillo, 2003; Sosa, 2004; Barrientos y Silva, 2006).

Ambas características en buena medida pueden extenderse a otras ciudades medianas de la Patagonia argentina (como Bariloche, General Roca, Cipolletti, Puerto Madryn y Río Gallegos) y deberían considerarse en futuros estudios sobre sexualidad en estas localidades.

Los restantes fenómenos o discursos sociales que impactan en sus jerarquías sexuales se encuentran ampliamente difundidos en esta generación de adolescentes escolarizados en América Latina, como indican las comparaciones con otras investigaciones a lo largo del libro. De ahí que el valor de las jerarquías sexuales que reconstruimos a continuación exceda al de un mero estudio de caso, ya que

nos permiten reflexionar sobre dinámicas y normas que atraviesan la sexualidad en diversos contextos y grupos sociales contemporáneos.

### Jerarquías sexuales

¿Qué les preocupa a las y los adolescentes de tener relaciones sexuales? La inquietud recurrente por el embarazo atraviesa la experiencia sexual de las mujeres: el temor a quedar embarazadas en su adolescencia es el motivo para no tener relaciones sexuales en el caso de las que aún no debutaron y la principal preocupación de aquellas que sí lo hicieron. En esta inquietud operan el miedo a una reacción negativa de sus padres (que podría incluir echarlas de la casa) y la idea de que el embarazo y la maternidad en la adolescencia acabarían con su proyecto de seguir estudios universitarios, idea sobre la que los adultos insisten en sus charlas.

Para los varones que tienen relaciones sexuales la principal inquietud es que el preservativo falle y que, como consecuencia, su compañera quede embarazada y/o ellos contraigan "enfermedades".<sup>60</sup> La falla del preservativo constituye en sí su objeto de preocupación porque su *omnipresencia material y discursiva* en los diálogos de sexualidad con los padres hace que estos varones se consideren responsables de todo lo que suceda con el preservativo: al ser el varón quien lo provee y usa y tratarse del único método de prevención de la pareja, su falla implica que él también será responsable de eventuales enfermedades o embarazos.

Las preocupaciones de varones y mujeres sobre el embarazo y las Infecciones de Transmisión Sexual, especialmente el VIH/Sida, se condicen con los consejos de sus padres y las temáticas en que se centra la educación sexual escolar (Jones, 2009). La importancia de estas cuestiones en dichas instancias de socialización y en las preocupaciones de las y los adolescentes se explica a partir de fenómenos como el reconocimiento de los adultos de que una gran proporción de jóvenes tiene relaciones sexuales (independientemente de su valoración al respecto), la extendida percepción del embarazo en la adolescencia como algo que perjudica el proyecto de vida (por la interrupción de los estudios), la epidemia del VIH/Sida (y su visibilidad en los medios de comunicación), y el debate y las políticas públicas sobre salud sexual y reproductiva, de creciente presencia en Argentina desde mediados de la década de 1990.

¿Y qué sucede con los varones que no han tenido relaciones sexuales? Su principal preocupación es precisamente lograr tenerlas, porque ya alcanzaron o superaron la edad socialmente esperada para debutar (los 15 años). Para un varón el retraso en la iniciación sexual da lugar a burlas y presiones de los compañeros, que lo obligan a justificarlo mediante una causa que excede su voluntad. En cambio, una mujer, al no enfrentar una expectativa social clara sobre la edad de debut, tiene mayor margen para argumentar que por ahora no quiere hacerlo.

---

60. Las expresiones entrecomilladas son textuales de las entrevistas.

### Cuadro 1: Preocupaciones sobre las relaciones sexuales en la adolescencia

	Mujeres	Varones
Que no tuvieron relaciones	Quedar embarazada	Tener relaciones sexuales
Que tuvieron relaciones	Quedar embarazada	Que falle el preservativo

¿Y cuáles son sus preferencias sobre la actividad sexual? Estos varones y mujeres prefieren las actividades relacionales a las autoeróticas, de las que no mencionan que les den placer. La subestimación del autoerotismo se refleja en el progresivo desinterés de los varones por ver pornografía y/o masturbarse: a partir de los 15 años ya no "necesitarían" ni les atraerían dichas prácticas, pues cuentan con la edad esperada para tener relaciones sexuales. Nadie percibe a estas actividades como complementarias, simultáneas o igualmente valoradas: las relaciones coitales deben reemplazar al autoerotismo, al que sólo se recurriría esporádicamente para afrontar la falta de relaciones. Un varón que se masturba luego de los 15 años opta por ocultarlo a sus pares, justificarlo por no haber tenido relaciones aún o soportar que lo traten peyorativamente de "pajero" o "boludo" por no conseguir compañeras sexuales. Estas dinámicas refuerzan una jerarquía de prácticas sexuales en la que el estigma religioso e higienista que pesaba sobre la masturbación en el siglo XIX reaparece hoy, modificado, bajo la idea de que la masturbación es un sustituto inferior de los encuentros en pareja.

Las mujeres, por su parte, no contemplan la posibilidad de tener actividades autoeróticas: no les interesa o les desagrada la pornografía y argumentan no "necesitar" masturbarse porque su excitación es menos intensa que la masculina y porque pueden tener relaciones si así lo desean. La distancia que ellas marcan ante el autoerotismo se explica, a su vez, por la expectativa social de que la actividad sexual femenina debería ser un medio para comunicar sentimientos amorosos y fortalecer un vínculo afectivo: mirar pornografía y masturbarse se apartan de dicha expectativa al estar motivadas por la curiosidad erótica y la obtención del propio placer, algo socialmente inaceptable para las chicas y pasible de condena por sus pares.

Y de las actividades sexuales en pareja, ¿qué es lo que más les gusta? A las mujeres y algunos varones las prácticas afectivas y características románticas del encuentro, mientras que a otros varones les gusta sobre todo probar diferentes posiciones en las relaciones sexuales y que les practiquen sexo oral.

Las preferencias de las mujeres se aproximan a los consejos de sus padres, pues ellas se refieren a relaciones sexuales "con amor" con un novio, mientras que los adultos les recomiendan tenerlas sólo "por amor" y con un novio. En ambos casos, dicho sentimiento es una dimensión definitoria de la actividad sexual (si no fuese así sería



"sólo por placer", siguiendo su distinción), bajo el modelo del amor romántico en que los afectos y lazos amorosos predominan sobre el ardor sexual. Desde sus orígenes, este modelo se ha presentado como el de un amor feminizado, de ahí que adultos y pares transmitan sus valores a las chicas y que las preferencias de ellas los reflejen.

A las predilecciones románticas de las mujeres se asemejan las de un grupo de varones a quienes lo que más les gusta de tener relaciones sexuales es el vínculo afectivo con sus parejas, que la actividad sexual fortalezca este vínculo y la expresión de sentimientos en el encuentro sexual. Sus preferencias sugieren una incipiente sentimentalización de la sexualidad masculina entre adolescentes relacionada con dos fenómenos. Por un lado, con que una proporción importante de varones tiene relaciones sexuales en la adolescencia con novias, combinando sentimientos amorosos y deseo sexual por su compañera (a diferencia de quienes lo hacen con trabajadoras sexuales). Por otro lado, con la difusión de un ideal de género más igualitario, que permite plantear opiniones opuestas a las expectativas tradicionales (como la que considera a la actividad sexual masculina motivada exclusivamente por la excitación y a la femenina por el amor).

Pero no todos los varones tienen este tipo de preferencias: como dijimos, a otro grupo lo que más le gusta es probar diferentes posiciones en las relaciones sexuales y que sus compañeras les hagan sexo oral. Esta valoración de la experimentación de prácticas sexuales forma parte de un guión masculino heterosexual tradicional según el cual el varón debe tomar la iniciativa, estar siempre dispuesto a tener relaciones y aprovechar cada encuentro como una instancia de aprendizaje erótico, prescripciones que se refuerzan mediante bromas y presiones de los pares. Como la experiencia sexual es un capital socialmente reconocido para un varón, todo encuentro sexual –y más aún donde se ensayan cosas nuevas– supone incrementar el prestigio personal. A su vez, esta preferencia por la variedad de posiciones y por el sexo oral refleja el impacto de la pornografía, pues estos varones conocieron dichas prácticas mirando películas pornográficas.

¿Y qué cosas no les gustan de tener relaciones sexuales? Los varones no señalan nada que les disguste, mientras que a las mujeres, en cambio, no les gustan aquellos compañeros "desesperados" por y al tener relaciones, que se concentran sólo en la penetración, porque su actitud va en contra del clima romántico que ellas desean para los encuentros sexuales.

**Cuadro 2: Preferencias en las relaciones sexuales en la adolescencia**

	Mujeres	Varones
Lo que más les gusta	*Expresión de sentimientos y clima romántico del encuentro (relaciones sexuales "con amor" con un novio)	*Expresión de sentimientos y vínculo afectivo con la compañera  *Probar diferentes posiciones en las relaciones sexuales y recibir sexo oral
Lo que les disgusta	*Compañeros "desesperados" al tener relaciones (concentrados en la penetración)	∅

Una tercera jerarquía refiere al grado de legitimidad de diferentes actividades sexuales para mujeres y varones adolescentes. Lo legítimo es aquello aceptado o celebrado socialmente, que brinda prestigio a quien lo hace; realizar una actividad que goza de legitimidad implica adecuarse a las normas hegemónicas del grupo al que se pertenece. Lo ilegítimo es aquello cuestionado o desvalorizado socialmente, que expone a quien lo hace a críticas por trasgredir normas (en este caso, de género y sexuales) hegemónicas en el contexto en que se inserta. En esta jerarquía que reconstruimos quienes juzgan cuán legítima es una actividad sexual son los pares adolescentes.

El punto de partida es su aceptación de las relaciones sexuales prematrimoniales y la presunción de heterosexualidad, reforzada por los consejos de sus padres (que siempre suponen comportamientos heterosexuales) y por las prácticas de discriminación a homosexuales. Estas dinámicas refuerzan una heterosexualidad naturalizada (es decir, vista como un hecho natural que existe independientemente de las pautas culturales) y obligatoria, al excluir de modo tácito o explícito la posibilidad de tener relaciones sexuales homosexuales de lo socialmente aceptado para estos y estas adolescentes. Más allá de este punto de inicio en común, aparecen importantes diferencias de legitimidad para los varones y las mujeres, que sintetizamos en el siguiente cuadro.<sup>61</sup>

61. Sólo incluimos aquellas actividades sexuales sobre las que opinan en las entrevistas, si bien otras que no fueron indagadas específicamente podrían suscitar su rechazo (por ejemplo, las relaciones con trabajadoras sexuales).

Cuadro 3: Legitimidad de las actividades sexuales en la adolescencia

Legítimo		Parcialmente legítimo		Ilegítimo	
varones	mujeres	varones	mujeres	varones	mujeres
*Transar y tener relaciones heterosexuales dentro o fuera de un noviazgo	*Transar y tener relaciones sexuales heterosexuales dentro de un noviazgo	*Masturbarse y mirar pornografía  *Transar y tener relaciones sexuales con "muchas" mujeres		*Transar y tener relaciones sexuales homosexuales  *No haber tenido relaciones sexuales heterosexuales, a partir de los 15 años  *Masturbarse y mirar pornografía	*Transar y tener relaciones sexuales homosexuales  *Transar y tener relaciones sexuales heterosexuales fuera de un noviazgo  *Masturbarse y mirar pornografía  *Transar y tener relaciones sexuales con "muchos" varones

## Conclusiones

En el campo de lo *legítimo* están las actividades aceptadas por pares: transar (besarse y acariciarse, pero sin penetración) y tener relaciones sexuales en un noviazgo, tanto para varones como para mujeres, y hacerlo fuera de un noviazgo, admitido sólo para los varones. ¿Cómo explicar esta diferencia? La actividad sexual de los varones se justifica independientemente del tipo de vínculo con la compañera, porque se espera de ellos una disponibilidad sexual permanente motivada por un deseo más intenso que el femenino. De ahí que puedan esgrimir sus ganas y excitación como las razones de su debut sexual (sin ser cuestionados), algo que ninguna mujer hace. Para ellas, en cambio, transar y tener relaciones sexuales sólo está justificado con un novio, pues este vínculo supone sentimientos amorosos mutuos, exclusividad sexual mientras dure la relación, un horizonte de continuidad temporal y la expectativa de profundizar la relación afectiva a partir de la actividad sexual. De no existir estas dimensiones, significaría que el encuentro sexual estuvo motivado sólo por el deseo y la búsqueda de placer de la mujer o que ella se dejó usar sexualmente, dos razones efectivas para desprestigiarla.

En el campo de lo *parcialmente legítimo* ubicamos a las actividades aceptadas con condiciones o sólo por una parte de las y los adolescentes: que un varón se masturbe y mire pornografía es admitido hasta los 15 años, y que transe o tenga relaciones sexuales con "muchas" compañeras en poco tiempo (con dos o más en una misma noche o semana) es aprobado por varones y criticado por mujeres. Aunque las prácticas autoeróticas son aceptadas a comienzos de la adolescencia, para satisfacer la curiosidad y los "impulsos" sexuales de los varones, se espera que éstos las abandonen a partir de los 15 años, cuando ya tendrían o deberían tener relaciones sexuales. A su vez, el hecho de que un varón transe o tenga relaciones con "muchas" compañeras es un comportamiento parcialmente legítimo, pues si bien la variedad y la cantidad de parejas sexuales otorgan prestigio ante otros varones, plasmado en la figura del "ganador", no ocurre lo mismo frente a las mujeres. Ellas no usan dicha categoría para referirse a estos varones e, incluso, varias cuestionan la desigualdad que implica: el mismo comportamiento que da una reputación positiva a los varones conlleva la desvalorización de las mujeres, sintetizada en la etiqueta de "puta" para las que transan o tienen relaciones con "muchos" compañeros.

En el campo de lo *ilegítimo* está aquello cuestionado por la mayoría de estos y estas adolescentes: tener contactos sexuales homosexuales, algo que de sospecharse o saberse públicamente activa la discriminación; que una mujer se masturbe o mire pornografía; que un varón de 15 años o más no haya tenido aún relaciones sexuales; y que una mujer transe o tenga relaciones con alguien que no es su novio o con "muchos" compañeros en poco tiempo. Este último contraste muestra cómo mientras que los varones desde cierta edad están expuestos a las presiones para debutar y deben explicar por qué no lo han hecho, por el contrario las mujeres deben justificar ante sus pares por qué y con quién han tenido relaciones sexuales. Aquellas que lo hagan fuera de un noviazgo o con "muchos" compañeros se exponen a ser desprestigiadas.

Por último, el rechazo a que las mujeres se masturben y miren pornografía se basa en que, al dirigirse exclusivamente a la obtención de su propio placer, se apartan de la expectativa de que la actividad sexual de una mujer necesariamente debería comunicar sentimientos y fortalecer el vínculo afectivo con una pareja.

La última jerarquía que presentamos engloba las reputaciones que confieren determinados comportamientos sexuales a las y los adolescentes. Estas reputaciones se plasman en cuatro figuras estereotipadas: la "puta", el "ganador", el "boludo" y el "puto". A excepción del "ganador", las restantes implican una desvalorización social y actúan como horizontes regulativos que indican lo que no se debería hacer ni ser.

Una chica es calificada de "puta" por tener dos o más compañeros sexuales en poco tiempo y por su disponibilidad para tener contactos sexuales con parejas ocasionales. Al asignar esta reputación negativa operan valores de género tradicionales, como el rechazo al interés e iniciativa sexual autónomos de las mujeres, la expectativa de resistencia femenina a los avances masculinos, y la idea de que la actividad sexual de las mujeres debe tener como contraparte una relación monogámica con cierta continuidad temporal (aquí un noviazgo), sino significaría que es "usada" sexualmente. Si bien la figura de la "puta" les deja en claro qué deben evitar, estas adolescentes no cuentan con un ideal femenino alternativo que las oriente sobre qué deberían hacer si pretenden una reputación sexual positiva (una ausencia que reflejaría vestigios del discurso decimonónico de la mujer asexual).

En contraposición, entre los varones emerge la figura del "ganador", encarnada por quien cambia frecuentemente de compañera sexual o transa con más de una en poco tiempo. Es decir, los mismos comportamientos conllevan reputaciones de valor diametralmente opuesto para mujeres y varones: mientras que "puta" reviste un tono moralmente condenatorio, "ganador" posee un carácter elogioso. Esta categoría también actuaría como un horizonte regulativo, al incitar a los varones a sumar parejas y encuentros sexuales para obtener prestigio ante sus pares.

Y entre los varones, ¿qué se opone al "ganador"? El "boludo", una reputación negativa que denota la incompetencia sexual de un adolescente por no haber tenido relaciones para los 15 años. De ahí que se asocie a términos como "virgen" y "pajero", bajo la idea de que un varón que sigue masturbándose a esa edad es un "perdedor", porque significaría que todavía no tuvo relaciones sexuales y que no consigue parejas para tenerlas.

Sin embargo, entre estos adolescentes existe una figura aun más desvalorizada: el "puto". Se califica así no sólo a los varones que orientan su deseo y actividad sexuales hacia otros varones, sino también a aquellos cuya expresión de género (la forma de hablar, gesticular, caminar) es vista como afeminada, según cánones de masculinidad tradicional. La agresión y la exclusión hacia los "putos" (sean homosexuales y/o afeminados) son fundamentales para constituir la identidad masculina heterosexual, pues dicha figura materializa todo aquello que un varón no debería ser ni hacer en términos sexuales y de género.

**Cuadro 4: Reputaciones sexuales en la adolescencia**

	Varón	Mujer
Positiva (+)	Ganador (cantidad y variedad de parejas sexuales)	∅
Negativa (-)	Boludo (incompetencia sexual)  Puto (homosexualidad y/o afeminamiento)	Puta (cantidad y variedad de parejas sexuales)

### Resistencia y subversión

Las jerarquías sexuales que reconstruimos establecen qué es aceptado y valorado socialmente y qué no, en base a expectativas de género tradicionales muy difundidas entre estas y estos adolescentes. Ahora bien, esto no significa que acepten pasivamente dichas prescripciones y prohibiciones. Que mirar pornografía, masturbarse, transar o tener relaciones sexuales fuera de un noviazgo o con dos personas diferentes en poco tiempo sean actividades consideradas ilegítimas para las mujeres no quiere decir que todas dejen de hacerlo. Lo mismo sucede con los encuentros sexuales homosexuales, que los varones gays siguen teniendo pese al riesgo de ser molestados o agredidos por eso. No obstante, estos comportamientos demandan a sus protagonistas justificarlos discursivamente u ocultarlos, para intentar evitar ser desvalorizados.

El punto de partida en común es que a nadie le resulta indiferente que lo traten de "puta" o "puto". Ante el malestar que les genera, se defienden de distintas formas. Los gays plantean la sospecha de homosexualidad de quienes los agreden (como un modo de desautorizarlos) y manejan cuidadosamente la información sobre su identidad y actividades sexuales (evaluando qué mostrar o contar a quién, cuándo y cómo). La discreción y el ocultamiento también predominan entre las mujeres que tienen contactos sexuales ocasionales o con diferentes compañeros en poco tiempo. Estas prácticas son meramente defensivas, pues no cuestionan los fundamentos de las jerarquías que los desvalorizan (por ejemplo, las concepciones negativas de la homosexualidad y de la autonomía sexual femenina). Su dificultad para ir más allá de una estrategia defensiva en buena medida reside en que, en este contexto y para

esta edad, ni las mujeres, ni los varones gays poseen un modelo sexual positivo que contraponer y desde donde cuestionar a las imágenes devaluadas que les asignan.

A pesar de este límite, Inés, una entrevistada, pone en duda su estigma de "puta" a través de una explicación alternativa que la revaloriza como mujer y desautoriza a quienes la desprestigian: le dicen "puta" porque su belleza despierta el deseo de los varones y la envidia de las mujeres. Inés (al igual que otras adolescentes) también critica la desigualdad de género que supone ser tratada peyorativamente de "puta", cuando los mismos comportamientos de un varón le significan el prestigio de "ganador". Por su parte, Santiago, un entrevistado gay, rechaza la definición negativa de homosexualidad en que se basa la discriminación hacia los "putos", oponiéndole la idea de que ser homosexual es una forma válida de alcanzar la felicidad. Los argumentos de Inés y Santiago no sólo les ayudan a seguir con sus experiencias sexuales pese a la desvalorización de sus pares, sino que también subvierten discursivamente los fundamentos de las mencionadas jerarquías sexuales, al plantear al erotismo femenino y al erotismo homosexual como legítimos y valiosos.

Si bien son estrategias personales a las que apelan sólo algunas y algunos de los muchos adolescentes socialmente desvalorizados –quienes retoman escenarios culturales de incipiente circulación en la Argentina contemporánea, como el de la igualdad sexual para las mujeres y el de respeto a la diversidad sexual–, estas resistencias y subversiones a las jerarquías sexuales tradicionales nos muestran que dichas jerarquías distan de ser monolíticas. A riesgo de pecar de optimistas, creemos que son signos esperanzadores de un futuro sexualmente más igualitario y libre para las nuevas generaciones, a cuya construcción procuramos aportar con este libro.





## Bibliografía

- AAVV (2005). La pornografía: un debate incómodo. *Sociedad*, número 24, (pp. 205-246). Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Manantial.
- Amuchástegui, Ana (1998). Saber o no saber sobre sexo: los dilemas de la actividad sexual femenina para jóvenes mexicanos. En Szasz, I. y Lerner, S. (comps.), *Sexualidades en México* (pp. 107-135), ob. cit.
- Amuchástegui, A. (2001). *Virginidad e iniciación sexual en México: experiencias y significados*. México DF: EDAMEX y Population Council.
- Arango, Luz; León, Magdalena y Viveros, Mara (comps.) (1995). *Género e identidad: ensayos sobre lo masculino y lo femenino*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Arcan, Bernard (1993). *El jaguar y el oso hormiguero: antropología de la pornografía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Badinter, Elisabeth (1994). *XY: la identidad masculina*. Bogotá: Norma.
- Barrancos, Dora (1999). Moral sexual, sexualidad y mujeres trabajadoras en el período de entreguerras. En Devoto, Fernando y Madero, Marta (dirs.), *Historia de la vida privada en la Argentina* (pp. 199-225). Buenos Aires: Taurus.
- Barrientos, Jaime (2006). ¿Nueva normatividad del comportamiento sexual juvenil en Chile? *Ultima década*, número 24, (pp. 85-101). Valparaíso: Centro de Investigación y Difusión Poblacional de Achupallas.
- Barrientos, J. y Silva, Jimena (2006). *De la restricción hacia la equidad: las transformaciones en el comportamiento sexual en la II Región desde una mirada generacional*. Antofagasta, Chile: Ediciones UCN.
- Belvedere, Carlos (2002). *De sapos y cocodrilos: la lógica elusiva de la discriminación social*. Buenos Aires: Biblos.
- Berkins, Lohana y Fernández, Josefina (coords.) (2005). *La gesta del nombre propio: informe sobre la situación de la comunidad travesti en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial de las Madres de Plaza de Mayo.
- Berkins, L. (comp.) (2007). *Cumbia, copeteo y lágrimas: informe nacional sobre la situación de las travestis, transexuales y transgéneros*. Buenos Aires: ALITT.

## Bibliografía

- Bianchi, Susana (2004). *Historia de las religiones en la Argentina: las minorías religiosas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Bianco, Mabel; Re, María Inés y Pagani, Laura (1999). Género y sexualidad adolescente: problemas frente a la reproducción y la prevención del VIH/Sida. En *Avances en la Investigación Social en Salud Reproductiva y Sexualidad* (pp. 35-43). Buenos Aires: AEPA-CEDES-CENEP.
- Binstock, Georgina y Pantelides, Edith (2005). La fecundidad adolescente hoy: diagnóstico sociodemográfico. En Gogna, M. (coord.), *Embarazo y maternidad en la adolescencia* (pp. 77-112), ob. cit.
- Blumenfeld, Warren (s/r). Las variantes del odio y del temor. En <http://www.orgullogay.cl/arti5.htm> (disponible 19/10/2005).
- Bozon, Michel (1998). Demografía e Sexualidade. En Loyola, Maria Andréia (org.), *A Sexualidade nas Ciências Humanas* (pp. 227-251). Río de Janeiro: Editora UERJ.
- Bozon, M., y Kontula, Osmo (2003). Sexual initiation and gender in Europe: a cross-cultural analysis of trends in the Twentieth Century. En Hubert, Michel; Bajos, Nathalie y Sandfort, Theo (eds.), *Sexual behaviour and HIV/AIDS in Europe: comparisons of national surveys* (pp. 37-67). Londres: Routledge.
- Bozon, M. (2004a). *Sociologia da sexualidade*. Río de Janeiro: FGV.
- Bozon, M. (2004b). A nova normatividade das condutas sexuais ou a dificuldade de dar coerência às experiências íntimas. En Heilborn, M. L. (org.), *Família e sexualidade* (pp. 119-153), ob. cit.
- Brown, Josefina (2006). De cuando lo privado se hace público, o de cómo se construyen las políticas sobre sexualidad y (no) reproducción: el caso de Mendoza. En Petracci, M. y Ramos, S. (comps.). *La política pública de salud y derechos sexuales* (pp. 131-155), ob. cit.
- Butler, Judith [1990] (2001). *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. México DF: Paidós.
- Cáceres, C. (2000). *La (Re)configuración del universo sexual: cultura(s) sexual(es) y salud sexual entre los jóvenes de Lima a vuelta del milenio*. Lima: UPCH y REDESS Jóvenes.
- Caplan, Pat (1987). Introduction. En Caplan, P. (ed.), *The cultural construction of sexuality* (pp. 01-30). Londres: Tavistock.
- Castillo, Tanya (2003). De "todo tiene su momento" a "lo hecho, hecho está": significados de las relaciones sexuales y sus efectos en parejas adolescentes de

Tahuantinsuyo Bajo, Independencia. En Cáceres, C. (ed.), *La salud sexual como derecho en el Perú de hoy* (pp. 57-76). Lima: REDESS Jóvenes.

- Castro, Roberto (1996). En busca del significado: supuestos, alcances y limitaciones del análisis cualitativo. En Szasz, I. y Lerner, S. (comps.), *Para comprender la subjetividad* (pp. 57-85), ob. cit.
- Cicerchia, Ricardo (1998). *Historia de la vida privada en la Argentina*. Buenos Aires: Troquel.
- Cosse, Isabella (2006). Cultura y sexualidad en la Argentina de los '60: usos y resignificaciones de la experiencia transnacional. *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, número 1, volumen 17, (pp. 39-60).
- Cosse, I. (2008). *Familia, pareja y sexualidad en Buenos Aires (1950-1975): patrones, convenciones y modelos en una época de cambio cultural*. Tesis de doctorado en Historia. Universidad de San Andrés.
- De Ípola, Emilio (1987). *Ideología y discurso populista*. México: Plaza y Janés.
- Díaz-Benítez, María Elvira (2009). Retratos de uma orgia: a efervescência do sexo no pornô. En Díaz-Benítez, M. E. y Figari, Carlos (orgs.), *Prazeres dissidentes* (pp. 567-595). Río de Janeiro: Garamond.
- Elias, Norbert y Scotson, John (2000). *Os establecidos e os outsiders: sociologia das relações de poder a partir de uma pequena comunidade*. Río de Janeiro: Jorge Zahar.
- Fasano, Patricia (2006). *De boca en boca: el chisme en la trama social de la pobreza*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Feijóo, María del Carmen y Nari, Marcela (1994). Los sesenta de las mujeres. *Todo es Historia*, número 311, (pp. 08-20).
- Felitti, Karina (2007). El debate médico sobre anticoncepción y aborto en Buenos Aires en los años sesenta del siglo XX. *Dynamis*, número 27, (pp. 333-357).
- Figari, Carlos; Jones, Daniel; Libson, Micaela; Manzelli, Hernán; Rapisardi, Flavio y Sívori, Horacio (2005). *Sociabilidad, política, violencia y derechos: la Marcha del Orgullo GLTTB Buenos Aires 2004 - Primera encuesta*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Figari, C. (2007a). *Pornografía*. Fascículo 28 de la colección de Educación sexual. Buenos Aires: Página 12.
- Figari, C. (2007b). *Sexualidad, religión y ciencia: discursos científicos y religiosos acerca de la sexualidad*. Córdoba: Encuentro.
- Figari, C. (2009). *Eróticas de la disidencia en América Latina: Brasil, Siglos XVII al XX*. Buenos Aires: CICCUS-CLACSO.

## Bibliografía

- Fonseca, Claudia (2000). *Familia, fofoca e honra: etnografia de relações de gênero e violência em grupos populares*. Porto Alegre: Editora UFRGS.
- Foucault, Michel (2000a). *Los anormales*. Buenos Aires: Fondo Cultura Económica.
- Foucault, M. (2000b). *Historia de la sexualidad 1: la voluntad de saber*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2003). *Historia de la sexualidad 2: el uso de los placeres*. Buenos Aires: Siglo XXI Argentina.
- Fuller, Norma (1995). En torno a la polaridad marianismo-machismo. En Arango, L. et al. (comps.), *Género e identidad* (pp. 241-264), ob. cit.
- Fuller, N. (2001). *Masculinidades, cambios y permanencias: varones de Cuzco, Iquitos y Lima*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica.
- Gagnon, John y Simon, William (2005). *Sexual conduct: the social sources of human sexuality*. New Brunswick: Aldine Transaction.
- Geldstein, Rosa y Schufer, Marta (2002). *Iniciación sexual y después: prácticas de los varones jóvenes de Buenos Aires*. Buenos Aires: CENEP.
- Giddens, Anthony (1995). *La transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra.
- Goffman, Erving (2001). *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gogna, Mónica (2005a). *Estado del arte: investigación sobre sexualidad y derechos en la Argentina (1990-2002)*. Buenos Aires: CEDES-CLAM.
- Gogna, M. (coord.) (2005b). *Embarazo y maternidad en la adolescencia: estereotipos, evidencias y propuestas para políticas públicas*. Buenos Aires: CEDES.
- Gutmann, Matthew (2000). *Ser hombre de verdad en la Ciudad de México: ni macho, ni mandilón*. México: COLMEX.
- Guzmán, José Miguel; Contreras, Juan Manuel y Hakkert, Ralph (2001). La situación actual del embarazo y el aborto en la adolescencia en América latina y el Caribe. En Burak, Solum (comp.), *Adolescencia y juventud en América latina* (pp. 391-424). Cartago: Libro Universitario Regional.
- Heilborn, Maria Luiza (1999). Construção de si, gênero e sexualidade. En Heilborn, M. L. (org.), *Sexualidade: o olhar das ciências sociais* (pp. 40-58). Río de Janeiro: Jorge Zahar.
- Heilborn, M. L. (org.) (2004). *Familia e sexualidade*. Río de Janeiro: FGV.

- Heilborn, M. L.; Aquino, Estela; Bozon, M. y Knauth, Daniela (orgs.) (2006). *O aprendizado da sexualidade: reprodução e trajetórias sociais de jovens brasileiros*. Rio de Janeiro: Garamond.
- Heilborn, M. L.; Cabral, Cristiane y Bozon, M. (2006). Valores sobre sexualidade e elenco de práticas: tensões entre modernização diferencial e lógicas tradicionales. En Heilborn, M. L. et al. (orgs.), *O aprendizado da sexualidade* (pp. 207-266), ob. cit.
- Holland, Janet; Ramazanoglu, Caroline; Sharpe, Sue y Thomson, Rachel (1996). Reputations: journeying into gendered power relations. En Weeks, Jeffrey y Holland, J. (eds.), *Sexual cultures: communities, values and intimacy* (pp. 239-260). Londres: MacMillan.
- Jelin, Elizabeth (2004). *Pan y afectos: la transformación de las familias*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Jones, Daniel; Libson, Micaela y Hiller, Renata (eds.) (2006). *Sexualidades, política y violencia: la Marcha del Orgullo GLTTBI Buenos Aires 2005 - Segunda Encuesta*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Jones, D. (2008). *Sexualidad y adolescentes: prácticas y significados relativos a la sexualidad de adolescentes residentes en Trelew (Chubut)*. Tesis de doctorado en Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires.
- Jones, D. (2009). ¿De qué hablamos cuando hablamos de sexualidad?: educación sexual en escuelas de nivel secundario antes de la Ley de Educación Sexual Integral de la Argentina. *Argumentos*, número 11. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires. En <http://www.revistaargumentos.com.ar/index.php/argumentos/article/view/6> (disponible 10/03/2010).
- Jones, Lewis (1966). *Una nueva Gales en Sudamérica*. Bahía Blanca: Martínez y Rodríguez.
- Kaufman, Michael (1995). Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. En Arango, L. et al. (comps.), *Género e identidad* (pp. 123-146), ob. cit.
- Knauth, Daniela; Victora, Ceres; Leal, Andréia y Fachel, Jandyra (2006). As trajetórias afetivo-sexuais: encontros, uniões e separação. En Heilborn, M. L. et al. (orgs.), *O aprendizado da sexualidade* (pp. 267-307), ob. cit.
- Kornblit, Ana Lia (comp.) (2001). *El sida en la prensa escrita argentina*. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Buenos Aires: UBA. Documento de Trabajo N° 25.
- Kornblit, A. L.; Mendes Diz, Ana María; Di Leo, Pablo; Camarotti, Ana Clara y Adaszko, Dan (2005). *Salud y enfermedad desde la perspectiva de los jóvenes: un*

## Bibliografía

- estudio en jóvenes escolarizados de la ciudad de Buenos Aires*. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Buenos Aires: UBA. Documento de Trabajo N° 45.
- Kornblit, A. L.; Mendes Diz, A. M. y Adaszko, D. (2006). *Salud y enfermedad desde la perspectiva de los jóvenes: un estudio en jóvenes escolarizados en el nivel medio de todo el país*. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Buenos Aires: UBA. Documento de Trabajo N° 47.
  - Lagrange, Hugue y Lhomond, Brigitte (dirs.) (1997). *L'entrée dans la sexualité: le comportement des jeunes dans le contexte du sida*. París: La Découverte.
  - Lamas, Marta (comp.) (1996). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México DF: PUEG/UNAM y Miguel Ángel Porrúa.
  - Laqueur, Thomas (1994). *La construcción del sexo: cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Càtedra.
  - Laqueur, T. (2004). *Solitary sex: a cultural history of masturbation*. Nueva York: Zone Books.
  - Laumann, Edward; Gagnon, John; Michael, Robert y Michaels, Stuart (1994). *The social organization of sexuality: sexual practices in the United States*. Chicago: The University of Chicago Press.
  - Laumann, E. y Gagnon, J. (1995). A sociological perspective on sexual action. En Parker, Richard y Gagnon, J. (eds.), *Conceiving sexuality: approaches to sex research in a postmodern world* (pp. 183-213). Nueva York: Routledge.
  - Lewin, Hugo y Dinardi, María Cecilia (2007). *Son amores: la recepción televisiva de los jóvenes*. En Margulis, Mario; Urresti, Marcelo y Lewin, Hugo (comps.), *Familia, hábitat y sexualidad en Buenos Aires: investigaciones desde la dimensión cultural* (pp. 251-279). Buenos Aires: Biblos.
  - Mallimaci, Fortunato; Esquivel, Juan Cruz e Irrazábal, Gabriela (2008). *Primera Encuesta sobre Creencias y Actitudes Religiosas*. Informe de investigación. Buenos Aires: CEIL-PIETTE/CONICET.
  - Manzelli, Hernán (2005). Como un juego: la coerción sexual vista por varones adolescentes. En Pantelides, Edith y López, Elsa (eds.), *Varones latinoamericanos: estudios sobre sexualidad y reproducción* (pp. 115-144). Buenos Aires: Paidós.
  - Manzelli, H. y Pantelides, E. (2007). La edad a la iniciación sexual y sus correlatos en varones de cuatro ciudades de América Latina. En López, E. y Pantelides, E. (comps.), *Aportes a la investigación social en salud sexual y reproductiva* (pp. 133-154). Buenos Aires: CENEP-CEDES-AEPA-UNFPA.
  - Margulis, Mario (2003). Mandatos culturales sobre la sexualidad y el amor. En Margulis, M. y otros, *Juventud, cultura, sexualidad: la dimensión cultural en el afec-*

*tividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires* (pp. 25-43). Buenos Aires: Biblos.

- Matthews, Abraham (1954). *Crónica de la colonia galesa de la Patagonia*. Buenos Aires: Raigal.
- Meccia, Ernesto (2006). *La cuestión gay: un enfoque sociológico*. Buenos Aires: Gran Aldea.
- Moletto, Enrique (2002). Prótesis para fracturas: tres estampas del tabú de la pornografía en Chile. En Donoso, Carla y Vidal, Francisco (eds.), *Cuerpo y sexualidad* (pp. 89-96). Santiago: FLACSO-Chile.
- Necchi, Silvia; Schufer, Marta y Méndez Ribas, José (2000). Adolescentes de la Ciudad de Buenos Aires: su paso hacia la vida sexual adulta. En Pantelides, Edith y Bott, Sara (eds.), *Reproducción, salud y sexualidad en América Latina* (pp. 229-245). Buenos Aires: Biblos y OMS.
- ORDHUM (Observatorio Regional de Desarrollo Humano) (2005). *Comportamiento sexual en la ciudad de Antofagasta: informe de Desarrollo Humano 2005*. Antofagasta, Chile.
- Olavarría, José (2001). *¿Hombres a la deriva?: poder, trabajo y sexo*. Santiago: FLACSO-Chile.
- Ortner, Sherry y Whitehead, Harriet (1996). Indagaciones acerca de los significados sexuales. En Lamas, M. (comp.), *El género* (pp. 127-179), ob. cit.
- Osborne, Raquel (1993). *La construcción sexual de la realidad: un debate en la sociología contemporánea de la mujer*. Madrid: Cátedra.
- Paiva, Vera (1999). Cenas sexuais, roteiros de gênero e sujeito sexual. En Barbosa, Regina y Parker, Richard (orgs.), *Sexualidades pelo avesso: direitos, identidades e poder* (pp. 249-269). Río de Janeiro y San Pablo: IMS-UERJ y Editora 34.
- Pantelides, Edith y Cerrutti, Marcela (1992). *Conducta reproductiva y embarazo en la adolescencia*. Cuaderno del CENEP N° 47. Buenos Aires: CENEP.
- Pantelides, E.; Geldstein, Rosa e Infesta Domínguez, Graciela (1995). *Imágenes de género y conducta reproductiva en la adolescencia*. Cuaderno del CENEP N° 51. Buenos Aires: CENEP.
- Pantelides, E. (1996). Adolescentes y sexualidad. En *Curso Internacional Salud Reproductiva y Sociedad* (pp. 241-251). Lima: UPCH.
- Pantelides, E. y Geldstein, R. (1999). Encantadas, convencidas o forzadas: iniciación sexual en adolescentes de bajos recursos. En *Avances en la Investigación Social en Salud Reproductiva y Sexualidad* (pp. 45-53). Buenos Aires: AEP-CEDES-CENEP.

## Bibliografía

- Pantelides, E. y Manzelli, H. (2003). Investigación reciente sobre sexualidad y salud reproductiva de las/los adolescentes en América latina: qué hemos alcanzado, qué falta hacer, cuáles son nuestras falencias. En Cáceres, C.; Cueto, Marcos; Ramos, Miguel y Vallenás, Sandra (coords.), *La salud como derecho ciudadano: perspectivas y propuestas desde América Latina* (pp. 73-87). Lima: UPCH
- Parker, Richard (1991). *Corpos, prazeres e paixões: a cultura sexual no Brasil contemporâneo*. San Pablo: Best Seller.
- Pecheny, Mario (2002). Identidades discretas. En Arfuch, Leonor (comp.), *Identidades, sujetos y subjetividades* (pp. 125-147). Buenos Aires: Prometeo.
- Petracci, Mónica y Ramos, Silvina (comps.) (2006). *La política pública de salud y derechos sexuales y reproductivos en la Argentina: aportes para comprender su historia*. Buenos Aires: CEDES.
- Petracci, M. y Pecheny, M. (2007). *Argentina: derechos humanos y sexualidad*. Buenos Aires: CEDES.
- Rodríguez, Gabriela (2001). Perdiendo los estribos: emociones y relaciones de poder en el Cortejo. *Desacatos*, Primavera-Verano 2001, (pp. 35-62). México DF: CIESAS.
- Rubin, Gayle (1989). Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad. En Vance, C. (comp.), *Placer y peligro* (pp. 113-190), ob. cit.
- Salem, Tania (2004). "Homen... já viu, né?": representações sobre sexualidade e gênero entre homens de classe popular. En Heilborn, M. L. (org.), *Familia e sexualidade* (pp. 15-61), ob. cit.
- Salessi, Jorge (1995). *Médicos maleantes y maricas: higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Sarlo, Beatriz (1985). *El imperio de los sentimientos*. Buenos Aires: Catálogos.
- Scott, Joan (1996). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En Lamas, M. (comp.), *El género* (pp. 265-302), ob. cit.
- Seidman, Steven (2003). *The social construction of sexuality*. Nueva York: W. W. Norton and Company.
- Simmel, Georg (1939). *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.
- Sívori, Horacio (2004). *Locas, chongos y gays: sociabilidad homosexual masculina durante la década de 1990*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Sontag, Susan (2005). La imaginación pornográfica. En *Estilos radicales*. Buenos Aires: Suma de Letras.



- Sosa, Itzel (2004). *Significados de la salud y la sexualidad en jóvenes: estudio de caso en dos escuelas públicas en Cuernavaca*. Tesis de maestría en Estudios de Población y Desarrollo Regional. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Spira, Alfred y Bajos, Nathalie (dirs.) (1993). *Les comportements sexuels en France*. París: La Documentation Française.
- Stengers, Jean y Van Neck, Anne (2001). *Masturbation: the history of a great terror*. Nueva York: Palgrave.
- Szasz, Ivonne y Lerner, Susana (comps.) (1996). *Para comprender la subjetividad: investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*. México DF: COLMEX.
- Szasz, I. y Lerner, S. (comps.) (1998). *Sexualidades en México: algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*. México DF: COLMEX.
- Torrado, Susana (2003). *Historia de la familia en la Argentina moderna (1870-2000)*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Valdés, Teresa (2005). Socialização em sexualidade no Chile: Adolescentes de camadas populares urbanas. En Heilborn, M. L.; Dias Duarte, Luiz Fernando; Peixoto, Clarice y Lins de Barros, Myriam (orgs.), *Sexualidade, família e ethos religioso* (pp. 315-342). Río de Janeiro: Garamond.
- Vance, Carole (comp.) (1989). *Placer y peligro: explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Hablan las mujeres.
- Vance, C. (1995). A antropologia redescobre a sexualidade: um comentário teórico. *Physis*, número 1, volumen 5, (pp. 7-31).
- Vásquez Del Águila, Ernesto (2000). *El placer sexual masculino: masculinidades y sexualidades en los relatos de vida de varones adultos jóvenes de clase media de Buenos Aires*. Tesis de maestría en Ciencias Sociales y Salud. FLACSO-CEDES, Buenos Aires.
- Villa, Alejandro (2007). *Cuerpo, sexualidad y socialización: intervenciones e investigaciones en salud y educación*. Buenos Aires: Noveduc.
- Virkel, Ana (2004). *Español de la Patagonia: aportes para la definición de un perfil sociolingüístico*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras.
- Viveros, Mara (2002). *De quebradores y cumplidores: sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Wainerman, Catalina (2007). Conyugalidad y paternidad: ¿una revolución estancada? En Gutiérrez, María Alicia (comp.), *Género, familias y trabajo: rupturas y continuidades* (pp. 179-221). Buenos Aires: CLACSO.

## Bibliografía

- Weeks, Jeffrey (1998). *Sexualidad*. México DF: Paidós y PUEG-UNAM.
- Weller, Silvana (1999). Salud reproductiva de los/as adolescentes: Argentina, 1990-1998. En Oliveira, María Coleta (org.) (1999), *Cultura, Adolescência, Saúde* (pp. 9-43). Campinas: CEDES, COLMEX y NEPO-UNICAMP.
- Weellings, K.; Field, J.; Johnson, A. y Wadsworth, J. (1994). *Sexual behaviour in Britain: the national survey of sexual attitudes and lifestyles*. Londres: Penguin.
- Zampini, Virgilio (1972). *Trelew: biografía de una ciudad*. Trelew: Municipalidad de Trelew.

## El autor

Daniel Jones es Doctor en Ciencias Sociales y Licenciado en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires. Es investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y miembro del Grupo de Estudios sobre Sexualidades en el Instituto Gino Germani.

Es docente regular de Filosofía y Métodos de las Ciencias Sociales de la Carrera de Ciencia Política, en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, y ha dictado cursos sobre sexualidad y género en la Universidad Nacional de Rosario y el Instituto Universitario ISEDET (Buenos Aires).

Ha publicado varios artículos y, con otros autores, ha compilado los libros *Todo sexo es político: estudios sobre sexualidades en Argentina* (Buenos Aires: Del Zorzal, 2008) y *Sexualidades, política y violencia: la Marcha del Orgullo GLTTBI Buenos Aires 2005 - Segunda encuesta* (Buenos Aires: Antropofagia, 2006).

# Índice

■ Agradecimientos.....	9
■ Prólogo .....	11
Por Mario Pecheny	
■ Capítulo 1. Introducción .....	15
1. Qué estudiar sobre sexualidades adolescentes: objeto y aportes del libro .....	15
2. Cómo lo hicimos: perspectiva teórica, estrategia metodológica y contexto de investigación .....	17
3. Cómo organizamos la presentación .....	21
■ Capítulo 2. Autoerotismo: pornografía y masturbación .....	23
1. Entre el aprendizaje y el asco: el consumo de pornografía .....	25
2. Los regulados silencios: ¿quién puede decir "yo me masturbo"?...	29
3. Reflexiones finales .....	33
■ Capítulo 3. El debut sexual .....	37
1. Con quién: tipo de vínculo con sus parejas .....	38
2. Por qué: motivos y causas .....	40
3. Cómo: secuencias, papeles y escenas .....	46
4. Reflexiones finales .....	56

■ <b>Capítulo 4. Amor, presión y placer</b> .....	61
1. El noviazgo y todo lo demás .....	62
2. Bajo presión .....	65
3. Las preferencias .....	72
4. Reflexiones finales .....	78
■ <b>Capítulo 5. Padres, madres y preocupaciones sobre las relaciones sexuales</b> .....	83
1. El control parental de la sexualidad femenina adolescente .....	85
2. La omnipresencia material y discursiva del preservativo .....	92
3. ¿Por qué se habla de lo que se habla? .....	95
4. Reflexiones finales .....	97
■ <b>Capítulo 6. Chismes y control social</b> .....	101
1. ¿Qué y cómo circula entre pares? .....	103
2. Vigilancia, regulación y sanción .....	108
3. La "puta": desvalorización y subversión femenina .....	110
4. Reflexiones finales .....	117
■ <b>Capítulo 7. Homosexualidad: discreción o violencia</b> .....	121
1. "Ciudad chica, infierno grande" .....	122
2. De la sospecha a los golpes .....	125
3. Reflexiones finales .....	137
■ <b>Conclusiones</b> .....	141
■ <b>Bibliografía</b> .....	153
■ <b>El autor</b> .....	163